Silencio del Oeste

Paula R. Whitehallow

Capítulo 1

Potrillo de Otoño

El cajón de madera en el suelo era extraño de ver para Nigel. Papá se había ido a dormir anoche diciendo que todo estaría bien, que ese día irían a ver a los pegasos, incluso había prometido ayudarle a montar uno. Lo había jurado, dándole un beso en la frente antes de que se durmiera, y él no había roto ninguna promesa, ¿por qué ese día sí?

Mamá y las tías lloraban amargamente, dejando que los lagrimones rodaran por sus mejillas sin miedo. Tía Amanda había murmurado algo sobre que había sido el mejor hombre a quien había conocido en su vida, al igual que la Tía Margaret y la Tía Claudine. Sus primos miraban confundidos al suelo, como si estuvieran esperando que Papá fuera a ponerse de pie, sonriendo de oreja a oreja, anunciando que iban a continuar con las tareas del día anterior y empezar con las de ese día.

Nigel miró al hombre que estaba parado del otro lado del pozo. Vestía como hombre de ciudad: sombrero largo y fino de color opaco con una cinta blanca, chaqueta y pantalones del mismo color tierra que el sombrero, un pañuelo azul en su cuello y lo que supuso que sería una camisa de color blanco. El hombre había visitado un par de veces a la granja, siempre ofreciendo alguna que otra delicia exótica que Papá solía guardar en su estante inalcanzable para niños. Lo miró por un rato antes de que Mamá le palmeara el hombro y llamara su atención.

—Vamos, hay que enterrarlo —dijo Mamá con su cara retorcida por el dolor. Asintió, en silencio y fue hacia el montón de tierra removida.

—¿Papá volverá? —logró preguntarle en un susurro. Mamá se agachó hasta quedar a su altura, con los ojos rojos. Acunó su rostro en una mano y negó con la cabeza.

—Papá se fue a cabalgar el viento. Quizás nos cuide un poco desde allí, pero no podremos verlo como ahora...

Nigel volvió a mirar el cajón de madera y sus manos empezaron a tirar la tierra antes de que su cabeza entendiera qué estaba pasando. Pronto sus primos estuvieron junto a él, también tirando con las manos cuanto podían sobre la madera, hasta que el hombre de sombrero raro los apartó, tomando una pala con la que terminó el trabajo. Él lo vio en completo silencio, dando unos cuantos pasos atrás, antes de alejarse por completo y correr a los establos.

Spot, un sleipnir de pelaje moteado, lo saludó con un relincho cuando se metió en su casilla. Recién entonces sintió que sus ojos se llenaban de

lágrimas que empezaron a quemar sus mejillas. El capón acarició su cabello con el hocico, resoplando suavemente de vez en cuando, pero el llanto solo aumentó. Nigel rodeó el hocico del caballo, cubriéndolo de mocos y lágrimas saladas.

No supo en qué momento se quedó dormido, pero el grito angustiado de Mamá hizo que sus ojos se despegaran, ardiendo un poco. Bostezó al mismo tiempo que Spot le instó a ponerse de pie, ayudándolo con su cabeza a pararse.

—¡Ay, mi hijo querido! —suspiró ella cuando lo encontró, rodeándolo con sus brazos luego de dejar la lámpara a un costado. No le dijo nada más, simplemente le apartó un mechón de cabello del rostro y apoyó su frente contra la de él—. Ven, vamos a comer un poco. Gracias por cuidarlo, Spot.

El sleipnir agitó la cabeza en respuesta y dejó salir un suspiro. Nigel le dio un último abrazo antes de salir y cerrar la puerta de la caballeriza.

Caminaron en silencio, tomados de la mano, alumbrados por la frágil llama de la farola que Mamá llevaba. La miró de reojo, notando las manchas más oscuras en los pliegues de la tela, especialmente en la parte del frente. Ella no lo miraba, pero Nigel podía sentir cierto dolor que parecía ser demasiado adulto para que sus escasas primaveras de vida fueran capaces de entenderlo. A pocos pasos de donde estaban, las luces del segundo piso del establo mostraban signos de estar todavía en movimiento. Antes de entrar, Mamá lo detuvo y lo hizo sentarse en los escalones que daban a la puerta, acomodando un mechón de su propio cabello tras la oreja.

—El señor Stevens se va a quedar aquí, va a ayudarnos con la granja, ahora que papá no está —empezó, mirando a la nada—. Quiero que sepas que tienes que respetarlo, así como a papá.

—Pero no es Papá —respondió, abrazando sus rodillas. Recién entonces lo miró y esbozó una sonrisa tranquilizadora.

—No, y no va a ser papá, pero va a hacer muchas cosas que él hacía.

—¿Me enseñará a montar un pegaso? —preguntó, sintiendo un ligero malestar en su pecho. La sonrisa de Mamá flaqueó un poco antes de desaparecer y volver a dejar esa mirada triste que arrugaba un poco más sus rasgos. No dijo nada más, dejando que el silencio de la noche se desenvolviera con total tranquilidad, solo uno que otro sonido del establo y otro sitio de la casa les recordaba que no estaban solos.

El viento frío y los relinchos lejanos hicieron que se incorporaran y entrasen. La parte superior de la casa era un gran ambiente con una

puerta pesada y sin manija por fuera en la zona más alejada de la puerta principal. La Tía Amanda se encontraba en una de las sillas mecedoras, mirando al vacío hasta que notó su presencia y esbozó una sonrisa, como siempre lo hacía. Se puso de pie, sin pronunciar ni una palabra, y fue con ellos al pequeño pasillo que daba al resto de la vivienda. Allí, iluminados de vez en cuando por las farolas, estaba el resto de la familia, las Tías tomaban un poco de sus bebidas favoritas de colores rojizos, los primos ya se habían marchado a la cama. El señor miraba todo desde una esquina, en completo silencio.

Ante el pedido de Mamá, miró a sus Tías y caminó hacia el pasillo. Laura, su prima más grande, lo esperaba al lado de la puerta. Tenía un vestido viejo de la Tía Amanda, al cual le había agregado unos cuantos bordados de caballos.

—¿No te dio miedo el señor Stevens? —susurró cuando cerró la puerta. Nigel se encogió de hombros, murmurando un no sé al mismo tiempo que arrastraba sus pies hacia la cama. Apenas logró quitarse las ropas antes de caer cuan largo era y pronto se encontró dormido.

La mañana llegó como cualquier otra, con Laura y Edward renegando por la hora; los dos más chicos seguían durmiendo, aunque sospechaba que pronto tendría que levantarlos. Sacó sus pies de las sábanas y empezó a vestirse casi sin notar los lazos de las botas entre sus dedos, colocándose la camisa por encima de su cabeza antes de abotonar la parte superior. Movió a sus primos, llamándolos sin mucha delicadeza, y salió del cuarto compartido.

Abrió la puerta, sorprendiéndose de encontrarse con un hombre flaco como un potrillo, de bigote gracioso y con ropas que se parecían un poco a las de Papá. Nigel miró hacia los costados, sin encontrarse con nadie más que ellos dos.

—Tu madre me anunció anoche que empezaban al romper el alba —dijo. La voz le resultó más aguda de lo que recordaba, pero le quitó importancia. Salió del cuarto y cerró la puerta detrás de sí.

—Papá me iba a enseñar a montar un pegaso. ¿Sabe usted cómo se hace? —preguntó, inclinando la cabeza hacia un costado al mismo tiempo que lo veía de pies a cabeza. Pies ligeros, espalda demasiado tiesa y, con la escasa luz que daban las farolas de pared, a Nigel le pareció verlo palidecer. Cuando no obtuvo respuesta afirmativa, dejó al sujeto donde estaba, perdiendo todo el interés que pudiera albergar por ese hombre.

◇

Spot lo recibió alegre, golpeando con sus cascos el suelo. Nigel sonrió por un momento antes de dejar la pesada cubeta con comida frente al capón.

El resto de los caballos empezaron a despertar y Nigel se encontró trotando sin parar por todo el establo. Laura apareció al poco tiempo, sacando a las pocas vacas y ovejas que tenían, acompañada por el pequeño Samuel, quien continuaba con la cara de sueño.

Conocía todo lo que había que hacer en los establos, pero pronto se encontró incapaz de manejar las herramientas que Papá siempre había utilizado, o que aquellas cosas que parecían livianas eran imposibles de arrastrar. Gruñó, pataleó y bufó, hasta que sus rodillas cedieron, impidiendo que siguiera sosteniéndose. La pegaso más cercana le preguntó en un suspiro por Papá y la ausencia de él. Nigel intentó responder, pero las palabras se atoraron en su garganta y sus ojos se inundaron de lágrimas.

Las secó con fuerza, intentando terminar con las tareas antes de que acabara el día. Los caballos lo miraban al pasar, algunos querían saber el paradero de Papá, otros intentaban ayudarlo en lo que podían. Nigel negó con la cabeza, diciendo que podía hacerlo por su cuenta.

Al cuarto fardo de alfalfa, su cuerpo temblaba y era incapaz de dar otro paso. Escuchó que abrían las puertas de las caballerizas y pronto la voz de Mamá se hizo escuchar.

—Deberías aceptar ayuda de vez en cuando —dijo, sentándose junto a él. La miró desde el suelo, sintiendo que el corazón le latía desbocado en el pecho. Spot lo observó preocupado antes de soplarle cariñosamente la frente y marcharse con el resto a los corrales externos.

—Tengo más de diez primaveras —resopló al sentarse. Ella le sonrió, sacando un poco de la paja que se había enredado en su cabello—. Puedo hacer las cosas solo.

Mamá soltó un suspiro, su mirada se perdió en el horizonte lejano. Nigel sintió cierta intranquilidad al verla así, recordando los cuentos que solía contarle la tía Claudine cuando los mandaba a dormir. Siempre temía la parte donde el héroe se perdía en el bosque y se convertía en un centauro de la tristeza que sentía.

—Tu padre decía lo mismo de chico —murmuró antes de ponerse de pie y tomar el rastrillo. Nigel la siguió, tomando el otro, más chico, listo para limpiar las caballerizas vacías.

Trabajaron en silencio, quitando la paja vieja para poner la nueva, sacando todas las heces para tirarlas afuera. El sol empezaba a pasar la mitad del cielo cuando ambos abandonaron el establo. Mamá seguía con esa mirada lejana, dándole escalofríos.

◇

El señor Stevens los sentó a todos en la mesa de la galería. Nigel miró los platos que sus Tías habían preparado, sintiendo que estaba viendo menos comida de lo normal. Por lo general, ellas llenaban el plato con las legumbres, trozos de carne salada, panes y sopas; ese día apenas había un trozo de pan, un poco de lo que parecía ser puré y un par de legumbres. Miró a los demás, quienes tenían una expresión similar a la que él debía estar expresando, solo Laura parecía estar satisfecha con la comida.

—¿Qué les parece? Así comemos en mi casa —dijo con cierto orgullo el señor, llevándose un pequeño bocado de legumbres a la boca. Nigel miró el plato una vez más, tomando la mitad de la comida en un solo bocado. Antes de llevarlo a la boca, preguntó:

—¿Comen muy poco?

Mamá le dio un toque con el codo, con esa expresión de advertencia que le daba cada vez que contradecía a Papá por un capricho. Hizo una mueca y comió el bocado sin hacer ningún otro comentario. El señor Stevens rio entre dientes, limpiándose la comisura de sus labios con una servilleta de fina confección.

—Comemos como personas civilizadas, no hay necesidad de comer mucho —respondió. Nigel se encogió de hombros, terminando su plato mucho antes de lo usual, al igual que el resto de sus primos. Dirigió sus ojos hacia la ventana, sonrió al notar los cuatro nudillos extra de luz que quedaban, quizás tendría tiempo de dar una vuelta. Dejó el tenedor sobre el plato y empezó a abandonar la mesa—. Nigel, no. No puedes levantarte de la mesa si el resto no ha acabado.

—Pero si todos terminaron su comida —señaló, frunciendo el ceño. El señor Stevens le dedicó una dura mirada, dejando con total tranquilidad sus cubiertos a un lado y volviendo a limpiarse los labios. Todo con sus ojos negros sobre su persona.

—No es de caballeros bien educados dejar la mesa antes que el resto. Especialmente si hay damas en frente —Nigel iba a responderle que los caballeros iban de aventuras, no se quedaban sentados en una mesa, pero un ligero toque de Mamá le llamó la atención. De nuevo, tenía esa peligrosa mirada que borraba cualquier réplica—. Las cosas van a cambiar un poco por aquí. Para empezar, las comidas son todas en familia y vamos a quedarnos sentados el tiempo que haga falta.

Fue la Tía Margaret la que dejó de comer, soltando su tenedor sin darse

cuenta.

—Señor Stevens, con todo el respeto hacia su persona, creo que usted no comprende las costumbres de nuestra gente —dijo con una voz suave que a veces no se escuchaba en medio del barullo. Laura tampoco parecía estar muy de acuerdo con lo que decía el hombre—. Los animales necesitan que respetemos sus tiempos, no los nuestros, el almuerzo es cuando y en donde se pueda.

El bigote del señor Stevens se retorció al mismo tiempo que sus labios. Nigel hizo un esfuerzo para no soltar una carcajada al verlo tan parecido a los gestos que hacían los caballos de vez en cuando, especialmente cuando querían un dulce. Miró hacia otro lado, obligándose a respirar hondo antes de que las Tías o Mamá fuera a darle un tirón de orejas.

—La Diosa Blanca fue clara con sus Principios, los animales son nuestros y es por ello que deben rendirnos como nosotros, los humanos, dispongamos —declaró, mirando su vaso con una confianza absoluta. Nadie se atrevió a decir nada por un momento.

—Papá —empezó Nigel, sintiendo que sus manos temblaban un poco bajo la mesa— dice que los animales nos ayudan en la medida que los ayudemos.

El hombre hizo una mueca rara, pero no contestó en el momento. Lo vio tomar un largo trago de lo que sea que había en su vaso y luego todo quedó en completo silencio, sin apartar sus ojos. Todos contemplaban al extranjero, listos para escuchar cualquier comentario extraño digno de las personas de las ciudades. Sin embargo, tal comentario nunca llegó y pronto todos se encontraron abandonando la sala para ir hacia el pasillo.

Laura caminaba a su lado, tomándolo por el codo antes de que entrasen. El cabello de un marrón claro de su prima estaba suelto en la parte delantera, cayendo como finos hilos que daban un aire salvaje a sus rasgos. Y Nigel temió más cuando los ojos marrones, idénticos a los suyos, lo miraron con un brillo aterrador.

—¿Qué crees que haces? —susurró, casi que escupiendo las palabras. Frunció el ceño, mirándola extrañado—. Entiendo que con el Tío Mark te hubieras sentido capaz de contestarle a los adultos, pero con el señor Stevens, no.

—Papá nos enseñó todo lo que sabemos —logró decir, zafándose del agarre y sintiendo que el pecho empezaba a arderle.

—¿No lo entiendes? La tía Claudine va a casarse con él, mamá y tía Kathy están felices por ello, ¿realmente quieres que se pongan más tristes? —señaló, moviendo las manos a los costados de su cuerpo, parecían

incapaces de estarse quietas.

—¿Se van a casar? —preguntó, frunciendo el ceño e inclinando la cabeza.

Laura soltó un bufido exasperado ante aquello y rodó los ojos, señalando que era más que obvio. Nigel abrió y cerró la boca un par de veces antes de sacudir la cabeza, convencido que su prima empezaba a ver demasiadas cosas de chicas y empezaba a actuar como las Tías cuando iban a la ciudad de Redpass. Dio un paso hacia atrás, anunciándole con un bostezo que iría a dormirse antes de que fuera demasiado tarde.

Entró al cuarto, sintiendo los ojos de Laura que quemaban allí donde su mirada estaba. «Es cosa de chicas», se repitió, quitándose las botas y el resto de la ropa sin mucho interés. Alrededor, sus primos jugaban un poco antes de meterse bajo las mantas. Edward, el hermano de Laura, se acercó a él, ya cambiado con su ropa de dormir.

—¿Qué quería Laura? ¿Te pidió que me dejes montar contigo a Spot o un sleipnir?

Nigel negó con la cabeza y le comentó brevemente lo que había pasado. Edward soltó un bufido, mascullando lo mismo que él creía respecto a la muchacha, pero su malestar duró poco y no tardó en hacerle prometer que al día siguiente lo dejaría montar. Satisfecho con la respuesta afirmativa de Nigel, regresó a su lecho, trepando hacia la litera más alta de las dos, soltando un sonoro bostezo en medio de un "buenas noches". Samuel y Rose, los más pequeños, devolvieron el saludo, pero continuaron correteando hasta que Nigel fue a mandarlos a dormir, ganándose unas protestas que duraron poco tiempo.

En cuanto todos estuvieron bajo sus propias sábanas, Laura entró al cuarto, se cambió en completo silencio y se metió en su cama sin pronunciar palabra. Nigel sentía el sueño que lo quería arrastrar, pero parte de sí se encontró incapaz de pegar los ojos, demasiado atento a las pisadas de las diomenedas que pasaban por el lugar, relinchando.

La mañana llegó rápido y el sol lo encontró limpiando las caballerizas, sacando a los animales y cepillando las sillas de montar. Sus manos trabajaban con algo de torpeza, pero estaba seguro de que los resultados de su esfuerzo pronto se parecerían a los de Papá. Spot y los otros caballos continuaban preguntándole por su anterior cuidador, pero Nigel sospechaba que algunos ya conocían la respuesta. «Se durmió y sigue durmiendo», decía, encogiéndose de hombros.

Laura apareció, como todos los días, con el pequeño Samuel a la zaga, listos para llevarse a los otros animales a pastar y pasear un poco. Ninguno de los dos, Nigel y ella, dijo nada, simplemente continuaron con sus actividades, cada uno cumpliendo con sus roles para mantener la

granja.

Una campanilla los llamó al mediodía, seguido por la voz de la Tía Margaret, llamándolos a almorzar. Nigel se dijo que pronto iría, ni bien acabara de limpiar el establo del semental pegaso que estaba en frente de sí; no iba a tardar mucho.

—¿Nigel? —llamó la dulce voz de Mamá desde la entrada del establo. Sonaba preocupada y de inmediato dejó todo lo que estaba haciendo para ir a donde estaba ella, sin preocuparse del desastre que quedaba a sus espaldas. Ella lo buscaba con los ojos abiertos de par en par hasta encontrarlo, en cuanto lo tuvo cerca, le tomó de la mano, arrastrándolo a la casa principal, murmurando cosas que no tenían sentido para él.

Todos estaban en la mesa, de nuevo frente a platos casi vacíos de comida. El estómago le rugió y, bajo la atenta mirada de todos, se sentó en su lugar, agarrando sus cubiertos, listo para saciar el hambre que notaba en ese momento. Un golpe fuerte en su mano le hizo soltar el tenedor y chillar de la sorpresa. El señor Stevens lo miraba molesto desde su asiento.

—¿No tienes modales? La comida, primero, se bendice. —Nigel frunció el ceño. Anoche no habían hecho nada raro antes de la comida, y eso mismo le hizo saber al hombre—. Y estuvo muy mal de nuestra parte no darle las gracias a la Diosa por la comida. Un hombre no vive sólo con el cuerpo.

Abrió la boca para replicar, pero un gesto del hombre le hizo guardar silencio. Bufó, frunció el ceño y se cruzó de brazos, mirando hacia cualquier lado con sus mejillas ardientes. No era justo que se las agarrara con él, no cuando sus primos menores ya se encontraban dando un segundo bocado, casi con el plato completamente vacío. El hombre hizo unos gestos raros con las manos, como si imitara un movimiento del agua, al mismo tiempo que recitaba unas rimas sin sentido. Recién cuando terminó con su cántico les permitió tocar los cubiertos y Nigel no demoró ni un segundo en terminar el escaso almuerzo y salir de inmediato a los establos.

No había llegado a apartarse de la mesa cuando la voz del señor lo detuvo en el lugar, impidiéndole cualquier otra acción. Apretó los dientes y volvió a ocupar su lugar en la silla, cruzando los brazos y mirando hacia el frente, sin ninguna intención de poner una mejor cara. El resto de la familia continuó comiendo y mirándose de reojo, sin pronunciar ni una palabra. Laura lo observaba desde el asiento del frente, comiendo con los modales típicos de las historias que la Tía Claudine comentaba de su más temprana juventud. No era raro, pero Nigel no pudo evitar pensar que era parte culpa de ella que no pudiera salir antes.

—Bien, ahora sí podemos volver a nuestras actividades —dijo el señor Stevens una vez que estuvo satisfecho. Afuera el sol empezaba a bajar y Nigel sabía que debía llevar a los caballos al interior, y pronto. En cuanto se vio libre de seguir sentado, saltó de la silla, al igual que el resto de sus primos –excepto Laura– y corrió a la salida.

Los caballos lo miraron desde sus corrales con ojos curiosos, siguiéndolo en su carrera. Algunos incluso se acercaban un momento para preguntarle en un relincho a qué se debía la prisa. Nigel no les respondió de inmediato, dio alguna respuesta vaga entre jadeos, y entró en el establo como si lo estuvieran persiguiendo pesadillas y diomenedas. Tomó el rastrillo y empezó a limpiar todo tan rápido como podía.

—Lo más importante es quitar las heces, potrillo mío. Si alguna vez tienes que correr, quita por lo menos esto antes que el resto.

Con un balde y una pala, comenzó a quitar todo lo que consideró como parte de esa prioridad. No había terminado con uno de los establos del caballo más viejo cuando las bestias empezaron a entrar. Frustrado, dejó que todos entraran y empezó a buscar la comida. Pronto empezaron las quejas y reclamos, cascos que golpeaban el suelo y cabezas que se agitaban en indignación. Algunas yeguas incluso se atrevieron a lanzar una mordida en su dirección.

Bufó, intentando justificar su atraso, pero toda explicación llegó a oídos sordos. Spot le dio un cariño cuando pasó, un ligero toque con su nariz, antes de empezar a comer. Se sentó en el fardo más cercano, incapaz de contener las lágrimas y las ganas de patear todo lo que tenía en frente.

◇

El día comenzaba a ser cada vez más corto, aunque el sol se mantenía más tiempo en el firmamento. Nigel comenzaba a aprender a limpiar las pezuñas; Spot le indicaba con un relincho cuánto debía cortar. Iba por la sexta pata de ocho cuando escuchó que alguien entraba. Quiso asomarse para ver quién era, pero algo le hizo quedarse en donde estaba, medio oculto por el cuerpo inmenso del capón de pelaje marrón y negro. Algunos caballos resoplaban, aunque no agregaban nada más que un "huele a estiércol" o similar.

Con cuidado, pasó por entre las patas del caballo, dejando todas sus herramientas en el suelo, y se arrastró hasta un pequeño hueco entre las maderas que daban al resto de los establos. Junto al señor Stevens había un hombre petiso y barrigón que a Nigel le recordó a uno de los huevos que la tía Claudine había traído alguna vez, unos redondos y blancos. Llevaba un sombrero similar al del señor Stevens, incluso los colores y las prendas se parecían, ¡y tenía el bigote! «¿No le picará la cara?», se

preguntó mientras los observaba.

Era imposible escuchar de qué estaban hablando, pero los veía admirar a los caballos de una forma que le resultó inquietante. Papá lo había llevado a otras granjas para ver caballos, pero nunca había visto esa expresión en él. Se asomó un poco más y recién entonces las voces empezaron a tener sentido.

—Se ven en excelente estado, Liam. Esto podría ser un gran negocio —decía el hombre huevo. Nigel frunció el ceño, pegándose a la pared y esforzándose por escuchar un poco más—. Me encantaría continuar con la charla, pero sabes lo difícil que es venir desde Redpass a este paraje olvidado. Admiro tu habilidad para soportar a estos centauros... —escupió la última palabra.

El señor Stevens soltó una carcajada y negó con la cabeza.

—Son mansos, en su mayoría —dijo, soltando un suspiro—. El único que me preocupa es el hijo de Mark.

—Olvídate de él. Los niños son fáciles de manejar, ya verás como en breve te hará caso a todo lo que digas. —Le dio una palmada en el hombro—. Simplemente, no seas mano blanda con él, a los salvajes se los tiene que tener firmes.

Continuaron hablando, pero las palabras ya se habían vuelto imposibles de comprender. Retrocedió lentamente, sintiendo que su cabeza daba demasiadas vueltas, empañando todo lo que pasaba en sus propios pensamientos. Se sentó de nuevo en donde había estado y tomó las herramientas, continuando con la limpieza de las pezuñas de Spot.

Cuando terminó con la octava, escuchó que lo llamaban a cenar. Suspiró, mirando a las pequeñas ventanas por las que entraban los rayos de luz, dejó las herramientas en su lugar y caminó de regreso. Iba con las manos metidas en los bolsillos, viendo a lo lejos algunas pesadillas pasar con sus crines negras moviéndose con un viento invisible. Respiró hondo, recordándose que no había nada que temer, y entró en la casa junto con Samuel y Rose.

Dentro, las Tías se encontraban terminando de poner la mesa, el señor Stevens hablaba con Mamá, cuya expresión inquietó a Nigel. Había cierta decadencia que le hizo olvidar cualquier pensamiento que estuviera pasando por su mente, sus pies lo llevaron directamente hacia ella y sus brazos rodearon su cintura. Notó que le acariciaba distraídamente el pelo, enredando los dedos entre los cabellos, liberándolos de la coleta que los mantenía apartados de la cara.

En cuanto el hombre se marchó a hacer lo que sea que tuviera que hacer, Mamá lo envolvió en sus brazos, apenas dándole un ligero apretón. La miró a los ojos, pero lo que fuera que pasaba dentro de ella, era imposible de comprender. Una sonrisa apareció en su rostro, murmurando que debían ir a comer, y ambos se encaminaron a la mesa. Durante toda la comida, Nigel no paraba de mirar al señor Stevens y a Mamá, como si con ello pudiera resolver algo de lo que no comprendía. «Son cosas de adultos, no me van a meter ahora», se lamentó por dentro, resignándose a comer sólo sus verduras y trozos de carne.

Cuando se levantaban para ir a dormir, Edward lo detuvo, tironeando de su manga. Frunció el ceño para decirle que no tenía ganas de volver a hablar sobre los pegasos, pero un gesto de silencio de su primo hizo que la curiosidad se impusiera al malhumor. Sin hacer ni un ruido, le indicó que lo siguiera, ocultándose primero detrás de la puerta que daba al almacén, a medio camino de llegar a los cuartos. Era una suerte que Laura se hubiera marchado al cuarto antes, con los dos más chicos. Se quedaron un buen rato esperando, a sabiendas de que las Tías solían quedarse charlando quizás hasta altas horas de la noche, y muy probablemente, el señor Stevens se quedaba con ellas, tal como lo había hecho Papá en sus días.

—¿Qué pasa, Edward? —preguntó en un susurro. Su primo lo miró con una sonrisa picaresca antes de apagar la velita que usaban ellos antes de irse a sus cuartos.

—El señor Stevens tiene un poco de la bebida rica que toman mamá y las tías —cuchicheó, acercándose un poco—. Lo vi esconder algunas de las botellas en las estanterías más altas.

—No lo sé, Edward —murmuró, aunque se encontró acomodándose para poder ver cuándo las Tías abandonarían la cocina y se irían a dormir.

—Vamos, lo hicimos una vez, ¿recuerdas? El tío Mark nos hizo probar —añadió el pequeño, acomodándose junto con él. Nigel se encogió de hombros y siguió esperando. Sabía que en cualquier momento se marcharían, siempre lo hacían después de ellos.

Nunca supo si se había dormido por un momento o no, pero lo que sí era seguro era que ya no escuchaba el murmullo de las Tías y Mamá en la cocina; ni siquiera el del chapoteo del agua o la raspadura de la olla contra la arena. Movió el hombro de su primo, quien se puso de pie de inmediato, y salieron de su escondite, mirando en todas las direcciones.

La oscuridad era algo parcial esa noche. Una bella luna blanca alumbraba el pasillo entre las viejas cortinas, así como un viento lejano y perezoso arrastraba los relinchos de las diomenedas que pasaban por la zona. Con el sigilo de años de práctica, ambos se escabulleron en la cocina,

encendiendo una de las velitas que encontraron sin problemas. Estaban solos, con las ollas y vajilla limpias secándose a un costado. Edward de inmediato tomó una banqueta que tenían por ahí y la acercó a uno de los muebles. Repentinamente consciente de lo que estaban haciendo, Nigel echó varias miradas hacia la puerta, creyendo ver cómo una mano hecha de polvo y sombras movió el picaporte o la madera.

Respiró hondo, alumbrando mejor en aquella dirección, solo para confirmar que no había ninguna mano allí. Echó un vistazo hacia su primo, quien bajaba con cuidado, sosteniendo una botella en una de sus manos. Ni bien sus pies tocaron el suelo, sacudió triunfal su botín, haciendo que el poco líquido que había dentro hiciera algo de ruido. Inmediatamente, Nigel volvió a corroborar que estaban completamente solos en la cocina.

El corazón amenazaba con salirse de su pecho, sus manos estaban sudorosas y las sentía temblar. Se acercó a su primo, quien miraba a la botella con una expresión de confusión.

—¿Esto no es el símbolo que el tío Mark tenía en las cosas para los bichos? —preguntó mientras daba vuelta la botella hacia él. En efecto, Papá les había enseñado a ambos que ese símbolo era para la bebida esa que usaban en el pelaje de los caballos de vez en cuando, una que los niños no debían tomar bajo ninguna circunstancia.

—Puede que sea del señor Stevens, sabes que a Papá le gusta hacerlo él mismo —intentó responder. Edward parecía pensar más o menos igual que él, así que, con una gran desilusión en el rostro, volvió a dejar la botella en su lugar. Caminaron en completo silencio, arrastrando los pies hasta meterse en la cama y esperar que el día siguiente llegara.

◇

Había pasado un mes y Nigel sentía que iba a ahogarse. No había forma de volver a tener los establos como Papá los había dejado. Las lágrimas picaban en sus ojos y sentía que se iba anudando en su garganta las ganas de gritar. Tiró las heces que había logrado levantar en el estercolero, con un poco más de fuerza que le mandó a volar el balde que sostenía, el cual aterrizó cerca de una de las montañas. Refunfuñó y lo sacó de un tirón, caminando hacia el pozo de agua más cercano.

—Nigel, ¿qué pasa? —preguntó Mamá.

—Nada —masculló, limpiando el costado con un jarro lleno de agua.

Mamá no dijo nada en un primer momento, se quedó allí, parada junto a él hasta que soltó un suspiro cansado.

—Voy a ayudarte con los establos, ¿sí? Sé que quieres hacerlo como lo hacía tu padre, pero me parece que podría darte una mano —le dijo. Nigel sintió que le habían quitado una silla de montar pesada de la espalda. Miró a Mamá, quien le daba una pequeña sonrisa, y las lágrimas no tardaron en salir, sollozó, reclinándose contra ella—. Perdona, hijo —escuchó que le susurraba en medio del abrazo, peinando su cabello con la delicadeza de siempre.

Con un toque de ella en el hombro, ambos se pusieron de pie y caminaron hacia el interior. A pesar de estar usando un vestido, Mamá no tardó en tomar un rastrillo y empezar a sacar toda la paja vieja del establo más cercano. Pronto se encontró a sí mismo haciendo lo mismo, tarareando una de las canciones que solía entonar Papá en las jornadas.

Por primera vez, Nigel se encontró soltando un suspiro de alivio cuando los caballos regresaron y no hicieron ninguna queja. Spot le dio un ligero toque con la cabeza antes de meterse en su cuadra, echándose sobre la paja limpia. Miró a Mamá, sonriendo a más no poder, antes de irse a acomodar todo en el fondo. Y en eso estaba cuando Laura entró corriendo con Samuel de la mano, chillando. No entendió a qué se debía tal escándalo cuando lo escuchó: un relincho agudo que le heló la sangre.

A lo lejos distinguió los conocidos pelajes pardos, de crines rojizas y las llamaradas que escapaban ocasionalmente de las fosas nasales. Corrió hacia la puerta, tirando con una fuerza sobrehumana del picaporte.

Estaban cerca.

Nigel podía distinguir algunas manchas blancas en sus frentes. Tiró con más fuerza, cerrando una de las puertas.

Los colmillos se hicieron visibles justo cuando Laura hizo sonar la alarma.

Tiró. Unos ojos negros los observaban, casi sobre ellos.

La puerta se cerró con un chasquido y escuchó cómo los cuerpos pesados golpeaban contra el hierro y madera. Retrocedió, ocultándose en los brazos de Mamá, apartándose lo más posible de la puerta. Relinchos incomprensibles y pavorosos se escuchaban desde el otro lado, amortiguados levemente por las quejas de los caballos que estaban dentro.

Sus ojos no podían apartarse de la entrada. Algunos sonidos de las diomenedas tenían un vago sentido, pero pronto quedaba olvidado al escuchar los golpes. Mamá lo apretaba contra su cuerpo y no tardó en sentir las lágrimas que caían sobre su cabeza. La escuchaba murmurar

plegarias y cantos que le había enseñado en su momento.

Con un relincho largo y furioso, las yeguas dieron una última coz antes de marcharse. Spot resopló, poniéndose de pie y empezando a moverse de un lado a otro. Los dos pegasos removían sus alas y pifiaban, sacudiendo sus melenas emplumadas de un lado a otro.

Los cuatro se quedaron juntos, acurrucados entre montones de paja. No dejaban de observar a la entrada, incluso cuando la voz de la Tía Margaret se escuchó del otro lado, llamando a su hijo. El más pequeño no tardó en salir corriendo, con Laura a la zaga, y ambos salieron. Mamá se quedó un rato más, quieta y con la mirada perdida en el frente.

El señor Stevens apareció frente a ellos, con su bigote desarreglado, la camisa por fuera del pantalón y el pelo completamente revuelto. Jadeaba, con manchas de sudor por todo el cuerpo. No entendió lo que le decía a Mamá, pero ella se puso de pie casi de inmediato, arrastrando a Nigel en el proceso. Afuera, toda la granja parecía estar en medio del caos, las huertas se veían destrozadas, algunos corrales estaban caídos y a lo lejos, casi perdiéndose en el bosquecillo, se podían ver a los animales que habían logrado adquirir hacía casi un año. Su corazón cayó al suelo y de inmediato dio media vuelta, llamando a la yegua Freckles, quien sacudió sus cuatro cascos frontales al verlo tomar la silla de montar. Ató las correas con manos temblorosas y pasó las tiras de las riendas como pudo, sin evitar ganarse unas cuantas quejas de la joven yegua.

Subió de un salto, tomando un lazo que había cerca de allí y la espoleó con las botas. Resoplando, Freckles salió de la casilla a medio galope. «¿Cómo se supone que se usaba el lazo?» La pregunta empezó a resonar con cada aire de Freckles, cada vez más cercana a los animales que querían huir despavoridos.

El viento golpeaba contra su rostro, haciendo que sus ojos lagrimearan, obligándolo a agacharse más contra el cuerpo de la yegua. Pronto la sintió girar y aminorar la marcha, relinchando una orden de detenerse a los animales. Sus cascos hicieron temblar el suelo antes de que empezara a moverse, lanzando mordiscos en dirección a los animales que intentaban escaparse.

Nigel lanzó una mirada hacia el bosque, temiendo distinguir las melenas rojas contra el pelaje como la madera. Durante la breve distancia que tardó en arrear a los animales, no paró de girar su cabeza sobre su hombro, todavía esperando tener que espolear a Freckles. No fue hasta que las puertas se cerraron detrás de él que se permitió soltar todo el aire que sus pulmones habían guardado.

Arriba, todavía con el cabello alborotado y la mirada como perdida, el señor Stevens caminaba de un lado a otro, pasando una y otra vez sus

manos por el cabello ya completamente desarreglado. Mamá lo miraba sin rastro de emoción, moviendo los dedos sobre su regazo, como si quisiera eliminar las pocas arrugas que había en la tela. Las Tías iban de un lado a otro, Amanda recorría la casa con un mosquete, asomándose en cada ventana varias veces, Margaret limpiaba los muebles una y otra vez, y Claudine no paraba de caminar como el señor Stevens, murmurando plegarias o frases sin sentido. A diferencia de los adultos, los primos estaban en un rincón, los cuatro juntos, mirándose entre ellos. Nigel se sumó a la pequeña ronda y abrazó sus piernas, sintiendo que toda su piel tironeaba de la tensión.

◇

—Hablar con los caballos es algo que el tío Mark hacía seguido —comentó Edward en la cena. El señor Stevens levantó la cabeza de golpe, cual cazador, y todos en la mesa parecieron silenciarse. Mamá, a su lado, se puso rígida y apretó la mano de Nigel. «¿Qué tiene de malo?», quería preguntar, pero una mirada rápida a sus Tías le indicó que era mejor no abrir la boca.

El tema no era nuevo, Papá incluso le había comentado algo sobre aquello.

—Hay muchas clases de personas en el mundo, hijo, tú y yo, también tu madre, somos distintos a otros. Los caballos son distintos cuando estamos nosotros. —Comenzó una mañana, una de las primeras en las que lo había llevado al establo.

—¿Por eso Laura y Edward no los pueden entender? —preguntó, sentado en un fardo de alfalfa. Recordaba estar jugando con un pegaso de madera, imaginando que volaban por un cielo azul.

—Precisamente.

Parpadeó, sorprendido de encontrarse sentado en la mesa, cenando. Espantó los recuerdos con un sacudón y continuó comiendo, escuchando a medias lo que decían los demás. Tía Margaret estaba hablando sobre las diferentes telas y formas de tejer. Las Tías Amanda y Claudine guardaban silencio, concentradas en sus asuntos. Solo Edward y Laura parecían dispuestos a hablar, en especial la segunda, quien pronto comenzó a contar cómo era Papá.

El silencio se impuso en la sala cuando Mamá dio un golpe con el puño cerrado, haciendo que todos dieran un brinco.

—Mark era de trato fácil con los animales, no hay nada más que decir —declaró, apartándose de la mesa y dejando el comedor con un portazo que sacudió todo el ambiente. El señor Stevens se quedó en silencio por

un rato más antes de dirigirse hacia Nigel.

—¿Tú también tienes un buen trato con los caballos?

En cualquier momento, le habría respondido que no, la mayoría de ellos lo miraban pasar y se quejaban de su trabajo. Abrió la boca, tomó aire, pero no fue capaz de pronunciar ni una sola palabra. Fue la Tía Margaret la que intervino, alegando que era tan bueno como cualquier niño que aprendía un oficio. Aun así, el señor Stevens no parecía convencido, pero no dijo nada al respecto.

A partir de ese día y por los siguientes, Nigel sentía sus ojos sobre él, siguiendo cada uno de sus movimientos, observando las tareas que realizaba. Quizás por eso mismo Mamá le impidió seguir trabajando en el establo; mandándolo a cuidar de los otros animales, reemplazando a Laura, otro día lo envió a trabajar la huerta, siempre lejos del establo. El señor Stevens siempre estaba cerca, listo para hacer alguna pregunta que a Mamá o a las Tías les parecía inquietante.

De eso hacía casi un mes. Y esa noche, Nigel se encontró mirando al techo, incapaz de dormirse a pesar de que su mente y cuerpo pedían a gritos acabar el día. Se retorció sobre sí mismo hasta que las sábanas se soltaron y terminaron enredándose entre sus piernas. Resignado, salió de la cama, dispuesto a conseguir un poco de agua para ir al living y ver el cielo nocturno; quizás con ello podría conciliar el sueño. Salió al pasillo, teniendo cuidado de en dónde ponía los pies, intentando recordar cuáles eran las tablas que chillaban.

Iba por la mitad del pasillo cuando escuchó un ruido que lo congeló en el sitio. Frunció el ceño, acercándose a la puerta más cercana. Era el cuarto de las Tías y Mamá, quienes conversaban en voz baja de algo que Nigel no pudo descifrar. «Quizás hablan de la granja en general», se convenció antes de continuar caminando.

—Si será un hijo de puta... —Escuchó que decía el señor Stevens desde su cuarto. Su corazón latió con fuerza, casi ensordeciéndolo, y por un momento se encontró debatiendo si acercarse o no, y pegar la oreja a la puerta.

Los pasos del señor se hicieron escuchar y de inmediato se ocultó detrás de una pequeña cómoda que estaba justo al lado de la puerta. La luz invadió el pasillo durante un momento, antes de marcharse con el hombre. Durante todo ese tiempo, Nigel se negó incluso a respirar, y no asomó la cabeza hasta que los pasos se alejaron lo suficiente. Oteó con cuidado antes de gatear hacia el cuarto que había abandonado el hombre.

Cerró la puerta y dejó salir un suspiro. Giró sobre sus talones y se encontró preguntándose qué se suponía que estaba haciendo allí. Miró alrededor, reconociendo vagamente al cuarto como el que habían ocupado sus padres en su momento. Si se concentraba, casi era capaz de ver con exactitud allí donde habían estado los cuadros y estanterías llenas de libros y pergaminos. En su lugar, todo lo que había eran pilas de otros libros, mucho más gordos, botellas y frascos que reflejaban la poca luz que pasaba por las cortinas. Echó una mirada hacia la puerta antes de dar un paso.

A su derecha, donde había un escritorio que había funcionado como un tocador para Mamá, le pareció ver un rayo de luna que caía directamente sobre una nota particular. Miró hacia la puerta, afinando el oído, antes de volver a concentrarse en la nota. Tomó el papel con cuidado y se acercó a la ventana, asomándose por un momento, viendo el mundo nocturno desde allí. Bajó la mirada y frunció el ceño. Papá les había enseñado algunas letras, pero aquellas parecían garabatos vagamente familiares, con rulos, puntas y líneas que volvían ilegible a todo.

—La... gran... —murmuró, sentándose con las piernas cruzadas. "La granja es inmensa. Podemos hacer negocios y cumplir con lo acordado." Frunció el ceño, sintiendo que su cabeza empezaba a dolerle. Iba a continuar leyendo cuando la puerta se abrió de golpe, sobresaltándolo.

La silueta del señor Stevens le recordó al monstruo que sus primos solían contarle cuando tenían ganas de asustarlo. Lo describían como un hombre alto, con las sombras que ocultaban sus rasgos grotescos por comer niños y siempre portaba una lámpara. Nigel en ese momento les habría creído, los ojos del señor eran idénticos a los de las diomenedas, listos para destrozarlo de una dentellada. La mirada del adulto cayó sobre sus manos antes de volver a verlo.

—¿Qué haces? ¿No deberías estar durmiendo? —preguntó, dando un paso hacia él. Se puso de pie, sin saber si podría o no correr hacia la salida—. Nigel, pórtate bien y dame ese papel —dijo, extendiendo una mano. Las manos de él se cerraron sobre aquello que el señor Stevens quería, resguardándolo contra su pecho. Empezó a sentir que le temblaban las piernas y el corazón casi lo ensordeció. Su espalda se pegó a la ventana al mismo tiempo que el señor Stevens daba dos pasos en su dirección.

Sin pensarlo, se lanzó a correr, esperando poder esquivar al hombre. Por un momento creyó que podría escaparse, pero un tirón a la altura del cuello le hizo saber lo contrario. Quiso gritar, pero de inmediato sintió la mano del hombre sobre su boca; olía a vino y cera.

—Eres idéntico a tu padre... y empieza a enfermarme el verte —susurró contra su oreja, arrastrándolo hacia afuera. Miró en todas las direcciones, esperando que Mamá o las Tías salieran a ver qué era todo el escándalo,

quizás incluso sus primos. El señor Stevens lo llevó hacia afuera, alzándolo y forcejeando con él, hasta llegar a los límites de la granja. Varias pesadillas empezaron a trotar alrededor de ellos, con sus crines polvorientas sacudiéndose por un viento inexistente. Cerró los ojos y volvió a intentar gritar, pero fue en vano.

Un montón de relinchos llamó su atención. Estaban enojados, resoplando por la falta de sueño y el largo viaje, sus ojos se abrieron de par en par. Los cuernos de las bestias emitían un brillo frío en la noche, sus barbas de chivo estaban trenzadas, sus ojos de pupilas afiladas se fijaron en él por un momento antes de golpear el suelo con sus cascos. Pifiaron y un hombre flaco como un espantapájaros se bajó de la parte delantera.

—Ah, Liam, pensé que querías hablar de negocios, no hacerlos —dijo con una voz desagradable a los oídos de Nigel. El señor Stevens lo había bajado, pero lo sostenía con una fuerza inesperada del brazo. Sentía que las lágrimas caían por sus ojos, su corazón palpitaba con fuerza y no paraba de echar miradas a la parte posterior de la carreta, donde podía distinguir unos cuantos pares de ojos mirándolo.

—Hubo un cambio de planes, Joseph —contestó, tironeando de Nigel—. Y este es el peor de toda la casa.

—Ah, es idéntico al Loco Mark. —Se relamió los labios, volviéndose más monstruoso bajo la luz tenue de los unicornios—. ¿Es igual de demente que el padre?

—No tengo idea, pero es muy probable. Ya sabes cómo son esos, se reproducen y dejan crías peligrosas en un mundo tan puro como el nuestro. —Escupió al suelo, justo a los pies de Nigel, quien sentía que su garganta se iba cerrando—. Espero que lo puedas enderezar —dijo antes de lanzarlo contra el hombre, quien atrapó sus hombros entre sus garras sin problemas. Apestaba a estiércol y sudor, lo apartó un poco, examinándolo con esos ojos como canicas que acompañaban a la sonrisa torcida llena de dientes amarillentos.

En cuanto estuvo satisfecho, lo lanzó hacia la parte posterior de la carreta, atándolo con unas cadenas antes de volver a hablar con el señor Stevens. Intentó abrir el grillete, en vano, y una mano se posó sobre la suya, callosa y áspera.

Una mujer mayor lo miraba a la vez que negaba con la cabeza. Nigel no supo qué pasó entre los dos hombres, pero la anciana lo abrazó, tarareando muy por lo bajo una canción que lo adormeció.

◇

La carreta se detuvo de golpe, despertándolo. Todo el cuerpo le dolía y le ardía la cara. Había empezado a clarear, permitiéndole ver quiénes eran los otros que lo acompañaban. En su mayoría, parecían ser adultos, casi tan grandes como Papá, de pieles más oscuras y con una que otra larga pluma en alguna de sus prendas, o vestían como el señor Stevens.

Una niña le sonrió antes de bajarse ante la orden del hombre que seguía pareciendo un espantapájaros a la luz del sol. Nigel se vio arrastrado por el pie, allí donde la cadena se aferraba a su ser. Bajó a tropezones, casi estampándose contra el suelo. Escuchó una risa entre dientes a sus espaldas, pero todo lo que pudo ver fue la mansión que tenía en frente. No le cabía ninguna duda de que allí dentro podría entrar toda su casa, incluidos los establos. Un chasquido demasiado cerca de su oído le hizo encogerse en el lugar.

No entendió qué le decían, pero las cadenas volvieron a tirarle el pie, llevándolo hacia lo que identificó como una caballeriza. Era un pasillo largo, de madera, con caballos de todos los tipos y colores a ambos lados. Los animales bufaron, quejándose del olor que tenían, de sus apariencias o molestos por el repentino movimiento. Algunos estiraron sus hocicos hacia ellos, pero un chasquido y bramido de quien fuera el que los dirigía, le impidió tocar al animal.

Los llevaron hasta el fondo, donde varias personas lo tomaron, sacándole la cadena del pie, pero impidiéndole dar cualquier paso sin que lo tironearan de los brazos. Quitaron sus ropas de un tirón y le metieron otras, más ásperas, antes de empujarlo a otro grupo, chocando contra un hombre enorme, aterrador, quien lo miró molesto antes de continuar caminando hacia una puerta. Sin saber qué hacer, siguió al resto a una habitación caliente. Más manos lo tomaron y, antes de que entendiera qué pasaba, sintió que su piel se prendía fuego.

Intentó gritar, pero fue incapaz de pronunciar cualquier sonido. Lo soltaron y más manos lo agarraron, llevándolo a otro lado donde le tiraron algo que le hizo saltar más lágrimas cuando le tocaron la zona herida por la quemadura. Con una venda apretada y el mundo borroso, lo empujaron hacia otra puerta, donde se encontró con más manos que lo sujetaban para luego lanzarlo hacia el frente, contra alguien que soltó un bufido y lo apartó de igual manera. Un chasquido más le hizo encogerse en su lugar. Oyó una voz gritona que no podía entender, las palabras le resultaron ajenas y todo lo que podía hacer era mirar al frente, donde sólo veía telas marrones y brazos desnudos con las vendas alrededor de una parte.

Siguió a la gente en cuanto notó que estaba rodeado. El aire empezaba a faltarle, pero no había dónde correr y sus pies seguían al montón. Miró al cielo, justo cuando un pegaso palomino pasaba sobre él, y fue lo último que vio antes de que se interpusiera el techo de donde sea que estuviera

en ese momento.

◇

Tomó la pala y empezó a levantar el estiércol de las caballerizas para luego tirarlo en la carretilla. A su lado, Maria rastrillaba la paja sucia, con su cabeza pelada reflejando el sol del mediodía. Ninguno de los dos decía ni una palabra, ni siquiera se atrevían a soltar un suspiro o gemido. A sus espaldas, uno de los capataces caminaba con total tranquilidad, cada tanto haciendo sonar su látigo cuando uno de los más viejos paraba a recobrar el aliento.

Agachó la mirada, volviendo a juntar una gran cantidad de estiércol antes de que lo llamaran. Dirigió sus ojos en la dirección de la voz, encontrándose con la hija de su señor, una muchacha de rasgos como pajarito, cabello negro como un pozo, vestida de dorado. Inmediatamente bajó la mirada y caminó hacia ella, con la pala todavía en la mano.

—Ensilla mi yegua —ordenó, con su voz estridente. Asintió con la cabeza, hizo una reverencia antes de dar media vuelta y dirigirse a una caballeriza donde un unicornio de pelaje blanco, casi plateado, esperaba. El caballo no hizo más que echarle una mirada antes de soltar un resoplido, moviendo la cabeza hacia donde estaba la cerradura de su caballeriza.

Nigel tomó unas riendas que colgaban cerca y, siseando para calmar al animal, pasó el bocado y las correas. Palmeó con cuidado el costado de la unicornio, rogando por dentro que se mantuviera calmado, y le colocó la sofisticada silla. Ajustó las correas antes de salir con la yegua de pelaje gris claro junto a sí, pifiando y rezongando sobre cómo le apretaban las botas.

La señorita lo miró, no sin la conocida mueca de asco, y esperó que le acercaran todo lo que le hacía falta para subirse. Otros tantos se acercaron y dejaron una pequeña escalera a un costado de la yegua, la cual no paraba de rezongar por lo bajo, incluso cuando su dueña se subió a su lomo.

—Llévame a dar una vuelta —ordenó, enderezando su espalda y acomodando su falda alrededor de sus piernas, quedando casi como si fuera parte de la bestia. Un escalofrío le recorrió la espalda ante la idea, pero se obligó a mantener todo el cuerpo quieto, todavía sintiendo la vieja herida en su espalda. Respiró hondo, tirando de las riendas hacia el frente, guiando al enfadado equino que no paraba de sacudir la cabeza de lado a lado.

La mansión a su alrededor tenía un inmenso predio verde, lleno de arbustos, que varios esclavos asignados a la jardinería mantenían en condiciones. Pasaron lejos de allí, tratando de mantener al unicornio lo

más lejos posible de los adornos. Dieron una vuelta hasta llegar a un campo, un espacio abierto donde algún que otro árbol permitía que hubiera algo de sombra. No había nada de sonido, más allá de los tintineos que producían los adornos de la señorita o del caballo.

—¿Cuál es tu nombre, esclavo? —preguntó ella de golpe. El que se dirigiera directamente a su persona lo dejó confundido por un momento. Frunció el ceño, manteniendo la mirada baja, antes de separar los labios. Ningún sonido salió de su garganta, como le había pasado antes. Soltó un suspiro y apretó el puño libre antes de esbozar una sonrisa y señalar la marca en su brazo—. ¿Mark? ¿Ese es tu nombre? Es horrible —dijo, sacudiéndose de golpe. Nigel rodó los ojos en cuanto volvió a ver al frente—. Te llamaré Mike, es más bonito, ¿no crees? Bueno, al menos tu nombre será bonito —añadió, casi como si fuera algo que él debía saber.

Rodó los ojos, continuando con el paseo, ignorando la risa mal contenida del unicornio. En todo el trayecto, la niña no paró de parlotear sobre lo que sea que pasaba por su cabeza, aparte de su nombre y por qué se lo había elegido. Al regresar a los establos, la niña bajó de la montura, de nuevo con ayuda de otros esclavos, y se dirigió hacia él. Nigel sabía que había crecido, que sus piernas y espalda se habían estirado un poco más, lo había notado con la facilidad con la que comenzaba a alcanzar las sillas cada vez más altas, pero en cuanto la señorita se paró frente a él, exigiéndole que la mirara a los ojos, notó la radical diferencia.

No tenía idea si debía o no mantenerse derecho, pero la joven no se molestó en darle tiempo para pensarlo, pues de inmediato lo agarró de la muñeca, arrastrándolo. Un pánico salvaje se apoderó de su cuerpo, obligándolo a retirar su mano de un tirón, casi arrastrando a la señorita con ese movimiento. El silencio sepulcral que invadió al sitio era abrumador; estaba seguro de que todos los ojos estaban fijos sobre su persona y la de la joven, quien tenía las mejillas coloradas.

—Mike, dame tu mano, *ahora mismo* —ordenó, apretando los dientes. Intentó balbucear una respuesta, en vano, pero asintió y la siguió a la mansión, mirando a sus pies. Una y otra vez empezaba a recordar las palabras de los mayores, quienes susurraban historias de lo que ocurría cuando uno de ellos se rebelaba. Casi siempre acababa con el esclavo muerto o mutilado.

Las puertas se abrieron con unos sirvientes de mejor aspecto, con la piel libre de cualquier mancha de sol, narices respingadas y ropas bien hechas. Adentro, la mansión era una inmensa construcción llena de ventanales a medio abrir, dejando pasar algo de luz dorada que se reflejaba en el piso blanco, en los costosos jarrones adornados y, quizás, alguno que otro espejo. Al pasar cerca de uno de ellos, apenas pudo reconocerse. Nada quedaba de su largo pelo que solía llevar atado a la altura de la nuca, sus brazos se veían como patas de caballo, la ropa flotaba sobre su cuerpo y

su rostro parecía el de un muerto. Tragó saliva, apartando la mirada de golpe.

La señorita los llevó por unas escaleras inmensas, donde seguramente podrían haber entrado como dos caballos de perfil, y aun así no se tocarían. Caminaba dando la menor cantidad de pasos posibles al notar que sus pies iban dejando huellas que pronto eran limpiadas. Subieron hacia una segunda planta, donde lo que más se podían ver eran puertas y alguna que otra ventana que permitían la iluminación. Ella caminaba con pasos rápidos, cortitos y seguros, hacia una puerta que tenía un escudo representando dos unicornios opuestos que chocaban sus cuernos con un destello. Llamó dos veces antes de que una voz grave la invitara a pasar.

En las historias que circulaban por las noches, antes de cerrar los ojos, siempre contaban sobre cómo el patrón los llamaba, con su voz grave, ataviado con las ropas más caras que pudieran imaginar y sus rasgos eran tan severos como los latigazos que les daban. Nigel, aunque admitía que las ropas no eran las más caras que pudiera imaginar, eran bastante más complejas y delicadas que las que él mismo llevaba, encontró que parte de las descripciones se acercaban bastante. Detrás de un escritorio tallado, con el mismo escudo que había en la puerta, estaba el patrón. Tenía cabello canoso, ojos negros y piel apenas arrugada, pero eso no impedía que incluso sentado resultara intimidante.

—¿A qué se debe tu visita, Samantha, hija mía? —preguntó, mojando una gran pluma negra en el tintero, sin levantar los ojos de su libro.

—Quiero que este esclavo sea el que se ocupe de mi unicornio —dijo de golpe, sorprendiendo más a Nigel que al patrón, quien no se molestó en dar algo más que una mirada aburrida en su dirección.

—¿Algún motivo en particular?

—Porque no habla —se limitó a responder. El patrón no dijo nada por un buen rato, dejando que el sonido de su pluma contra el papel fuera todo lo que ocupara al cuarto. Hizo un gesto firme con la cabeza, una afirmación, antes de decirles que podían retirarse. Nigel de inmediato agachó la cabeza y se corrió hacia un costado, dejando que la señorita pasara frente a él antes de seguirla.

◇

La unicornio no se comportaba mejor con cada día que pasaba, casi lo contrario. Nigel se había encontrado cada mañana cepillando el pelaje plateado del animal, evitando mordidas y patadas por los pelos, barría la paja, sacaba al unicornio, pulía su cuerno y cascos, siempre escuchando

las burlas de la yegua.

La señorita Samantha pasaba a verlo día por medio, pidiéndole que la ensillara y la llevara a dar una vuelta. En todas las salidas, la yegua refunfuñaba, resoplando ante la idea de cargar una vez más a la joven. Ella parloteaba una vez llegaban al predio donde podía andar con la unicornio por cualquier sitio.

—Ay, Mike, ¿sabes? He recibido tantas propuestas para bailar la última semana que espero estar encontrando un buen candidato. Será una pena tener que dejarte con mi padre, pero él no quiere dejarme ni un solo esclavo, ni siquiera a mi criada, ¿puedes creerlo? Más vale que el que desee casarse conmigo pueda conseguirme esclavos y criadas tan buenos como ustedes.

Nigel se limitaba a asentir con la cabeza, caminando sin dirección a lo largo del predio, intentando disfrutar de la falsa sensación de libertad que lo recorría. A veces incluso veía al patrón pasar con un pegaso, con su rifle de cacería.

—Mi padre me contó que hay monstruos capaces de hablar con los caballos, ¿puedes creerlo? Dice que parecen humanos, pero en realidad son abominaciones. —Se sacudió por un escalofrío, y Nigel sintió que tenía ganas de vomitar. Forzó una sonrisa, apretando un poco más el paso—. Mi tutora dice que se los reconoce por su cara larga y ojos muertos.

«No tengo cara larga, ¿o sí?», se preguntó, conteniendo las ganas de pasarse la mano por la mandíbula. Su mente dejó de prestar atención a todo, centrado en dar un paso delante del otro, cada vez más desesperado por terminar el recorrido. La señorita continuó con su cháchara, haciendo que asintiera con la cabeza de vez en cuando, aunque no escuchaba ni una palabra.

Al volver y dejar que Samantha regresara a la mansión, quedando libre para poder ocuparse de su unicornio, sintió que podía respirar. Miró a los alrededores, donde varios de sus compañeros esclavos estaban acomodando todo para lo que parecía ser una fiesta.

—No tengo cara larga —murmuró cuando estuvo solo en la caballeriza. El unicornio bufó, riéndose a su costa—. La gente habla con los caballos, ¿no? El amigo de Maria lo hace, pero no te entiende —continuó, sintiendo que parte de los nervios empezaban a irse.

Estuvo un rato más, terminando de cepillar los cuartos traseros, cuando escuchó pasos apresurados. Se asomó al pasillo, intentando ver de dónde venía la conmoción. Maria, con su cabello marrón cortado al ras de la cabeza, corría, mirando sobre sus hombros. Iba tan apresurada que no notó su presencia, ni siquiera cuando él intentó detenerla. Quiso llamarla,

pero su voz no acudió.

Pronto escuchó más pasos y voces furiosas. Instintivamente, adosó su espalda a la pared, sintiendo que el corazón iba a salirse de su pecho. Hombres vestidos con las ropas finas pasaron corriendo, látigos colgaban de sus cintos, junto con alguna que otra pistola. Gritaban algo sobre escape y detener a un esclavo. El unicornio relinchó, molesto por tanto escándalo, antes de exigirle a Nigel que le diera algo de comida para luego dormir su tan preciada siesta. Con el corazón en la garganta, acercó un fardo de alfalfa antes de ir tras el escándalo.

Los ancianos nunca paraban de contar a la noche, ocultos bajo las mantas raídas, con los pies helados por el viento que se colaba por la puerta, cómo los dioses habían creado a sus hijos. Nae-Op había dejado a sus creaciones caminando entre la creación de la Diosa Blanca, pero que cada tanto los llamaba a mostrar su verdadera apariencia.

No supo cómo fue el cambio, si había dolor o no, quizás tuviera algo vistoso, pero no tenía forma de saberlo, más allá de ver cómo Maria empezaba a galopar, lanzando coces y encabritándose. De su cintura para abajo había aparecido un cuerpo equino de un color marrón claro, con una cola del mismo color negro que su cabello. Nigel se apartó del camino antes de recibir una patada, cubriéndose la cabeza.

Maria dio un grito que se parecía a un relincho, antes de empezar a correr hacia la salida. Varios caballos se encabritaron, dando patadas en todas las direcciones, pidiendo salir o simplemente dejándose llevar por el momento. Los gritos de los capataces y guardias no hacían más que aumentar el caos que reinaba en el sitio.

Pronto en el establo quedaron solamente caballos alterados, junto con uno que otro capataz que latigueaba al aire, pidiendo orden. Sintiendo que el corazón estaba a punto de explotarle, empezó a intentar calmar a una yegua sleipnir, cuidando de no recibir una patada o mordida. Intentó murmurar algunas palabras, pero su garganta era incapaz de emitir algún sonido.

¡BANG!

El silencio invadió todo el lugar y Nigel se encontró con la curiosidad de asomarse por la ventana más cercana, deseando saber si vería o no el cuerpo de Maria tirado afuera. En las dos primaveras que llevaba allí, había visto cuerpos rodeados de sangre o muertos por falta de aire. Temblaba cuando se trepó al fardo más cercano, intentando ver hacia afuera.

Había una multitud que se movía como potrillos, e incluso le pareció divisar algo tirado en el suelo. Sintió que dejaba de respirar por un breve

instante, el tiempo que necesitó la nueva Maria para levantarse de un salto, lanzando coces y echando a correr.

—Las creaciones de Nae-Op fuimos hechas para cabalgar bajo el cielo, no para estar bajo el yugo de la Diosa Blanca —había dicho ella una noche. Nigel le habría gustado decirle que lo entendía, pero si realmente había dioses velando por ellos, le parecía que tenían favoritismos—. Volveré a casa, así sea cabalgando el viento de regreso.

Nigel se encontró sintiendo que su cuerpo entero vibraba, listo para seguir a la desbocada Maria, quien se encontraba casi saltando las rejas más bajas del predio. Miró hacia el interior de las caballerizas, donde el caos continuaba reinando.

Unicornios, sleipnirs y los raros hipalectriones, quienes soltaban mezclas de relinchos con cacareos, todos estaban alborotados. Volvió a ver hacia afuera, sintiendo que parte de su pecho se encendía antes de correr hacia el fondo de los establos.

Nadie le prestaba atención. Ningún caballo lo detenía al pasar corriendo.

Al fondo, en una caballeriza especial, estaba el animal más alborotado de todos. Tenía la crin hecha de plumas negras, al igual que su cola y parte de las patas; el resto de su cuerpo era de un color arenoso. Miró hacia los costados, sintiendo que el corazón le latía con fuerza al escuchar a los patrones que se acercaban. Relinchos y bufidos furiosos salían del semental que tenía en frente. Levantó una mano, intentando llamar su atención, en vano.

—Ey, pegaso... —murmuró, sintiendo que se le cerraba la garganta. El animal lo miró antes de resoplar, relinchar y encabritarse, agitando las majestuosas alas en el pequeño espacio que tenía. Los insultos y amenazas no faltaban en toda aquella demostración de fuerza.

Quiso dar un paso tentativo hacia el frente cuando una mano lo agarró por el brazo, apartándolo de golpe. Un olor a sudor se coló por su nariz antes de escuchar los regaños sin sentido, seguido por el latigazo que le hizo querer gritar.

Lo arrastraron hacia el sitio donde solían comer y dormir todos los que eran como él. Una mujer de cabello castaño lo atajó cuando el capataz lo tiró hacia adentro, cerrando la puerta de metal a cal y canto. Nigel se acomodó sobre el suelo, abrazando sus rodillas mientras la mujer continuaba rodeándolo con sus brazos, como si quisiera protegerlo de algo. Miró alrededor, todos estaban inquietos, observando a la puerta lejana, esa hecha de barrotes de metal que permitían que pasara la cabeza de cualquier caballo. Esa que todos evitaban, especialmente de

noche.

—Niñata idiota, habría sido mejor que la maten —escupió una mujer a la que le faltaban unos cuantos dientes.

—Maria ha logrado lo que tú no, admítelo, le envidias —respondió un chico que Nigel recordaba ver cerca de Maria durante las comidas. Tenía tres primaveras más que él.

—Dime lo mismo mañana, cuando no estén las diomenedas dando vueltas por esta celda de mierda —soltó un hombre, el cual jugueteaba con algo de su tobillo.

Nigel no escuchó mucho más, limitándose a mirar de reojo hacia la puerta de barrotes, considerando si debía o no adosarse más a la pared. En algún momento la mujer dejó de rodearlo con el brazo y sus pies se encontraron arrastrándolo hacia un pequeño rincón, alejado del resto, oculto tras un pequeño hueco en la pared, donde solía pasar parte de las noches. Sobre su cabeza, una pequeña reja dejaba que la luz del sol cayera sobre él. Le dolían los hombros y las rodillas cada vez que entraba allí, pero la ingenua tranquilidad le aflojaba un poco el nudo de su garganta, dejaba que las palabras no fueran como piedras atascadas.

Se pegó contra la pared, casi opuesto por completo al pequeño hueco por el que había entrado, y elevó sus ojos marrones, imaginando que no había líneas de hierro sobre su cabeza, que las nubes estaban más cerca de lo que parecía. Cerró los ojos, abatido por una pesadez repentina.

Vuelve a estar en su granja, con Papá esperándolo en la puerta, sosteniendo las riendas de una yegua palomina, la cual agita sus alas emplumadas de vez en cuando. Mamá pasea sobre Spot, disfrutando del día de mercado en el pueblo más cercano. Nigel corre hacia donde está Papá, emocionado, con las lágrimas rodando por sus mejillas. Sus ojos van y vienen del animal a él, quedándose más tiempo en el cabello largo, atado en una simple trenza que caía por su hombro izquierdo.

—Tranquilo, potrillo, espera un poco más —le dice, agachándose hasta quedar a su altura—. No te muevas.

Nigel abrió los ojos, notando por primera vez los gritos y el olor a sangre. Relinchos triunfales, llenos de palabras que Nigel habría preferido no entender. Sus piernas lo empujaron hacia arriba, pegándolo más a la pared, y sus manos cubrieron su boca cuando vio a una sombra pasar. Escuchó los resoplidos, el sonido de los cascos golpeando contra el suelo, e incluso le pareció escuchar que algo golpeaba el muro que daba a donde estaba.

Si le hubieran dicho lo que hizo ese día, Nigel se habría quedado en silencio, preguntándose cuánto podía creer realmente de lo que le decían. Con el corazón en la garganta, sus dedos se aferraron a cualquier grieta, sus piernas presionaron contra las paredes y de inmediato se encontró escalando las mismas. Subió hacia el cielo, hacia las nubes esponjosas, o eso quiso, pero la barra de hierro frenó a su cabeza, emitiendo un quejido cuando chocó contra la misma. Abajo, probablemente más abajo de lo que creía, le pareció ver cómo se asomaba un hocico pardo, con hilos de un líquido rojizo. Contempló, con horror, cómo se movía, dejando a la vista unos dientes mucho más afilados que el resto de los caballos, antes de desaparecer.

Esperó, escuchando al silencio sepulcral, incluso cuando no hubo ni siquiera el sonido de cascos. No bajó hasta que el cielo comenzó a opacarse y sus piernas, entumecidas, empezaban a dejar de sostenerlo. Incluso en el suelo, sumido en la oscuridad y silencio, su cuerpo se apegó a la pared helada.

«Nae-Op, ¿qué me deparas para mañana?»

◇

Caminó hacia la casilla del pegaso salvaje con las piernas cansadas y un fardo de alfalfa al hombro. Sentía que en cualquier instante iba a caer de rodillas, pero en ese momento tenía a dos capataces sobre su persona. Había pasado una estación desde las diomenedas y, por suerte, apenas le habían agregado más tareas de las que ya las tenía. El unicornio de la señorita no había mejorado mucho con sus quejas, Nigel incluso sospechaba que habían aumentado desde entonces.

Aquel pegaso seguía en la caja donde sus alas chocaban contra las paredes. Como venía siendo costumbre, el semental lo vio en silencio, con las patas listas para lanzar una coz en su dirección, mientras dejaba el fardo de su hombro junto al resto que se almacenaba cerca de allí. Lo escuchó resoplar, pifiar e incluso insultar a todos los que pasaban cerca. Nigel no quería ni imaginarse cómo era el caballo con quien fuera a ocuparse de él.

—Mi padre va a llevarlo a la Gala, es un bello ejemplar, ¿no lo crees Mike? —había dicho Samantha un par de días atrás. Nigel había asentido con la cabeza, algo dudoso de que fuera siquiera una buena idea. «¿No es demasiado salvaje para el patrón?», se preguntó—. Podríamos encontrar alguien mejor que ese Joseph —rezongó ella, moviendo su cabello con demasiada elegancia.

En ese momento, viendo al animal lanzando mordidas hacia quien intentara acercarse, la pregunta volvió a aparecer en su mente. El patrón miraba todo desde una distancia prudencial, con sus manos detrás de la

espalda; lo vio inclinar la cabeza hacia un costado y, antes de que pudiera siquiera comprender qué pasaba, escuchó el disparo seguido por un relincho de dolor. Sus ojos, abiertos por completo, miraban hacia el semental, el cual empezaba a sangrar allí donde la bala había rozado su hombro.

—Amánsalo —fue todo lo que dijo el patrón, dando una vuelta sobre sus talones y marchándose. Nigel mantuvo la mirada en la espalda ancha antes de regresar al caballo, el cual sacudía la cabeza con fuerza, pifiando y relinchando en una mezcla de dolor y furia. Varios de los capataces se acercaron, haciendo sonar sus látigos sin piedad. Uno de ellos, quien no le quitaba el ojo de encima al animal, lo tomó por el brazo y lo lanzó hacia el frente, gritándole que lo calmara.

Cascos y mordiscos era todo lo que ocupaba su pensamiento. «Es imposible que lo calme», quería decir, pero todo lo que podía hacer era intentar alejarse de la casilla, la cual parecía temblar con cada patada. Intentó forzar a su garganta, que las palabras no se apelotonaran en su lengua, pero ni siquiera un sollozo o un gemido escapó de ellos.

Capítulo 2

Potro de Invierno

La peor parte de la rutina era ir a dejar los fardos. Sus brazos ya se habían acostumbrado a levantar el peso, sus piernas habían encontrado la forma de mantenerlo de pie y hacerlo avanzar sin que se tambaleara cual potrillo. De su frente caían las gotas de sudor, pero la mantenía alzada, fija en su destino. Y precisamente por donde tenía que pasar era que odiaba esa parte del día a día. Trips solía pifiarle para que se apresurara, dando coces hacia las paredes –por obra y gracia de Nae-Op no estaban destrozadas– y relinchando para que le deje estirar sus alas.

Nigel solía evitar la casilla, especialmente luego de que un capataz lo hubiera lanzado, una primavera atrás, al interior en medio de una de las locuras de Trips. Desconocía qué había pasado en ese desacato del animal, pero desde entonces lo había estado siguiendo con la mirada cada vez que pasaba cerca, intentando convencerlo de salir al prado más cercano. Nigel cada tanto se encontraba tentado de hacerlo, más cuando los latigazos y gritos eran insoportables al final de la jornada.

Bufó cuando el pesado fardo cayó sobre el resto, desequilibrándolo. Cayó de rodillas antes de girarse y apoyar la espalda contra el montón de pasto seco. Escuchaba el movimiento afuera, de los sirvientes y esclavos que movían todo para organizar una fiesta que a la esposa del patrón se le había ocurrido organizar. Movió el hombro, sintiendo una queja allí donde Samantha le había golpeado con su refinado abanico luego del puntapié "accidental" de su prometido. Cerró los ojos, imaginando que estaba en cualquier sitio menos aquel, antes de soltar un largo suspiro.

Escuchó el sonido de unos pasos que se acercaban y se puso de pie de inmediato, casi sin darse cuenta de la muda protesta de sus pies ante aquello. Trips bufaba, quejándose de que no era justo hacerlo esperar tanto, pero Nigel hizo oídos sordos a cualquier sonido, centrándose en la joven que entraba al lugar con un sonido de taconeo que se perdía un poco entre los otros sonidos del establo. Era una de las chicas más bonitas que había visto, vestida con ropas de un azul oscuro, ojos afilados y cabello tan brillante como el sol.

—Perdona, ¿ese es el famoso caballo Trips del señor Hamilton? —preguntó, señalando con la barbilla al semental, quien resopló y golpeó el suelo con un casco. Nigel asintió con la cabeza, sintiendo que todo su cuerpo estaba paralizado—. Da un poco de pena, ¿no crees? Tan bella criatura... Y claramente no es de las que se pueden domar con facilidad. —Nigel estaba seguro de que el caballo había arqueado el cuello, orgulloso, ante las palabras. Rodó los ojos, intentando ignorar la fanfarronería, antes de esbozar una sonrisa de disculpa en dirección a la

señorita—. No es necesario tanto silencio, puedes dirigirme la palabra, no voy a delatarte con el señor Hamilton. ¿Cuál es tu nombre?

Una sensación amarga le recorrió el cuerpo y señaló su brazo, allí donde la marca que le habían dado al llegar, una mancha algo más oscura que su piel. Ella lo miró confundida, pero se acercó de todas formas, viendo lo que sea que hubiera allí. Se quedó un momento allí, inundando su nariz con un olor a jabón y algo dulce. Apartó la cabeza, sintiendo que toda la sangre de su cuerpo empezaba a hervir. La escuchó chasquear la lengua y de reojo vio como negaba con la cabeza, con un gesto de desaprobación total.

Sin previo aviso, lo tomó del codo, llevándolo hacia donde ella quería. Y de inmediato se liberó del agarre, llamando la atención de ella. Abrió la boca para excusarse, para pedirle disculpas por su mal comportamiento, incluso sabiendo que no era capaz de formar alguna letra, ni la más sencilla.

—¡Wendy! Ahí estabas, creí que tendría que buscarte por todos lados y aun así no te encontraría —dijo otra voz, más aguda y potente. Una chica caminaba hacia ellos, vestía como hombre y su piel era la más peculiar que Nigel había visto en su vida, con manchas blancas en una mejilla y parte superior de la cara. Una melena rubia se movía libremente por su espalda, acompañando sus pasos con una suavidad que sólo podía compararla con el movimiento de los caballos que llevaban a las damas más refinadas.

—Opal, debería decir lo mismo de ti —refunfuñó la primera, cruzándose de brazos. Opal no pareció percatarse de su presencia, con sus ojos de un azul mucho más intenso como el cielo del mediodía, fijos en Wendy. Gran parte de la conversación se perdió en la memoria de Nigel, concentrado en las dos jóvenes que parecían tener su edad.

No supo qué pasaba hasta que la que vestía como hombre se paró frente a él, apenas más bajita que él. Lo miraba como si fuera un potro al que no sabía si comprar o no, viendo si sus patas raquíticas podrían sostener a una persona o sería un tormento. Retrocedió un paso, consciente de que no debería estar quieto tanto tiempo, no cuando el capataz había sido claro con lo que debía hacer. Hizo un gesto de disculpa y corrió hacia la salida, conteniendo las ganas de girar la cabeza hacia atrás, donde las dos jovencitas se habían quedado.

Afuera, no tardaron en llamarlo, gritándole que debía ir de inmediato a acomodar las mesas que faltaban. Un hombre de piel más oscura que la suya, vestido ricamente de blanco, gruñó algo cuando pasó cerca de él, secundado por una mujer parecida a él que ocultaba parte de su rostro detrás de su abanico. Más hombres y mujeres se quejaban cuando pasaba cerca de ellos, las disculpas se agolpaban contra su boca, queriendo salir,

sin éxito.

—Ah, Mike, ya era hora de que aparecieras —dijo Samantha al verlo. Nigel inhaló hondo antes de agachar la cabeza y hacer una profunda reverencia a la señorita. Ese día vestía de rosa, llena de detalles que arrancaban brillos del sol, el cabello recogido le daba un aire más parecido al de su madre, quien caminaba de la mano del patrón entre los invitados que iban llegando—. Ve a buscarme unos tragos para Joseph, sus amigos y yo. Recuerda que no deben ser los de los señores Thompson, que estén lo más frías posibles. Anda, ve, ¡no te quedes como estantería!

Conteniendo un suspiro cansado, dio media vuelta y trotó hacia la mesa más cercana de alimentos, tomando una bandeja vacía en la que comenzó a poner las copas que cumplían con las exigencias de Samantha. Antes de alejarse de la mesa, buscó con la mirada a la señorita antes de dirigirse hacia allí, sorteando a los invitados y sirvientes que se cruzaban.

Durante toda la fiesta se encontró caminando de un lado a otro del jardín principal, acomodando las sillas y mesas cuando llegó la hora de la comida, armando y desarmando las tiendas para los juegos de mesa, así como cuando algún invitado lo pedía. Para la tarde, cuando el sol daba con toda su fuerza sobre ellos, Nigel apenas era capaz de distinguir entre cansancio y dolor. Cualquier momento de quietud era un alivio, cualquier pequeño trozo de comida dejado era una alegría para su estómago, así como los tragos de agua del pozo que conseguía.

Para el final de la fiesta, se veía incapaz de dar otro paso, de cargar cualquier bandeja o mueble. Incluso sus pies se negaron a mantenerlo por más tiempo, haciendo que tropezara y derramara una bandeja llena de vino sobre unos invitados. Un silencio tan aterrador como el que había seguido a las diomenedas se hizo presente. Como si le hubieran dado una coz, su cabeza se despejó de cualquier cansancio y su cuerpo pareció recordar lo que debía estar haciendo. No se atrevió a levantar la mirada, simplemente se tiró al suelo, maldiciendo a su garganta cerrada y a las lágrimas saladas que le quemaban las resentidas mejillas. Escuchaba los chillidos y las quejas que lo rodeaban, sentía los escupitajos acompañados por miradas que laceraban su cuerpo. Lo levantaron de golpe, tirando de sus brazos sin contemplación.

«Quizás, por fin, podré encontrarme con Papá», pensó cuando empezaron los latigazos. Abrió la boca para gritar, sin emitir ningún sonido realmente. Era incapaz de cubrirse, por más que sus manos estuvieran alrededor de su cabeza.

—¡Deténganse, he dicho! —vociferó alguien. Nigel no se movió, consciente del ardor de su espalda e incapaz de mover su cuerpo en cualquier dirección. Oyó el tintineo de las hebillas, unas botas pesadas que se acercaban a donde estaba, y cómo una sombre, probablemente el dueño

de la voz se iba imponiendo sobre él. Una mano callosa lo tomó del mentón, alzando su mirada con cuidado.

Nigel no había visto, en las cinco primaveras que llevaba allí, un rostro tan contradictorio como aquel; tenía una barba prolija, un rostro delgado y fino con una cicatriz sobre el ojo izquierdo; cargaba un par de pistolas y sus ropas –elegantes– le daban el aspecto de estar en constante movimiento. Lo miró en silencio, girando su mandíbula de un lado a otro, siempre en silencio y arrodillado. Cuando lo soltó, Nigel bajó la cabeza, temblando, incapaz de escuchar lo que estuvieran diciendo a su alrededor.

Esa noche, al regresar a los establos, se encontró a sí mismo caminando hacia la casilla del pegaso salvaje; el corazón bombeando fuertemente, con la cabeza ya cabalgando por cualquier sitio menos aquel. Maria lo había intentado, otros habían pagado por ella, y él se había quedado solo. Los nuevos no eran más que caras vacías, más ajenas que las de los refinados sirvientes. Algo dentro de sí empezaba a dar coces, a encabritarse y relinchar.

—¿Qué viste en mí? —susurró al semental cuando llegó. El animal alzó sus orejas, apuntando en su dirección, respiró hondo antes de tocarlo con el hocico en pecho, resoplando suavemente, enviando una sensación cálida por todo su cuerpo. Nigel alzó sus manos, acariciando el hocico, con una delicadeza que le sorprendió incluso a sí mismo, luego las mejillas y luego rodeando el cuello. Trips gimió, abriendo ligeramente sus alas, rodeando su cuerpo.

Lloró en silencio, enterrando su cabeza contra el cuello del semental, en un escondite cálido que hacía palpitar con fuerza a su corazón. Por primera vez, sintió que comprendía lo que pasaba.

◇

Tiró el contenido de la carreta en el pozo que correspondía. Sus ojos, más despiertos, miraban en todas las direcciones. Samantha no iba a llamarlo ese día, en cuanto terminara con la carreta, debía ir a atender a Trips, prepararlo para el evento que tendría lugar en la Richalley dentro de medialuna. Sus manos temblaban, pero nada se cayó de ellas. Sus pies iban firmes, ligeros como el aire, seguros como los de los sleipnir que corrían en el prado más cercano.

Pasó junto a un corral, divisando a la chica Opal sobre una yegua. Cabalgaba con tal soltura que Nigel se encontró echando miradas de reojo, así como a la multitud que la observaba con expresiones malhumoradas. Él se limitó a ver, sintiendo que una comisura de su labio temblaba en una sonrisa antes de continuar con su camino, el tiempo

apremiaba, y todo estaba listo.

Dentro del establo, esclavos y sirvientes pasaban de un lado a otro, buscando y llevando recados, fardos, monturas y riendas a cuestas. Nadie le prestó atención, ni siquiera los caballos, quienes solían estirar sus cuellos hacia él. Trips lo esperaba, removiéndose en su casilla, con una soga que ataba su cabeza a dos postes y sus cascos raspando el suelo al ritmo de sus resoplidos y relinchos. Al verlo, gruñó, reclamándole por una tardanza inexistente. El esclavo que lo vigilaba en ese momento, un joven mucho más escuálido que él, de mirada nerviosa y movimientos inseguros, se giró en su dirección; había un alivio palpable en su rostro al verlo.

—Gracias, Silencioso Mike, por venir a relevarme —dijo, esbozando una sonrisa. Nigel intentó devolverle el gesto, pero sentía que todo lo que le salía era una mueca, por lo que se limitó a asentir con la cabeza. El joven sonrió de oreja a oreja y se marchó a paso ligero.

—¿Pasó algo? —susurró a Trips, quién negó con la cabeza, soltando un largo suspiro. Asintió para sí, sintiendo que el pecho se le cerraba por un breve instante antes de liberarse en una larga exhalación. Miró hacia todos lados, tomando las herramientas para limpiar los cascos, y entró en la casilla. Acomodó una de las patas entre sus piernas, pasando con cuidado el cuchillo, sacando un poco de la paja y barro.

En cuanto estuvo seguro de que nadie miraba, caminó hacia la silla de montar más cercana, colocándola con cuidado, viendo de reojo la tensión en el cuerpo de Trips. Mordió su labio inferior, pasando la mirada de un lado a otro antes de soltar un sonoro suspiro. ¿Cómo podía llevar a cabo lo que pasaba por su cabeza si no tenía ni la más remota idea de cómo hacer la parte fundamental? Trips lo miraba de reojo, confundido ante su quietud. Él había sido claro, la silla y el viento no eran lo que pasaba por su cabeza cuando pensaba en su libertad. La imagen de Papá, sonriéndole antes de irse a dormir, prometiendo enseñarle lo que había anhelado tanto tiempo, regresó a su mente. Podía ver la luz del pasillo, una lámpara que emitía largas sombras, la silueta iluminada de Papá sentado en su cama,el cabello atado a la altura de la nuca.

Respiró hondo y volvió a dejar la silla en su lugar, sintiendo que sus piernas empezaban a temblar y su pecho a cerrarse. Era una locura, bien lo sabía, incluso con esa presión salvaje que lo instaba a gritar, a soltarlo todo, de correr junto al viento; no había forma de que saliera bien. Miró a Trips, sintiendo que sus ojos se aguaban a la par que sus manos sacaban la silla. El semental relinchó suavemente, preguntándole qué pasaba. Nigel negó con la cabeza, retrocediendo hasta que su espalda chocó contra la pared, dejando que su peso lo arrastrara hacia el suelo, sus

piernas se doblaran y arrimaran a su pecho.

«¿Qué se supone que haré? No sé en dónde estoy, en dónde está mi casa, no sé montar un pegaso», lloró, ocultando la cara entre los brazos. Trips lo llamó, tocándolo con la punta del ala, asegurándole que no lo dejaría caer, no hasta que al menos estuvieran en algún sitio seguro. Nigel negó con la cabeza, consciente de que aquello era poco. La repentina idea de no poder nunca regresar a su hogar empezó a ser como un enorme fardo que aplastaba su cuerpo contra el suelo. En algún momento, Trips debió escuchar que alguien venía, pues Nigel se encontró con el animal relinchando y pifiando como siempre. Con cuidado, se puso de pie, saliendo de la casilla a tiempo para ver al patrón acercarse.

—¡Cincuenta y dos! Prepáralo para partir —ordenó, mirando en todas las direcciones, el disgusto en su rostro era acompañado por el cuidado con el que caminaba, mirando dónde ponía los pies. Nigel echó una mirada rápida hacia Trips, quien continuaba con su protesta y dejando en claro que no tenía ganas de estar cerca de ningún humano. Sin demora, Nigel asintió, intentando sacar al menos una soga para poder ponerle una rienda.

Desconocía si el patrón se quedaría a ver cómo cumplía las órdenes, pero la mirada del pegaso le dejó en claro lo que implicaba aquel momento. Tragó saliva, mirando una vez más a la silla que había intentado ponerle, antes de volver a fijar sus ojos en los del animal, quien le sopló, diciéndole que estaría bien. Con el corazón tembloroso y todavía débil, asintió con la cabeza, más para sí mismo que otra cosa, y sacó a Trips, quien caminaba sacudiendo la cabeza de un lado a otro, resoplando sonoramente.

Avanzaron en medio del establo, con todos los esclavos y sirvientes ocupados en sus tareas; algunos se detenían para verlos pasar, o simplemente los evitaban. Estaban a una escasa distancia de la entrada cuando Trips le hizo la señal y empezó a estirar las alas en medio de un relincho y empezando como a enloquecer. Todo el establo comenzó a alterarse, como si hubieran lanzado una piedra gigante en un balde pequeño. Nigel sintió que sus pies abandonaron el suelo de repente, con todo su cuerpo pegado a la espalda de Trips, quien empezó a galopar con las alas abiertas. Pronto empezó a escuchar el sonido de disparos, y los movimientos del caballo, erráticos, hicieron que todo su interior se revolviera.

Si alguien le hubiera preguntado en ese entonces cómo se imaginaba volar en lomos de un pegaso, le habría dicho que seguramente era como montar a un sleipnir, pero con alas. Y en el instante que Trips saltó hacia el cielo, derribando a unos cuantos capataces que empezaban a chillar a la

par de los esclavos, sintió que había sido ingenuo, en todos los sentidos.

Volar con un pegaso era aterradoramente maravilloso. Su estómago se retorció cuando subieron hacia las nubes, creyó que perdería todo su pelo cuando el viento lo peinó con su aliento helado y cortante. Todo eso pensó, ocultando su cabeza contra el cuello de Trips, aferrándose a él con más fuerza de la que se creía capaz, apretando sus piernas contra los flancos hasta que el pegaso le pidió que se relajara.

Era algo que no podía describir. En cuanto estuvieron lejos, casi tocando las pocas nubes blancas que había ese día, Nigel sintió que su cuerpo se soltaba. Sus manos dejaron de aferrarse con desesperación a Trips, sus piernas se acomodaron y sintió que su cadera se enderezaba. Dentro de sí, aquello que había estado dando coces, pareció encontrar lo que buscaba, llenándolo de una sensación de tranquilidad que poco a poco se extendió por todo su cuerpo. Abrió los ojos, viendo el mundo por primera vez.

Perdió el aliento y sintió que su corazón se ensanchaba, una sensación preciosa, que empezó a envolverlo con el viento que peinaba sus cabellos. La risa se apoderó de él, una carcajada que nunca habría esperado sentir, con todo su cuerpo sintiéndose ligero, parte de todo aquello. El horizonte era amplio, el sol le sonreía y el mundo lo saludaba con una pequeña bandada de pájaros que alzaron vuelo desde un estanque lejano. Sintió que sus mejillas se iban a partir en dos, no había nada que le impidiera ser.

Y Trips sonrió con él.

◇

Los días pasaron, y en el último se detuvieron cerca del Río Divisor, como lo llamó Trips. Allí había árboles de hojas de un verde amarillento que custodiaban las orillas; pequeñas aves cantoras anidaban y volaban de una rama a otra junto con la brisa que corría. El murmullo del agua cristalina era tan tenue que Nigel se encontró mirando la corriente y escuchándola. Detrás de él, con una alegría palpable, Trips pastaba y admiraba los alrededores.

«¿Y ahora qué?»

Miró al joven semental de reojo, sabiendo que el tiempo juntos estaba llegando a su fin, sintiendo que su corazón y pecho se destrozaban. Bajó la mirada, abrazando sus rodillas, perdiéndose en los reflejos del sol, que empezaba a caer en las aguas. Una vez más, la granja apareció en su mente, tal como la recordaba, con Papá y Mamá yendo de un lado a otro, con las Tías cuidando de la casa y sus primos paseando los animales o jugando por ahí. Echó la cabeza hacia atrás, hacia el cielo que le sonreía

con su rostro celeste.

En algún momento, Trips se había acercado a él, apoyando su hocico en su hombro, preguntándole qué pasaba. Nigel no tardó en susurrarle que estaba bien, pero el caballo no pareció convencido hasta que le confesó parte de la verdad. ¿Cómo iba a hacer para volver a verlo? ¿Cómo haría para regresar? Trips se quedó en silencio, echándose junto a él, con sus ojos fijos en el mundo que los rodeaba, antes de volver a Nigel y soplar suavemente que desconocía el modo, pero que tampoco quería dejarlo. Las lágrimas se asomaron nuevamente al rostro de Nigel y sonrió con un sentimiento agridulce. Se mantuvieron allí un rato más antes de que Trips parara sus orejas, girándolas. Nigel siguió con la mirada, entrecerrando los ojos.

No era posible verlo con claridad, pero figuras equinas caminaban hacia ellos. Colocó una mano como visera y le pareció reconocer las crines rojizas, aunque con el calor de la tarde bien podía ser cualquier cosa menos aquello que empezaba a oprimirle el corazón. Trips se puso de pie, resoplando, antes de pedirle a Nigel que se subiera. De inmediato se encontró trepando al lomo, con sus manos aferrándose a las pocas plumas de la crin, y sintió que el corazón empezaba a palpitarle. Sus ojos no paraban de ir hacia su espalda, todavía intentando ver de qué color eran los animales que se iban acercando.

Comenzaron caminando por las orillas del río, en completo silencio, ambos volteándose constantemente. En el momento que pudieron distinguir las siluetas, Trips empezó a trotar, sus alas parcialmente abiertas, aunque pronto vieron que cruzaban a la otra orilla. Nigel no tenía idea si eran realmente diomenedas, pero algo dentro de sí se sintió más aliviado al ver que luego de cruzar seguían otro camino. Ante el pedido del semental, se mantuvo sobre su lomo un trecho más.

El mundo había vuelto a ser silencioso, pero había un aire tenso, como si en cualquier momento fuera a largarse una tormenta. Ambos observaban los alrededores, esperando que cualquier cosa apareciera ante ellos. Nigel iba a decir que no había nada de lo que preocuparse, cuando escuchó relinchos agudos, casi como chillidos, y Trips empezó a galopar de golpe. Su cuerpo entero se pegó al del animal, aferrándose cuál garrapata a sus plumas.

Los ancianos de la mansión solían susurrarle que para cada criatura de Nae-Op, había una de Sarciavas-Uh, y uno de los hijos de ella temía del primer hijo de él por haber caído de su nido antes de tiempo. Habían nacido del abandono, los mitos mencionaban que una yegua pegaso debía de rechazar a su potrillo para que este se volviera en el mayor dolor de su gente. Negro como las pesadillas, de piel escamada, hocico afilado y de hambre voraz. Algunos de los que narraban historias añadían que eran los mensajeros de los dioses olvidados, de aquellos que juntaban las almas

del viento antes de ponerlas en otro cuerpo.

Si aquello era o no verdad, Nigel no tenía tiempo para averiguarlo. Trips comenzó a estirar las alas, alzando vuelo, apenas lo suficiente para avanzar más rápido, pero sin dejar la seguridad de los árboles.

Alas inmensas, patas cuyas pezuñas parecían terminar en garras y colas delgadas que se movían de manera extraña detrás de ellos. Nigel sintió que las diomenedas eran la parte bella de aquellas bestias, tenían el cuello más grueso y sus pectorales marcados, incluso entre las escamas. Trips viró de golpe, sacudiendo casi todo el interior de su cuerpo, antes de ascender, desesperado por volar cuan rápido podía. Sus ojos lloraban con el viento y su corazón se encogió a la par de sus brazos contra el cuello del semental.

Pronto sintió que los chillidos aumentaban, así como los aires de Trips, quien resoplaba, cada vez más rápido, más desesperado. Su estómago se encogía, trepaba a su garganta, volvía a caer, siguiendo los movimientos del pegaso. Abrió un ojo, encontrándose con una cabeza de un gris negruzco a su altura; un orbe de un amarillo verdoso, de pupila afilada, lo observaba. En cuanto el animal abrió su hocico, Nigel pudo distinguir un montón de dientes, listos para desgarrar, y uno de esos relinchos se hizo oír. Al igual que con las diomenedas, su sangre se congeló a la vez que sus latidos empezaban a ensordecerlo.

Vio cómo los dientes se acercaban a su cabeza antes de que Trips cayera en picada. El viento zumbaba en sus oídos y su garganta se cerró, apretó los párpados, empezando a murmurar una de las pocas frases que los ancianos cantaban en un susurro al caer la noche. Sus dedos se aferraron al cuello del semental, esperando que el viento no lo separara. Trips se enderezó, corriendo al ras del suelo, dándole un sacudón.

Como si todas las deidades hubieran decidido eliminar a Nigel, escuchó el relincho lejano, emocionado. Esa vez sí pudo reconocer las crines rojizas que se movían con el viento. Quiso gritar, pero cualquier sonido quedó atorado en su garganta. Miró hacia el cielo, donde varios de los thestrals sobrevolaban, con sus alas negras membranosas que dejaban pasar la luz como si fueran nubes finas. Separó los labios, como si con un grito fuera a resolver algo, y su cuerpo se acomodó lo mejor que pudo, intentando incomodar lo menos posible al caballo.

A lo lejos, como una sombra, le pareció distinguir una silueta de una construcción. Su mente dejó de ocuparse de lo que le rodeaba, sus ojos y pensamientos se alinearon en una dirección, con una clara línea a la que seguir. Relinchos y chillidos continuaban a su alrededor, cada vez más cercanos, casi sobre ellos.

La construcción empezó a convertirse en una casa inmensa. Podrían llegar. Se acomodó, sentándose sobre el lomo y agarrando las plumas de las crines. Un movimiento cerca de él le avisó de una diomeneda. Esperó a que la cabeza estuviera cerca y le dio una patada ni bien tuvo la oportunidad. Apenas era consciente del mundo que lo rodeaba, sus ojos enfocados en la construcción. Podrían lograrlo. Polvo y viento, relinchos y chillidos.

¡BANG!

Una diomeneda se quejó, soltando palabras que Nigel supuso serían insultos. No le importaba, espoleó a Trips para que continuara. Otro estallido y un thestral se apartó, gritando que su ala y pata dolían. Escuchaba al semental resoplar, sintió cómo sus músculos de las patas se cansaban, haciendo que estirara las alas. La casa estaba más cerca.

¡BANG!

Algo le rozó la cabeza y Trips clavó sus patas en el suelo, mandando a Nigel a la tierra misma. Comenzó a relinchar, a dar coces y a sacudirse antes de alzar vuelo. Nigel esquivó cuantas pezuñas y movimientos animales podía, sintiendo que el corazón se le iba a salir de la garganta. Empezó a correr justo cuando escuchó más estallidos, cascos, y distinguió varias siluetas que pasaron a su lado. Cubrió su cabeza con los brazos, quedándose quieto en donde estaba. Oyó a las diomenedas quejarse, a un caballo reírse, otro que les incitaba a marcharse.

El silencio se hizo presente, dejando una sensación aturdida en su lugar. Sus piernas apenas lo sostenían y sus ojos eran incapaces de enfocar a las siluetas que se acercaban a él. Le habría gustado decir algo, pero el mundo se apagó.

◇

—Creo que está bien.

Voces y sonidos de cosas que se desplazaban de un lado al otro aturdían sus oídos. Frunció el ceño, sintiendo que una luz potente le daba en la cara. ¿Ya era hora de levantarse o podría disfrutar de un poco más de tranquilidad antes que el capataz de turno apareciera a latiguear el aire y su cuerpo? Abrió levemente los ojos, encontrando una mirada azul brillante cerca. Demasiado cerca. Tanto que su primer instinto fue darle un golpe con la cabeza a quien fuera que estuviera sobre sí.

—¡Demasiado bien! ¡Cascos! Eso dolió —chilló la afectada, sobándose la zona dolorida. Nigel no estaba mejor, su cabeza le dolía como si hubiera golpeado una piedra en lugar de una persona. Emitió un quejido bajo de dolor, sujetándose la cabeza. A su alrededor escuchó risas y un siseo

molesto, seguido con una sensación sorda de malestar. Volvió a abrir los ojos, y casi estuvo seguro de que no estaba viendo bien. Frente a él, palpándose la frente, estaba la chica que recordaba de la mansión. Y no estaba para nada contenta. Bajó la mirada, intentando, aunque sea, susurrar una disculpa; sentía que sus mejillas ardían, más cuando la chica se volvió a acercar—. Como sea —dijo al cabo de un rato de contemplarlo en silencio—, volveré a ocuparme del establo.

La siguió con la mirada, sin saber si estaba aliviado por recuperar su espacio personal o estaba empezando a darse cuenta que, en cualquier momento, podría regresar al último sitio donde quería estar. Junto a la puerta, con una sonrisa de oreja a oreja, estaba el hombre de rostro extraño y la joven bella.

—No te preocupes, no es personal —dijo él sin dejar de sonreír. La joven no hizo ningún gesto, simplemente caminó hasta quedar junto a la cama. Se encontró removiéndose incómodo, mirando hacia la ventana más cercana de reojo. Casi esperaba encontrarse con Trips afuera, trotando con sus alas listas para levantar vuelo—. Hamilton no sabe que estás aquí, descuida.

Nigel abrió los ojos como platos ante la mención. Contuvo un escalofrío antes de llevar sus rodillas hacia su pecho. Un silencio se apoderó de la habitación, con la joven mirándolo fijamente, como si fuera a verlo actuar en alguna tonta competencia de doma. Ese día, notó, llevaba un vestido casi tan bonito como el que tenía en el establo de su anterior dueño, pero mucho menos complicado, como los que utilizaba Samantha para andar a caballo.

—¿Qué tan bueno eres con el establo, Silencioso Mike? —preguntó ella. Nigel no pudo más que resoplar ante el sobrenombre y mirarla como si hubiera preguntado si los sleipnir tenían menos de ocho patas. Aun así, ella no apartó sus ojos grises de él, su garganta se cerró un poco y se encontró desviando la vista hacia la ventana de regreso—. ¿Y bien?

Lo intentó. Realmente intentó que las palabras que burbujeaban en su garganta salieran, que su lengua las paladeara como lo hacía cuando estaba a solas. Al cuarto intento se rindió. ¿Cómo iba a hablar cuando no lo había hecho en las últimas cinco primaveras? Era ridículo e imposible. Apretó los puños, luchando contra las ganas de llorar que lo invadían. No, no podía siquiera tener los ojos lacrimosos frente a los que podían darle al menos una migaja de pan.

—Wendy, querida, ¿me dejas a solas con él?

Ella no dijo nada, simplemente se paró y se marchó, cerrando la puerta detrás de sí. Nigel la miró un momento antes de centrarse en el patrón de las sábanas. Flor roja, cabeza de sleipnir, forma de pegaso sin detalles,

cabeza de unicornio, flor violeta, cabeza de pegaso... Alzó de nuevo la vista cuando el hombre se paró junto a la cama. Tenía los brazos cruzados y una mirada vacía que le revolvió las tripas.

—Escucha, lo iba a hacer, pero ahora facilitaste un poco las cosas —empezó, soltando un suspiro cansado—. Vengo necesitando un peón en los establos, aunque mi sobrina diga que no. Ya que te escapaste de Hamilton, te ofrezco vivir aquí a cambio de ayuda. —Nigel frunció el ceño, observando de pies a cabeza al hombre. Quería aceptar tanto como negar con la cabeza—. No tengo esclavos, dan demasiados problemas —resopló, pasando una mano por su cara antes de volver a verlo—. Pero que necesito asistentes y un par de manos extras, es un hecho. Además, mi esposa ya te ha tomado cariño —farfulló lo último, rodando los ojos. Como si la hubieran invocado, una mujer voluptuosa, de mejillas sonrosadas y mirada cortante apareció en la puerta. Por el parecido con la joven Wendy, Nigel sospechó que esa era la mujer que le había tomado cariño. Aunque se cuestionó internamente qué entendía aquel hombre por cariño al ver cómo la mujer dejaba un plato y le echaba una mirada molesta a su marido antes de salir del cuarto—. Como dije, es una oferta, pero siéntete libre de poder volver a cabalgar por las tierras desoladas.

Y sin decir nada más, dio media vuelta y salió de la habitación, dejándolo solo con un plato casi rebalsado de comida. Tardó un instante en sentarse en el suelo, con el recipiente en sus manos, devorando todo como si estuviera a punto de morir. El sabor ahumado de la carne se sintió casi un milagro para su lengua, así como las papas condimentadas con hierbas que le resultaron más o menos familiares, además de una porción de cebollas asadas que dejó para el final. Dejó el plato casi limpio a un costado, sintiendo que, por fin, su estómago se llenaba luego de tanto tiempo. Una sonrisa tironeó de sus labios durante un instante antes de que la realidad regresara.

«Quiero volver a casa», pensó, poniéndose de pie y caminando hacia la ventana más cercana. Afuera, un sol radiante iluminaba al mundo. Un pequeño corral dejaba que los potrillos y sus madres pasaran el rato, dando un par de vueltas. Más allá, había un pequeño arroyo brillante donde distinguió a un par de sleipnirs paseando por las verdes orillas, árboles bastante frondosos crecían junto a la casa, incluso le pareció vislumbrar un pequeño sendero marcado por pequeños plantines. Alzó la vista hacia el horizonte, donde le pareció distinguir las vagas siluetas de algunos pegasos o aves. Apoyó una mano contra el vidrio, como si con eso pudiera llamar a Trips a su lado.

Mordió su labio inferior. ¿Cómo volver?

Dejó salir un suspiro y giró hacia la puerta. Quizás, y solo quizás, Papá

podría ayudarlo a volver si encontraba la forma de seguir adelante.

—La supervivencia es si puedes encontrar pasto, potrillo. Si tienes comida y agua, el resto se irá acomodando.

◇

Opal era peor que cualquier yegua que Nigel hubiera tratado jamás. Y eso que en la mansión del señor Hamilton había visto individuos que eran perfectamente capaces de dejar sin vida a cualquier cuidador que no le agradase.

Nigel estaba convencido que esa niñata había sido un unicornio al nacer, porque no encontraba otra forma para explicar la actitud tan... ella. Le había costado cuatro –largas– lunas convencer a la mujer que la ayudaría principalmente con las tareas pesadas. ¿Cómo no lo había mordido ni lanzado a volar de una patada? Quizás Wendy y el Señor Pinto estaban relacionados con esa ligera moderación.

—¡Ahí no! Te dije que le dieras a Wind, no a Puddle —resopló. Nigel soltó un gemido exasperado, apoyando sus manos en las caderas y mirando con su mejor expresión molesta. Pronto empezó a gesticular con las manos que ella había dicho claramente que faltaba alimentar era Puddle—. ¡No! Primero es a Puddle y luego... oh, ¿ya le había dado a Wind?

Resopló, conteniendo las ganas de esbozar una sonrisa sabedora al ver que notaba los restos de comida en la caballeriza del capón Wind. Opal gruñó algo por lo bajo y pasó junto a él dando fuertes pisotones. La yegua, Puddle, resopló que ya no estaban en primavera.

—¡Que no es eso! —susurró Nigel, dejando el fardo de alfalfa en un mejor lugar, sintiendo que iba a chillar si otro caballo llegaba a hacer un comentario sobre la primavera. Ella regresó al cabo de un rato, con una cara de evidente malhumor. Era ya costumbre recibir las miradas heladas, por lo que continuó con lo suyo, sacando el rastrillo que había usado, listo para guardarlo. Afuera, el sol estaba pronto a caer, sus últimos rayos se colaban por las ventanas, dándole el aspecto cálido que Nigel empezaba a encontrar acogedor.

Sin darse cuenta, empezó a tararear una vieja canción que Mamá entonaba al trabajar en la huerta. Era apenas un murmullo, un zumbido que nacía de su pecho y se extendía al resto de su cuerpo. Sus manos iban y venían, acomodando todo lo que había encontrado de camino al fondo del establo; desde simples guantes hasta palas y cepillos. La vista iba y venía del suelo a las estanterías, ganchos y rincones.

Ni bien terminó, dio la vuelta, chocándose con la mirada sorprendida de Opal. Cualquier sonido que hubiera estado pronunciando murió en su garganta, haciendo que sus mejillas empezaran a arder y la idea de ocultarse detrás de unos fardos de alfalfa hasta la mañana siguiente resultó tentadora. Sus manos temblaban, al igual que su pecho, volviéndose difícil decir algo. Ella lo miró de pies a cabeza antes de elevar una comisura de los labios, caminando hacia él, a lo que Nigel retrocedió y la esquivó. La muchacha, en lugar de mostrarse contrariada, pareció ser todo lo opuesto.

—¿Qué pasa? ¿Te comió la lengua una diomeneda? —sonrió. Separó sus labios, sintiendo que las palabras volvían a burbujear en su garganta, demasiado cerca de la superficie, pero todavía incapaces de estallar. Negó con la cabeza, con las manos, mientras continuaba retrocediendo hasta que decidió echar a correr hacia la salida del establo. Oyó a Opal soltar una carcajada antes de seguirlo, gritando que la esperara antes de cerrar la puerta de hierro.

Ambos subieron por las estrechas escaleras hacia la casa, todavía con la risa de ella y las mejillas de él a punto de encenderse en una llamarada. Wendy los vio entrar, apenas levantando la mirada del libro que tenía en sus manos, antes de regresar su atención a la lectura. La Señora Pinto, por otro lado, los miró con su usual vista de reprimenda, con el cucharón firmemente sujeto en la mano que apoyaba en su marcada cadera. Frente a ella, una gran cacerola lanzaba vapor y el sonido de burbujas estallando. El estómago de Nigel pronto se encontró gruñendo, a la vez que echaba miradas de reojo a Opal, quien seguía riendo por lo bajo mientras acomodaba la mesa.

—¿Ahora qué se ha roto? —suspiró la Señora Pinto, tomando un plato de la pila que tenía a su lado. Su sobrina tomó aire, calmando su risa de repente.

—Nada, Nigel tarareó y luego salió corriendo como potrillo asustadizo.

Ofendido, empezó a gesticular con sus manos que él no era ningún potrillo, mucho menos asustadizo, pero la atención pronto cayó en otro tema. Wendy cerró su libro con un golpe seco, llamando su atención. Sus ojos afilados parecían incapaces de descifrar lo que pasaba en aquel momento.

—¿Tarareó? —fue todo lo que preguntó, pasando su mirada gris hacia su prima, quien parecía confundida ante aquello, volviendo a afirmar lo dicho—. ¿Por qué tarareaste, Nigel?

Su ceño se frunció, confundido. Siempre estaba tarareando canciones, especialmente cuando los potrillos estaban inquietos o había sido un buen

día, ¿por qué esa vez sería diferente? Opal fue la primera en responderle:

—Nunca lo hiciste en frente nuestro.

El ceño de él se frunció más. Fue Opal la que terminó sacudiendo la mano, apartando la idea del ambiente, pidiéndole que continuara ayudando con la mesa. Aliviado, Nigel, asintió con la cabeza y gustoso fue llevando los platos llenos de la comida humeante. Pronto los cuatro estuvieron sentados en la mesa, con las cucharas chocando y raspando los platos, lo único que se escuchaba en todo el lugar.

Wendy pronto comenzó a hablar sobre las posibles inversiones que deberían hacer para poder continuar con la granja a flote, haciendo que la Señora Pinto soltara un largo suspiro y apoyara la cabeza sobre las manos. Nigel sintió cierta simpatía por la mujer, sabiendo que el Señor Pinto volvería dentro de unos días, pero hasta entonces Wendy y ella eran las encargadas de mantener las cuentas de la casa.

Esa noche, contemplando el techo de su habitación, Nigel se encontró sintiendo que su garganta se anudaba y desanudaba. Era distinto a la sensación de querer llorar, sino que se parecía más a que el aire no podía pasar por allí, enredándose con sus cuerdas vocales, antes de pasar a la fuerza hacia su pecho. Se sentía como tener una mano que presionaba, sin matarlo, pero mantenía cierto malestar en él. Lo había intentado, más veces de las que ellas creían, realmente había querido que las palabras salieran de su encierro, pero su lengua siempre se enredaba, el aire lo abandonaba y su mente cerraba las puertas a cualquier idea de inmediato.

Se sentó en la cama, mirando hacia afuera, donde las diomenedas y las pesadillas pasaban, a veces relinchando agresivamente hacia los otros. Salió de la cama, apartando las mantas con cuidado, antes de asomarse a la ventana. Abrió y cerró las manos, antes de soltar un suspiro derrotado. Lentamente, una melodía baja, apenas más que un zumbido, empezó a brotar de su garganta.

Alma en mar, mente en tierra,

¿cómo no desear correr con la brisa?

Deja que los cascos golpeen la pradera,

que el águila mueva los aires.

Pobre del alma que se pierda, echada a suertes

con la voz de sus hermanos libres.

Cuidado de las hermanas que le resienten,

de los hermanos que acechan.

La letra sonaba en su memora tal como la solían cantar sus padres en las tardes del otoño, cuando empezaban las épicas heladas, o mientras cuidaban de la granja. Sus manos marcaron el ritmo de las estrofas, con cada momento en el que había una pausa, marcando un nuevo cambio en la melodía. Cerró los ojos y fue dejando que ante él aparecieran las montañas lejanas, el bosque plagado de toda clase de bestias, el camino de tierra, los corrales y luego, su hogar. Por un momento creyó sentir el olor a pan recién horneado de la Tía Claudine, los gritos enojados de la Tía Margaret, las risas descontroladas de sus pequeños primos. Y los caballos, relinchando de alegría al pasar Papá junto a ellos, dándoles palmadas y premios si se habían comportado.

Desconocía si había o no continuado cantando, o en qué momento había vuelto a acostarse. Todo lo que le importaba era que podía soñar con estar en casa, con Spot y Freckles, Mamá y las Tías, incluso Laura, Edward y sus primos más pequeños, Rose y Samuel, entraban allí.

◇

El Señor Pinto regresó a su hogar dos días más tarde, con la cara decaída, pero no sin cierta alegría contenida en sus ojos y barba tupida por el viaje. La primera en recibirlo, casi tumbándolo cuando bajó de su caballo, fue la Señora Pinto; sus brazos rodearon el cuello de su marido con tanta fuerza que Nigel temió que fuera a asfixiarse. Luego fue Wendy, preciosamente vestida con un vestido recatado, digno de una dama distinguida, y como tal lo saludó a su padre. Opal se quedó atrás, casi pegada a Nigel, antes de dar unos temerosos pasos adelante, esbozando una sonrisa que él no pudo ver del todo.

—Tengo excelentes noticias. En menos de una luna vendrán los Kimberly —anunció el Señor Pinto, mirando a todos con esa sonrisa amplia. Opal y Wendy parecieron emocionadas, contagiándose de la misma expresión alegre antes de desaparecer en medio una charla que Nigel ni siquiera se molestó en intentar descifrar. Las vio partir, sintiendo un ligero impulso de ir tras ellas, pero la voz del Patrón lo hizo regresar a la realidad—. Mira, sé que es mucho pedir, pero ¿me harías el favor de actuar como jinete de Wind cuando tengamos que mostrarlos?

Nigel abrió los ojos, sintiendo que una alegría desproporcionada empezaba a burbujear dentro de sí. Quiso pronunciar las palabras que tenía en su interior, decir lo que pasaba en su pecho, pero su cuerpo respondió antes, agitando la cabeza de manera afirmativa, sacando una sonrisa al Señor

Pinto. Jadeaba, el corazón latía con fuerza en su pecho y no sabía si podía o no expresarlo con un abrazo. No se dio mucho tiempo para pensarlo, simplemente esbozó la sonrisa más amplia que pudo y se marchó a continuar con los establos, sintiendo que brillaba.

Casi todos los caballos lo miraron algo extrañados en un primer momento, en especial cuando les respondía que podría cabalgar. Wind lo miró con sus ojos tranquilos, resoplando alegremente que se sentía honrado de poder tenerlo en su grupa. Nigel le acarició el hocico, sin dejar de sonreír. Una parte de sí, muy pequeña, bastante oculta en medio de toda aquella emoción que lo invadía, le recordó a Trips. Las memorias del escape, borrosas en su cabeza, sujeto a las preciosas plumas negras y de amarillo arenoso que cubrían su cuerpo y alas. Por un momento se encontró perdido en el recuerdo, guiando sus ojos hacia el exterior, hacia la puerta de la granja, que daba a un prado verde donde podría ver al semental alado pasar, si él quisiera mostrarse. Recordó a los thestrals y su corazón se encogió en un puño.

Wind lo llamó, preguntándole qué le pasaba.

—Malos recuerdos —susurró, sacudiendo la cabeza y esbozando una pequeña sonrisa. El capón lo observó en silencio antes de gruñir suavemente, acariciándole el pelo.

Continuó el resto de la mañana trabajando solo en los establos, dejando que los caballos salieran un momento. Sus manos y pies se movían sin que él pensara en lo que debía hacer, acomodaban los elementos de monta, las herramientas para la limpieza, ponía y sacaba la paja limpia de las casillas. En su mente se veía recorriendo los cielos, recordaba la sensación de estar cabalgando sobre Wind, sintiendo el viento contra sus cabellos; Wendy y Opal lo miraban desde la cerca, lejos, en el suelo. Se preguntó si alguna de ellas tendría, aunque sea, algún sueño similar o si dirían algo ante su supuesta experiencia.

«¿En qué cascos estás pensando Nigel?» Sacudió la cabeza. No, la verdad que no hacía falta llamar la atención ni obtener la aprobación de nadie, ¿o sí? Por supuesto que no, eso no era algo para alguien como él, un simple peón que había escapado con uno de los caballos más preciados del dueño anterior. Una parte de sí, más maligna y molesta que el resto, imaginó a Wendy murmurando una crítica con sus delicados modales, adornando sus frases con palabras que jamás en la vida había escuchado mencionar y cuyo significado se escapaba. Opal, por el otro lado, podía verla riéndose de él o le daría una palmada en el hombro, diciendo de manera más directa que no era alguien a quién debía darle mucha importancia, cualquiera podía montar un pegaso. «¿Y si termino cayendo? ¿Y si lo arruino todo y acabo siendo echado de aquí?»

—Estás más pensativo de lo usual.

Nigel casi dejó caer todo lo que tenía en la mano ante las repentinas palabras. De haber podido, sabía que su garganta habría emitido un chillido. Apoyada contra la entrada de la casilla, vestida como si fuera a montar, estaba Opal, cubriéndose la boca con una mano, en un vano intento de disimular la carcajada que parecía tener ganas de soltar. Él llevó una mano a su pecho, inclinándose sobre sus rodillas, con el rastrillo en mano. Al final, la joven no aguantó más y soltó la carcajada que tenía dentro. Era un sonido burbujeante, incapaz de pasar desapercibido. Nigel sentía que su rostro se coloreaba, por lo que se obligó a continuar limpiando la casilla, intentando ignorar –en vano– las risas. Incluso presa de la carcajada, ella se acercó a ayudar, tomando la escoba que había en el pasillo.

La evitó cuanto pudo, sintiendo que todo su cuerpo ardía de la vergüenza. Opal pronto empezó a intentar decir algo que aligerara el ambiente, pero siempre parecía revivir el momento y la risa se imponía, y Nigel se encontró observando de reojo sus facciones. Tenía una mandíbula definida como Wendy, con una nariz más bien pequeña, de boca con una preferencia a esbozar una sonrisa burlona, ojos cielo y un carácter que espantaba a casi todos. Resopló, rastrillando más rápido que antes, sintiendo la imperiosa necesidad de marcharse lo más pronto posible, ocultarse en su cuarto y no salir de allí hasta que fuera estrictamente necesario.

Tomó todo para salir a tirar la paja sucia cuando ella lo detuvo. Por primera vez, Nigel la vio dudar, con sus manos tamborileando el mango del rastrillo, mordiéndose el labio inferior y evitando su mirada. Esperó, en completo silencio, hasta que ella terminó sacudiendo la cabeza, alegando que ya se había respondido lo que sea que iba a preguntar. Él se encogió de hombros, preguntando con sus manos si no había nada que podía hacer por ella, ganándose una negativa nuevamente.

—No lo entenderías, cosa de chicas —dijo, pasando junto a él. Abrió la boca, pero terminó cerrándola de nuevo, soltando un suspiro. Negó con la cabeza y terminó con su tarea. Para problemas ya tenía suficiente con su propia existencia.

◇

La semana pasó rápido, gran parte debido a las actividades que todos debían realizar para poner en condiciones a la granja, apenas parecían alcanzar los rayos de sol en el día. Nigel incluso podía notarlo en los mismos caballos, quienes se veían cada vez más nerviosos, relinchando y sacudiendo las alas, las patas o las colas. Solo Wind mantenía cierta calma, aunque sus orejas no se relajaban nunca y sus ojos seguían cada

movimiento que podía detectar.

Wendy se ocupó de la casa, junto con Opal, quien dividía su jornada entre los establos y el ayudar a su prima. Nigel incluso le pareció escuchar, en medio de su cansancio, que hablaban sobre las ropas que iban a vestir cada uso ese día, ¿o era el mantel? Quizás se referían a los caballos, ¿les harían algo en las monturas? Podrían arreglarles los cabellos, o tal vez...

Soltó un suspiro, dejándose caer pesadamente en el montón de paja limpia. Era incapaz de dar un paso más, ni siquiera podía formular un pensamiento sin considerarlo un gran esfuerzo. Dentro del establo, donde nada podía estar más ordenado ni limpio de lo que estaba en ese momento, casi podía sentir que podía echarse a dormir. La tranquilidad que había, con los caballos pastando en las afueras, su cabeza podía dejar de producir ese zumbido agobiante.

Cubrió sus ojos con un brazo y suspiró. Todo su cuerpo dolía, como si de un instante a otro fueran a romperse en pequeños pedazos. Respiró hondo, hinchando su pecho y panza, escuchando cómo su espalada crujía y su cuello se aflojaba, aunque sea un poco. Poco a poco, sintió que el cansancio lo alcanzaba, cerrando sus ojos con delicadeza. Le pareció escuchar que lo llamaban, pero se sentía demasiado pesado para moverse, bastante agobiado como para levantar la cabeza, o mover el brazo. Algo se acercó a él y, recién cuando sintió la mirada penetrante sobre su persona, despejó su visión.

—Vamos, tienes que darte al menos una ducha —dijo Opal, con una mirada tan cansada como la de él debía tener. Asintió sin muchas ganas, gruñendo al ponerse de pie para seguirla.

El baño fue rápido, apenas un par de baldazos tibios, un poco de jabón y ya estaba saliendo con la ropa que Wendy le había dejado en una silla cercana. Escurrió su cabello, lo trenzó rápidamente, y observó de reojo su reflejo en antes de salir. Tenía una camisa blanca, con las mangas remangadas hasta la mitad de los antebrazos, pantalones de montar de jean y unas botas oscuras que le resultaron cómoda. Casi parecía ser alguien de la familia. Respiró hondo, hinchando el pecho, antes de salir.

Como venía siendo costumbre, el día estaba nublado pero resultaba, aún así, agradable. Escuchó unos relinchos a lo lejos, casi imposibles de comprender, pero fue suficiente para que supiera que se acercaba el momento. Resopló, caminando hacia el corral donde harían la demostración. Wind, ya ensillado, lo recibió con un asentimiento de cabeza, agitando las alas. Palmeó con cariño su cuello, sintiendo un ligero tirón de nerviosismo en su estómago, fijando su vista en la distancia. No tenía idea qué buscaba, pero sintió cierta tristeza al no ver nada más que

el horizonte, sin movimiento extraño.

El sonido del carruaje llegando con un traqueteo llamó su atención, dejó a Wind y caminó hacia la entrada de la granja, sin apartar la mirada del frente. No era el carruaje más elegante o bonito que había visto en su vida, pero seguía siendo evidente que pertenecía a una familia del mismo estatus que el Señor Pinto, o el señor Hamilton. La madera tenía tallado motivos que le resultaron semejantes a las corrientes de viento, con algunas ramas que se enredaban y desenredaban. Dos unicornios tiraban todo aquello, resoplando, moviendo sus barbas y las colas leoninas como una estela de sus pasos. Un cochero, de gran bigote, lo saludó desde su sitio, tirando de las riendas para frenar a los animales. Nigel le devolvió el gesto con la cabeza, caminando hacia las yeguas, quienes lo miraron curiosas antes de relinchar suavemente que deseaban quitarse el atalaje y pastar un poco.

—¡Al fin! —chilló una voz desde el interior del carruaje.

Wendy, arreglada y pulcra como solo ella podía estarlo, apareció por detrás de él, haciendo que su corazón pegara un brinco, espantando brevemente a las unicornios. Por supuesto, no tardó en escuchar las risas burlonas de las dos yeguas que tenía al lado, y no lo habría sorprendido ver a Opal detrás de él, apenas pudiendo disimular su diversión. No escuchó mucho del intercambio de palabras, con su mente en cualquier parte menos aquel sitio. En cuanto los unicornios reiteraron que querían quitarse el carruaje de encima, Nigel sintió que regresaba parcialmente a la realidad, desatando las correas para luego guiarlas a un pequeño predio, apartado del resto de los caballos, donde las dejó estar. Se quedó un momento observándolas, frunciendo los labios al recordar al último unicornio que había tratado.

En cuanto escuchó que lo llamaban, cerró bien la puerta del corral y regresó, casi trotando, a donde estaba el resto. Si con el carruaje había sospechado que eran personas tan poderosas como sus patrones, ver sus ropas lo terminó de confirmar. Todo era delicado para sus ojos, las telas llenas de idas y vueltas que relucían con el movimiento bajo los rayos de sol, los adornos y accesorios eran finos, el señor Kimberly llevaba un bastón que lo volvía más distinguido, incluso con su porte de semental. Desvió un poco la mirada, encontrándose con las dos jóvenes Pinto hablando con una chica que no paraba de hacer gestos exagerados con su rostro y manos. Apartó la mirada, concentrándose en el Señor Pinto, quien, en un susurro, le dijo que fuera preparándose para montar.

Wind lo esperaba en silencio, sacudiéndose de vez en cuando y empezando a estirar las alas. Nigel lo montó, siguiendo las sugerencias del capón. A diferencia de la experiencia con Trips, aquella forma parecía mucho más cómoda, con las piernas ubicadas justo donde terminaban las alas, la silla bien ajustada que lo mantenía en su sitio y las riendas en la

mano. No tenía esa emoción que lo había invadido las tardes de viaje, pero no encontraba razones para no disfrutar de aquello. Dirigió al caballo hacia la arena ya preparada, agradecido que el capón supiera qué debía hacer. Sospechaba que tendría que hacer algunas demostraciones, ¿quizás mostrar cómo era Wind saltando obstáculos? Un relincho suave del caballo le hizo saber que simplemente le debía avisar cuándo parar.

Contuvo el aire de sus pulmones por un momento antes de dejarlo salir, todavía tembloroso. No podía salir mal, ¿no?

Miró hacia el cielo, esperando ver cualquier mancha oscura rondando por el lugar, pero solo se encontró con un ininterrumpido manto azul y blanco. Espoleó los flancos del capón, quien comenzó a trotar, arqueando el cuello y levantando las rodillas al caminar. Sentía las miradas sobre ellos, atentos a cada uno de sus movimientos, haciendo que el pecho de Nigel se convirtiera en un montón de pálpitos irregulares. Apretó las riendas, aunque las dejó flojas, no queriendo detener al caballo.

Debían ir por la mitad del circuito cuando escuchó al señor Kimberly decir que podía parar. Tiró de las riendas, mirando al Señor Pinto, quien asintió no sin cierta duda. No habían llegado a la parte donde Wind estiraba las alas y alzaba vuelo. Ante su duda, el Señor Pinto le dijo que estaba bien. Todavía con el pecho tembloroso, se dirigió hacia el establo. Ni bien estuvo dentro, lejos de la vista de todos, desmontó, con su pecho tomando y expulsando aire de sus pulmones como si no hubiera un mañana, palmeó el cuello del capón, en un intento de tranquilizarse.

—Nigel, ¿verdad? Me agrada como montas, realmente pareces un héroe que ha salido de alguna balada épica —dijo una voz a sus espaldas. Sorprendido, giró para encontrarse con la que habían hablado Wendy y Opal. Tenía el cabello oscuro atado en una complicada trenza que caía sobre su hombro, vestía de azul, con la falda bastante amplia y llena de los mismos patrones que había visto en el señor Kimberly. No tenía idea porqué, pero con cada paso que daba la hermosa chica, su cuerpo se iba tensando y la necesidad de huir empezaba a aparecer—. Las señoritas Pinto me comentaron muy poco sobre ti, pero me gustaría saber más. ¿Es cierto que escapaste de la casa de los Hamilton montando un pegaso? ¿Todavía tienes tu número grabado en el brazo? A ver, permíteme verlo, es simple curiosidad. ¿Eres mudo o de pocas palabras? ¿Cómo hiciste para montar un pegaso a pelo? Yo me habría partido la cabeza en dos si fuera mi caso.

Nigel encontró de nuevo a las palabras burbujeando por salir de su boca, pero las tragó y se limitó a esbozar una sonrisa tensa y retroceder cuando la chica se acercó, queriendo levantar la manga de su camisa. Miró en todas las direcciones, sintiéndose acorralado con cada paso que ella daba en su dirección. Maldijo por dentro, peleando contra las lágrimas que empezaban a escocerle los ojos. Volvió a intentar hablar, pero ni siquiera

un sollozo pudo escaparse de su garganta.

—Deja a Nigel en paz. —La voz de Opal se impuso en el aire con una autoridad que no había escuchado nunca. Dirigió sus ojos hacia ella, usando un vestido que parecía simular los colores de su piel, lleno de bordados sencillos, no tan relucientes, pero que remarcaban una forma... «Vaya forma», pensó durante un breve instante antes de salir corriendo en cuanto la joven Kimberly estuvo distraída.

Corrió hacia la casa, sintiendo que las lágrimas querían salir de sus ojos en cualquier momento. Subió los escalones de la entrada casi saltándolos, con la garganta cerrada; el pecho le subía y bajaba, incapaz de conseguir suficiente aire. Llevó una mano a su cuello, allí donde estaba el maldito nudo. Sabía que no había nada allí, no que fuera algo físico al menos. Podía sentir que las palabras seguían burbujeando, a la vez que seguía notando esa fuerza que le frenaba cualquier intento de frases. Sollozó, cayendo de rodillas en su cuarto, resollando, incapaz de conseguir más aire, de hablar. De alguna manera fue capaz de apoyar una mano en el suelo.

No tenía idea en qué momento entró Opal, ni cuando sus manos intentaron sostenerlo mientras una fuerte tos, áspera y ronca, lo sacudía por completo. Las lágrimas seguían cayendo incluso cuando sintió que Opal se acercaba a él, dándole una ligera sensación de tranquilidad. Podía escuchar las palabras dulces mas no entenderlas. ¿Cómo hacerlo cuando sus oídos parecían estar tapados?

—¡Nigel! Por favor... —gritó y pudo escuchar que algo se quebraba en sus palabras. Tomó aire, intentando frenar lo que sea que estaba teniendo, pero era como parar un río, uno gigantesco y furioso en medio de un alud. En algún momento ella lo hizo acomodarse contra su cuerpo, casi sentado, antes de darle un vaso de agua.

Temblaba. Incluso cuando su cuerpo parecía estar demasiado cansado, podía sentir que todos sus músculos estaban inquietos, como si no pudieran terminar de comprender lo que había pasado. Oyó la voz de Opal, más suave, dulce incluso, que muchas veces, susurrando palabras y arrullándolo, murmurando que iba a estar bien.

Su cabeza se sentía pesada, demasiado llena de cosas como para poder seguir descifrando sus alrededores, demasiado agotada como para poder ocuparse de algo más que el cansancio, de la sensación de agotamiento que lo invadía. Le parecía sentir unos dedos que peinaban su cabello, pero simplemente cerró los ojos, dejando que el sueño lo tomara por completo.

◇

Estaba frente a Papá. No el que siempre se levantaba antes que el sol y se acostaba cuando la luna ya había recorrido parte del cielo, sino el que seguía dormido incluso cuando todos los animales estaban listos para salir. Lo veía en esa caja de madera, en esa pequeña cama que iban a tapar. No había nadie más que ellos dos.

«Se fue a cabalgar con el viento», susurró una voz. Pero ¿cómo iba a irse cuando había demasiadas cosas que hacer? ¿Cómo esperaba que él tomara las riendas del asunto si recién estaba entendiendo cómo funcionaban sus manos? ¿Qué podía hacer un niño de diez primaveras con una granja? Ni hablar de uno que había pasado unas cinco más fuera de ella.

Quería dar un paso hacia él, acercarse cuanto pudiera, esperando que sus ojos volvieran a mostrar esa luz tan propia de él, de Papá. Deseaba que esos labios morados se tensaran y relajaran en una sonrisa, asegurándole que las cosas iban a salir de la manera correcta. Añoraba sus tardes en el establo, en las casillas, limpiando la paja sucia, llenando los comederos y sacos para los caballos. Anhelaba poder verlo una vez más.

Su cuerpo estaba trabado en ese lugar, sus ojos eran incapaces de ver hacia arriba o a los costados. No había nadie, nadie más que un muerto con el rostro y cuerpo de Papá, pero no su alegría, no sus enojos, no sus miedos.

«Eres idéntico al Loco Mark, Silencioso Mike». Idéntico. Exactamente lo que Papá era. ¿Por eso sus ojos ahora miraban al cielo? ¿Por eso sentía que su interior ardía por poder galopar con el resto de los que se habían unido a la manada de Nae-Op y su corcel? ¿Era aquella la razón por la que todavía soñaba con pasar entre las nubes? Sería tan fácil si tuviera alas, tan simple como moverlas y dejar que lo empujaran hacia allí, hacia arriba.

«Nunca lo has hecho frente a nosotros», no, no lo había hecho, no había abierto sus alas, no había surcado los cielos. Lamentaba no poder volver, no poder rozar con sus dedos una vez más a las corrientes de aire, de ver a su amado vasto horizonte, allí donde el sol nunca parecía estar escondido, allí donde las sombras eran imposibles. Sí, habría sido más fácil dejar que las alas crecieran.

«Los caballos son diferentes cuando estamos nosotros cerca», quizás porque sabían que Nae-Op los había encerrado en los cuerpos de la Diosa Blanca.

—La hora del espíritu no ha llegado, aunque el deseo del cuerpo sea uno, es el que ha existido y existirá el que importa —dijo una voz a lo lejos.

Dijo un nombre, pero sus labios fueron incapaces de pronunciarlo—. Vuelve a terminar tu misión, has que tu Nombre consiga su lugar en el océano de los temores, en la tierra de los dolores. Ve, ve y vuela, galopa un poco más por el mundo, porque otros han olvidado cómo deben ser y a dónde ir.

Su cuerpo volvió a responderle, y sus ojos se encontraron con el techo de maderas en medio de la noche. Reconoció las tablas de madera, con sus patrones cambiantes. Desvió la mirada, reconociendo las ventanas y el paisaje nocturno que había del otro lado. Iba a levantarse cuando sintió un ligero peso junto a sí. Se quedó un rato intentando reconocer a la dueña del cabello rubio, hasta que le pareció ver el cambio de color en la piel.

—Opal —susurró, casi tan bajo que creyó que no lo había dicho. Grande fue su sorpresa cuando la joven se sentó de golpe, parpadeando y mirando en todas las direcciones, hasta que sus ojos se posaron en él.

—¿Hay alguien más en el cuarto?

Llevaba todavía el vestido, pero el peinado se había descolocado. Nigel se encontró con cierta diversión y preferencia al verla tan…, ella. Cuando negó con la cabeza, algo descolocado, Opal se acercó a él, con sus ojos recorriéndolo entero, como si así fuera a resolver un acertijo que había en su mente. Vio en silencio cómo trepaba a su cama, ignorando cualquier regla sobre el pudor –Wendy y la Señora Pinto le habían dado una larga charla sobre ello– y Nigel se encontró dividido en dos emociones.

—Hablaste —afirmó, demasiado cerca como para ser considerado adecuado. Tragó saliva, intentando sofocar la necesidad de tomar su cintura y apegarla a él, de hundir su rostro entre el hombro y el cuello. Abrió la boca para decir algo, pero no hubo ningún sonido, de nuevo las palabras golpeaban contra un techo, una pared, de nuevo sentía que su lengua se volvió pesada. En medio de las sombras, de la penumbra que la luz de la luna apenas apartaba, le pareció ver una amplia sonrisa en el rostro de ella—. ¡Oh, Nigel!

Sintió los brazos de Opal alrededor de su cuello, su olor a flores frescas y caballo colándose en sus fosas nasales y grabándose en su mente. Notó que su cuerpo se tensaba, que algo mucho más primitivo, casi tan desbocado como los potrillos, volvía a palpitar por todo su cuerpo. Antes de que se diera cuenta, sus manos estaban sobre la cadera de ella, su cabeza estaba embotada con el dulce aroma de ella.

Entró en pánico, intentando apartarla al notar que todo su cuerpo parecía estar tomado por algo más. Tragó saliva, desesperado por poder encontrar la forma de desenredar su lengua. Al final, ella fue la que se

apartó, mirándolo todavía con esa sonrisa amplia.

—No sabes cuánto me alegro poder escucharte —murmuró ella, y cualquier pensamiento que hubiera en su mente lo abandonó por completo. Todavía notaba esa sensación en todo su cuerpo, tirando de él, susurrándole un pedido, dando coces para poder hacerse cargo. Sin embargo, todo lo que era capaz de hacer era quedarse mirando a la joven, observando con los ojos abiertos de par en par.

Como si fuera consciente de lo que pasaba con él, Opal rio por lo bajo, le dio un beso en la mejilla y se bajó de la cama. Nigel estuvo seguro de que todo su cuerpo había empezado a arder, especialmente sus mejillas. Ella se marchó, deseándole buenas noches, y él se quedó un buen rato viendo en dirección a la puerta, con el corazón latiendo con fuerza dentro de su pecho.

◇

Los Kimberly siguieron recorriendo la granja de los Pinto durante una semana. El frío ya comenzaba a ser más crudo y Nigel sentía que sus manos temblaban cuando tenía que salir al exterior. Las comidas eran un poco más ruidosas, especialmente cuando el Señor Pinto se ponía a hablar con el señor y la señora Kimberly sobre temas que escapaban a su entender. Wendy y Opal solían conversar con la muchacha, a veces hablando de ropa –casi siempre era Wendy quién sacaba el tema– o temas que tampoco eran de mucho interés para él. Sus comidas se limitaban a ser silenciosas, escuchando todo y nada a la vez, lo cual agradecía.

—¿Dé dónde dices que es tu esclavo? —La pregunta silenció a todos. Nigel, de haber estado con algo en la boca, quizás se habría ahogado o se le hubiera caído. Los Pinto se miraron entre ellos antes de que el Patrón hablara.

—Es un asistente, no esclavo, punto número uno —señaló el Señor con un tono serio y tan firme que Nigel creyó ver a otra persona en el lugar que solía estar un hombre que le había dado cobijo, ropa y comida—. Segundo, lo encontramos a punto de ser devorado por las diomenedas y thestrals. Tercero, el chico no recuerda nada de su vida antes de llegar aquí.

La mandíbula de Nigel casi se cayó hasta el suelo, observando al Señor con los ojos abiertos de par en par, con sus pensamientos demasiado alborotados como para poder saber dónde empezaba tal o cual idea. Rápidamente compuso su expresión y volvió a concentrarse en su plato, seguro que nadie le iba a prestar atención.

—¿Es cierto eso, chico? —preguntó el señor Kimberly, a lo que Nigel asintió, sintiendo que sus mejillas empezaban a arder, especialmente cuando se llevó un bocado algo grande a la boca. No se atrevía a mirar a otro lado, a pesar de que sentía las miradas de todos sobre su persona. Su garganta empezó a cerrarse, anudándose por completo—. Por la Piedad, pobre criatura.

—En efecto, doy gracias a la Diosa Blanca que Nigel haya llegado a nosotros vivo, es muy bueno con los caballos y animales —dijo la Señora Pinto, haciendo el símbolo de la deidad al decir su nombre.

—Sin embargo, Lyra querida, tengo una duda —empezó la señora Kimberly—. Si el muchacho no es capaz de hablar, ¿cómo es que saben que ese es su nombre?

—Eso fue todo un desafío —dijo Wendy con un tono jovial, acomodándose en su lugar, al mismo tiempo que Opal se cruzaba de brazos. Nigel creyó distinguir una mirada peligrosa en las primas—. Por suerte, Nigel sabía leer, pocas palabras, pero era capaz de diferenciar las letras que componían su nombre, así que lo escribió un par de veces (no se imaginan cómo es su caligrafía). Luego fue cuestión de probar diferentes pronunciaciones.

Y el tema quedó allí. El resto de la comida fue de cualquier tema, todos tensos, mirándose entre ellos, como si fueran a saltarse encima en cualquier instante y ninguno quería ser el que empezara el ataque.

Esa noche, cuando estaban yéndose a dormir, el Señor Pinto lo llamó aparte. Fueron hacia lo que el Patrón llamaba su estudio, el cual le recordó bastante al cuarto de Papá cuando entró, salvo por las ocasionales figuras de la religión que había en algunas esquinas. Había un escritorio en medio de la habitación, con una silla detrás y otra delante, toda la superficie repleta de papeles, tinteros y libros varios, algunos abiertos otros cerrados y apilados. El Señor se sentó, invitándolo a hacer lo mismo en la silla libre.

—Nigel, escucha, no tengo ningún inconveniente en tenerte aquí, todo lo contrario. Simplemente tengo una pregunta, ¿tienes un apellido? Algo así como un segundo nombre que tienen tus papás y tú. Bien, ¿sabes deletrearlo? Descuida, con lo que te acuerdes está bien. Ten, escribe aquí. Mos... ¿Mosten? ¿Musten? ¡Ah! ¿Mustang? Vaya, hace tiempo que no escuchaba sobre los Mustang, ¿eres hijo de Adam o Mark? ¿Cómo está tu padre? ¿En un ca...? Ah, oh... Perdona, no quería traerte malos recuerdos. ¿Él te vendió a la esclavitud? —Nigel frunció el ceño y soltó un resoplido. Sintió que empezaba a arder por dentro. El rostro del señor Stevens, flacucho y bigotudo, apareció en su memoria—. Mil perdones, fue poco considerado de mi parte. Conocí a tu padre, buen negociante he de decir, siempre tenía a los caballos en excelentes condiciones y sabía venderlos a

un buen precio. Una pena lo que le pasó. Entre tú y yo, ¿eres de los centauros? Tranquilo, no le diré a nadie; aunque aquí no debes temer sobre ello.

Por primera vez, Nigel sintió que las palabras no se le apelotonaban en la garganta, que la lengua no se le enredaba, pero no encontraba la forma de poder pronunciar algún sonido. La curiosidad empezaba a trotar en su cabeza, aunque su garganta había olvidado cómo funcionaba la voz. ¿Papá había vendido caballos? ¿Era eso lo que el señor Stevens quería hacer? Llevó una mano a su frente, sintiendo una punzada de dolor.

—Tranquilo, Nigel, ve a dormir, mañana seguimos con esta conversación —dijo el Señor Pinto con una palmada en su hombro. Nigel asintió, poniéndose de pie, sumido en sus pensamientos, perdido en una nada que dejó a su cuerpo moviéndose por su cuenta, desvistiéndose en el cuarto sin darse cuenta hasta que estuvo debajo de las sábanas, con la vista perdida en el horizonte nocturno.

Seguía teniendo la sensación de estar completamente alejado de la realidad a la mañana siguiente. Sabía que sus manos estaban moviendo las herramientas, era consciente de que entraba y salía del establo, que abrigaba a los caballos, que cortaba las pezuñas. Incluso sabía que Opal le hablaba y él algo contestaba, con gestos.

Pasó el día.

Un cuarto de luna.

Dos cuartos de luna.

Llegaron los últimos vientos fríos, podía asegurar que en las ramas empezaban a brotar nuevas hojas.

—¿Podemos hablar? —La voz de Opal pinchó lo que sea que lo mantenía alejado. O quizás fueron las palabras. No tenía idea, pero si había algo seguro que notó Nigel en ese momento fue que ella llevaba el cabello arreglado, incluso se atrevía a creer que estaba echando los hombros ligeramente hacia atrás. Arqueó las cejas, esperando que continuara. La vio morderse el labio, jugar con su trenza rubio bayo, notó cómo paseaba la mirada por todos lados antes de volver a verlo—. Sé que quizás no quieras hablar de esto, pero... Me gustaría que, o sea, puede que no te interesa en lo absoluto, pero me parece que tú puedes entenderlo. ¿No te pasa que escuchas cosas que nadie más puede oír? —Frunció el ceño, inclinando la cabeza hacia un costado—. Con..., con los caballos.

Nigel quedó mudo, mirando en total silencio a la joven. Las palabras desaparecieron de su mente y simplemente quedó Opal frente a él. Poco a poco, el recuerdo de lo que había dicho el Señor Pinto empezó a tener

sentido, y la joven frente a sí pareció cambiar ligeramente.

Se volvió hacia ella, sintiendo que sus ojos la veían de manera diferente. La recorrió de pies a cabeza, como si con eso pudiera encontrar aquello que tenía que haber visto, ¿quizás era su piel? O quizás era el hecho de que ella era la que solía estar en el establo, aunque Nigel nunca la había visto hablar con los caballos –como si él mismo no lo hubiera hecho en secreto–, o tal vez estaba en la trenza… «O no hay nada que te haya podido decir que ella también puede hacer lo mismo que vos, Nigel Mustang», resopló en su interior. Sacudió la cabeza, sintiendo que su voz empezaba a querer escalar por su garganta.

—¿Cómo…? —logró balbucear y su voz empezó a retorcerse, a pelear contra la lengua que se enredaba sobre sí misma, contra los pulmones que se negaban a seguir exhalando aire—. ¿Por qué…? Yo, no…

—Está bien, tranquilo —dijo Opal, acercándose y obligando a que fijara sus ojos en el azul brillante de ella. Había una mezcla de emociones, imposibles de descifrar para él, y pronto vio cómo su rostro se decía, con una expresión de arrepentimiento y tristeza que le retorció el pecho—. No tienes que decir nada, yo, creí que… No importa, fue tonto de mi parte.

Pánico. Fue algo que Nigel ni siquiera entendió cómo es que había ocurrido, pero antes de que Opal diera un paso más, antes de que se alejara, sus manos se cerraron sobre la muñeca de ella. «¿Qué se supone que haga ahora?», se preguntó, mirando en todas las direcciones, mordiéndose el labio inferior antes de fijarse nuevamente en ella. De nuevo, su voz trepó por su garganta, afirmándose cual yegua líder. Tomó aire y volvió a intentarlo.

—Yo…, también —Opal lo miró confundida, aunque a Nigel le pareció ver un brillo nuevo en su mirada. Y la voz ya no le respondió, pero señaló hacia una casilla y luego a sus orejas, como si con eso pudiera decir algo realmente. Ella lo observó en silencio, pasando la mirada de un punto a otro, con sus ojos brillando cada vez más; una sonrisa se expandía lentamente por su rostro. Esperó, sintiendo que acababa de hacer algo sumamente ridículo. No tenía idea si dejar que el temblor y nudo que iba creciendo por su pecho, expandiéndose lentamente al resto de su cuerpo, o dejar que Opal dijera qué pasaba por su cabeza, qué era lo que hacía que sus ojos brillaran de esa forma.

Al final, los brazos de ella, al igual que tantas noches atrás, rodearon su cuello, obligándolo a dar un paso hacia atrás antes de estabilizarse. La escuchó murmurar contra su oído, sintiendo que todo su cuerpo parecía despertar ante una orden silenciosa, una que no tenía nada que ver con el agradecimiento y la felicidad que recorría a Opal. Tragó saliva, respiró hondo y trató de calmarse, pero el calor no podía parar de invadirlo, haciendo que toda su piel entrara en combustión antes de centrarse en

una parte de su cuerpo. Cerró los ojos, concentrándose en cualquier cosa menos en el cuerpo de ella, en el aroma que se colaba por sus fosas nasales, en las ideas que empezaban a revolucionarse por toda su cabeza. Empezó a retroceder, intentando acudir a su voz, pero ella lo detuvo en el lugar con solo la mirada, frenando toda acción y pensamiento.

Nigel reconocía una orden cuando la escuchaba, incluso se consideraba capaz de distinguir la urgencia del pedido en el tono. Sin embargo, la orden de Opal se desdibujaba con lo que tenía dentro, mezclándose con esa parte de sí mismo que escapaba a toda intención de razonar. Y poco duró su negación, como si los ojos de ella hubieran abierto un corral, liberando a una bestia que no tardó en empezar a galopar. Ella fue la que tiró de su mano hasta la parte más apartada del establo, dejando que él tomara el control en cuanto estuvieron a solas, detrás de las columnas y paredes de paja.

El cuerpo le resultaba tan conocido como ajeno, sus manos picaban por recorrer la silueta de Opal, una que solía perderse en las ropas de trabajo. Su boca buscaba la de ella, la piel de las mejillas, del cuello, del pecho. Notaba las manos de ellas recorriendo su rostro, su cabello, bajando hasta sus hombros para luego acercar aún más su cuerpo. A pesar de mantener los ojos cerrados, podía sentir cada roce, saber qué pasaba entre ellos dos. Incluso la ropa empezaba a molestar, a pesar de que en cualquier momento parecía posible dejar que el aire frío los recorriera. Los labios de Opal eran suaves, tiernos, capaces de soltar sonidos que nunca hubiera pensado posibles y sentía que lo llevaba a la locura. Su propia garganta parecía más que capaz de emitir gruñidos y gemidos que jamás había escuchado.

Fue lento, una exploración que acabó con los dos usando las camisas abiertas, jadeantes, las manos coladas entre las telas, los labios hinchados y una sonrisa cómplice, libre de lo que sea que había sobre sus hombros. Por primera vez en casi seis primaveras, Nigel sintió que su corazón se sentía un poco más ligero.

◇

Nigel no supo en qué momento fue que se dio el cambio. Los encuentros furtivos en los distintos sitios de la granja, las palabras cada vez más privadas que compartían en esos momentos donde sabían que estaban a solas, las caricias sutiles que podían decir más que las palabras; todo eso se había vuelto normal para ellos. Incluso, en algún momento, Opal había empezado a dormir junto a él, y ya no podía pensar en descansar sin sentir su respiración contra su cuello, sobre la piel de su pecho.

Habían pasado cuatro primaveras, y esa noche, a pesar de sentir la presencia de ella a su lado, de la tranquilidad que lo rodeaba, su cabeza no podía conciliar el sueño. Creía escuchar que lo llamaban, que una voz

murmuraba su nombre en el viento, un rostro que lo miraba entre las nubes, entre los árboles, ojos que lo observaban incluso en momentos donde estaba solo. Cerraba los ojos y creía estar de nuevo en esa cama pequeña, con Edward y Laura donde debían ir los pies, con Samuel y Rose cuchicheando sus secretos de hermanos nacidos del mismo vientre.

Soñó con las montañas lejanas, con el bosque que rodeaba a la granja, con Spot y Freckles, con un cuerpo que le quedaba demasiado pequeño, demasiado cerrado como para ver algo realmente. Despertó cuando la primera lágrima cayó sobre su almohada.

Capítulo 3

Semental de Verano

El cielo estaba gris desde hacía dos lunas. Un viento frío seguía recorriendo el mundo a pesar de estar en primavera, sus manos empezaban a mostrar piel quebrada, destrozada en vetas blancas, en escamas pequeñas que dejaban una piel rojiza y tierna al descubierto. Opal lo atendía con cuidado, mirándolo con los ojos empañados de preocupación, pasando una crema sobre la piel, haciendo que Nigel apretara la mandíbula cuando el ungüento tocaba una parte extremadamente sensible.

—Estás ido —le murmuró casi imposible de escuchar con el sonido de las cacerolas que la Señora y Wendy usaban para cocinar. La miró, sintiendo que algo agarraba a su corazón, que lo aplastaba lentamente con un casco inmenso. Se reclinó hacia adelante, tocando sus frentes, cerrando los ojos por un momento, concentrándose en la esencia de ella.

—Quisiera volver a mi hogar —logró decir en un susurro. Una mirada desolada se apoderó de ella, de aquellos ojos azules que competían con el mismísimo cielo, en todos sus momentos. Ignoró el dolor de su mano, estirándola hacia la mejilla de ella, queriendo sacar parte del dolor, pero Opal se apartó del rechazo, poniéndose de pie. Las otras dos mujeres y el Señor Pinto miraron la escena en silencio, viendo a la joven marcharse con su taconeo de las botas, antes de volver la mirada sobre él. Nigel soltó un suspiro, poniéndose de pie con algo de dificultad, sintiendo una queja en todo su cuerpo.

—Déjala, ya te pedirá más información luego —lo detuvo el Señor, tomándolo por el codo. Pasó sus ojos del hombre a la puerta cerrada, sintiendo que su corazón se encogía levemente antes de asentir. Ató su cabello a la altura de la nuca y empezó a ayudar con algunas de las tareas de la cocina; cortó, picó, deshuesó, sazonó y condimentó trozos de carne, verduras y legumbres. Pero incluso con sus manos ocupadas, sus pies cansados estaban más que desesperados por ir tras la yegua líder a la que no podía evadir.

Recién la vio a la noche, cuando la luna ya se había asomado, cuando la comida ya estaba fría y la cama se sentía inmensa estando él solo, a pesar de que apenas entraban los dos. Jugueteaba con un mechón de su cabello cuando escuchó la puerta abrirse, seguida por unos pasos pesados. Giró de inmediato, queriendo rodear con sus brazos, cubrir a la mujer, aliviar un poco lo que sea que la había herido. «Pero si yo lo hice», se recordó cuando estuvo a punto de acercarla a su pecho.

Parecía tan desamparada, tan perdida, tan destrozada, que Nigel casi se arrepintió por confesarle lo que le daba vueltas por la cabeza. Si se esforzaba, era capaz de comprenderla, de ver lo que ella podría estar viendo, escuchando en su deseo y quería apartar esas ideas equivocadas, hirientes. Opal no lo miró al principio, se abrazaba a sí misma y jugueteaba con su preciosa y larga trenza color bayo, de un amarillo blanquecino.

Las palabras salieron de sus labios entre borbotones y Nigel no pudo aguantar más. Incluso si lo empeoraba, quería acercarla a sí, estrecharla entre sus brazos.

—Déjame ir contigo —susurró ella entre lágrimas. Los recuerdos lo asaltaron, arrancándole un escalofrío, sacudiéndolo de pies a cabeza. Veía a las diomenedas casi destrozándolo, a los thestrals siguiendo su carrera, a los unicornios salvajes atravesando con su cuerno afilado a la bella mujer que tenía frente a sí. Abrió la boca, pero ella fue más rápida—. No quiero que me dejes, no tú también.

Y eso fue como si le hubiera mordido, como si le hubiera dado una coz allí donde más le dolía.

—No quiero perderte, Opal —susurró contra su cabello, restregando su mejilla contra aquella cabellera que tantas veces había visto suelta, atada y contrastando contra su piel morena.

—No lo harás. Porque me voy contigo, quieras o no —sentenció, con las lágrimas cayendo por los costados de su rostro, rodando por su bella piel manchada, salpicada.

Una sensación extraña crecía dentro de sí. Tan dulce como amarga, tan esperanzadora como aterradora. Respiró hondo, mirándola a los ojos, tan firmes que sabía que lo seguiría incluso si hacía todo lo posible e imposible para ocultar su rastro. Suspiró, asintiendo con la cabeza, todavía abrazándola, manteniéndola cerca de sí. Dejó un beso en su cabeza, antes de murmurar su respuesta, antes de sentir que de nuevo sentía esa mezcla contradictoria, anudada, en su pecho.

Durmieron, con los brazos y piernas de ella aferrados a su cuerpo, como si quisiera unir ambos cuerpos, entrelazarlos hasta que no fuera posible diferenciar uno del otro. Nigel la mantuvo junto a sí, sintiendo un ligero malestar, apenas opacado por el alivio y la alegría que tenía dentro de sí. El sueño lo tomó entre sus brazos con la misma delicadeza con la que acariciaba sus cabellos, arrullándolos con el sonido del viento del otro lado de la ventana.

A la mañana siguiente, él despertó antes de que el sol empezara a asomar sus rayos, justo en el momento más oscuro de la noche. Miró a la mujer

que seguía aferrada, enredada contra su cuerpo, sonriendo por un momento antes de volver la vista al techo, a las vetas que recorrían a la madera sin tomar una forma definitiva. Soltó un suspiro, desatándose de ella por un momento, y se quedó sentado en el borde, con la cabeza demasiado cansada como para poder siquiera formular un pensamiento. Pasó sus manos por el rostro antes de ponerse de pie y caminar hacia donde tenía la ropa del día, empezando a razonar lo que necesitaba.

Salió del cuarto, caminando hacia el estudio del Señor Pinto. En el pasillo se encontró con Wendy, ya lista y arreglada para afrontar el día. Seguía siendo bella, incluso a pesar de los años, pero no tenía lo mismo que le ofrecía su Opal. Ella esbozó una sonrisa, tenue, débil, antes de preguntarle qué necesitaba. Él murmuró la respuesta y el rostro de la joven rubia de ojos tormentosos se comprimió en una mueca que no supo interpretar, luego asintió.

Dentro del estudio del Señor Pinto había un mapa enorme con todo el país. A pesar de ser algo viejo, algo así como de hace setenta años, el Patrón lo había descrito como uno tan válido como cualquier otro más reciente, al menos a fines prácticos. Nigel recorrió con los ojos los caminos dibujados con tinta negra, los bosques con nombres que jamás había oído pronunciar, las praderas y los desiertos que salpicaban diferentes partes del mapa. Siguió los ríos y luego cerró los ojos. Ya lo había visto a su hogar en aquel pedazo enorme de papel, y recordaba vagamente el nombre de la granja. Respiró hondo, abrió los ojos y buscó el punto que necesitaba.

Apartado de todo, casi en el centro del continente, perdido en medio de las pequeñas montañas, abandonado en aquella porción de tierra que nadie más que las diomenedas y pesadillas frecuentaban. Vagó por un momento, perdido en las memorias de cabalgar, de caminar por esos lares, de las risas y juegos ya casi olvidados. Cerró los ojos, sacudiendo la cabeza para centrarse, volviendo a ver el mapa, apoyando el dedo sobre el sitio antes de empezar a buscar donde estaba él. Trazó el camino con su mano libre, recorriendo los nombres de los pueblos, pronunciándolos sin emitir ni un sonido.

Sabía que Wendy lo observaba, sentía sus ojos sobre su piel, como una brasa ardiente. Mantuvo sus ojos en el camino que trazaba, intentando recordar los nombres, evadiendo lo que sea que había en la cabeza de esa mujer.

—Hagamos una alianza.

Giró a verla, con el ceño fruncido y la cabeza repentinamente vacía de cualquier idea. Nada más que las palabras que ella había dicho quedaron

vueltas en su cabeza.

—¿Cómo dices?

La vio morderse el labio, mirar en cualquier dirección antes de regresar su atención a él.

—Estuve hablando con mi padre, y me contó lo que tu familia puede hacer, y sé que Opal estará contigo incluso si eso implica... Ya te lo dirá ella —negó con la cabeza—. Pero los Mustang y los Pinto podrían hacer acuerdos, pactos. Lo has visto, aquí casi no hay depredadores, pero nuestros caballos empiezan a alcanzar las veinte primaveras.

—Hay mucha distancia —dijo, regresando la vista al mapa, encontrando el nombre de la granja, casi sobre la zona marcada como la costa del sol saliente. Wendy caminó hacia donde estaba él, posicionándose a su lado, había una firmeza que le hizo pensar que la alianza no era solo por los caballos.

—Encontraremos la manera —sentenció, centrándose en el mapa frente a ellos. Y Nigel no tuvo dudas de que encontraría algo, así tuviera que convertirse ella misma en Nae-Op o Sarciavas-Uh.

◇

Los brazos de su mujer lo rodearon por detrás, sorprendiéndolo momentáneamente, justo cuando empezaba a preparar las alforjas. Susurró su nombre, conteniendo una ligera sonrisa, mirándola con el corazón trotando dentro de su pecho. Estaban los dos arrodillados, con todas las bolsas y provisiones desperdigadas. Apoyó su mano sobre la de ella, escuchando cómo salía un ligero suspiro de su nariz.

Tenía los ojos tormentosos, había una nube de duda en aquellos dos círculos azules. Giró sobre sí mismo, sentándose con ella en su regazo, arrullándola contra su cuerpo, manteniéndola lo más cerca que podía, dándole todo el calor que era capaz. Murmuró la pregunta, apoyando sus labios sobre la frente de ella, esperando poder calmar lo que sea que tenía su mente. Al final, con un hilo de voz, casi imposible de escuchar, dejó salir su miedo. Y Nigel no pudo evitar sentir que su corazón se retorcía sobre sí mismo al escucharla, apretándola más contra sí mismo, intentando consolarla un poco. Una voz dentro de su cabeza le hizo preguntarse si debía o no seguir con su idea, con aquella locura de la que no estaba seguro de poder lograr.

—¿Cuántas primaveras habías vivido cuando te... vendieron? —preguntó ella de repente, tomando un mechón negro de pelo, mirándolo mientras lo movía con cuidado entre sus dedos. Nigel soltó un suspiro y sintió que la

garganta empezaba a cerrarse de a poco.

—Diez —logró pronunciar, sintiendo que las lágrimas empezaban a agolparse en sus ojos. Opal no tardó en llamar su atención, tocando gentilmente una de sus mejillas, obligándolo a mirarla. Una disculpa silenciosa se había instalado en sus rasgos, seguida con un beso que parecía querer apartar cualquier miedo y dolor que los aquejaba. Se quedaron un momento más en el suelo, abrazados, antes de continuar empacando.

Bajaron a los establos, buscando las dos jóvenes pegasos que iban a utilizar. Ensillaron en silencio, rodeados por el sonido de las hebillas, por el susurro de las tiras de cuero que ajustaban, los gruñidos y suaves relinchos de las yeguas. Él sentía que, con cada cosa que terminaban de acomodar, de ajustar, empezaba a temblar por dentro. Apoyó la cabeza contra la silla, respirando hondo, antes de caminar hacia la entrada, donde los Pinto esperaban. Wendy y Opal se abrazaron con fuerza, derramando algunas lágrimas, antes de apartarse. La mano del Señor estrechó firmemente la suya, antes de envolverlo en un abrazo, murmurándole unas últimas peticiones que Nigel no tardó en asentir. Por último, la Señora los envolvió a ambos con sus brazos regordetes, llorando amargamente por la partida y rogándoles que no se olvidaran de avisar si debía ir a cuidar de algún nieto. Ambos se miraron de reojo, con las mejillas rojas como pocas veces pasaba y se encogieron de hombros antes de responderle a la Señora, quien se marchó farfullando algo que no Nigel no comprendió del todo.

El aire helado empezaba a dar paso a los vientos más cálidos, aunque todavía faltaba una luna completa para la primavera. Las yeguas no tardaron mucho en resoplar sobre el frío que sentían allí donde no tenían tanto abrigo, sacudiendo sus cuellos y golpeando el suelo con los cascos. Estaba por montar cuando escuchó que lo llamaban en un relincho. Miró en todas las direcciones, sintiendo que una parte de sí empezaba a iluminarse, con el corazón al trote, listo para empezar a galopar.

Se quedó un tiempo más, llamando la atención de Opal y las dos yeguas, quienes empezaron a preocuparse por su estado. Negó con la cabeza, soltando un suspiro, alegando que probablemente había sido imaginaciones suyas mientras se subía a la silla y quitaba las correas de las alas. La primera en tomar vuelo fue su mujer, momento que él aprovechó para dar una última mirada antes de espolear a su propia yegua.

Fue casi tan mágico como cuando tenía quince primaveras. El cielo amplio, con el horizonte que lo rodeaba y las nubes que ocupaban casi todos los alrededores. Sus labios tironearon una sonrisa y, no por primera vez, su mente se encontró recordando las plumas amarillas y negras de Trips, así como las circunstancias en las que se habían separado. Cerró los

ojos, murmurando una plegaria por él, antes de enfocarse en Opal, quien parecía estar bastante más tensa de lo que Nigel jamás la había visto. Carcajeándose, se acercó cuanto pudo, notando la expresión pálida y aterrada de ella.

—Amor mío, no vas a caer —gritó sobre el viento. Incluso con eso, Opal parecía incapaz de relajarse, sus dedos y nudillos se volvían cada vez más blancos, así como sus hombros se tensaban. Sonrió para sus adentros, antes de dar un pequeño espolón a Feather, su yegua, quien empezó a realizar acrobacias, para terror de Opal. Los chillidos y pedidos de que por favor tuviera cuidado no tardaron en llegar como un lejano eco. Solo para calmarla, dejó de dar vueltas de un lado a otro, de subir y bajar entre las nubes, indicándole a la yegua que volara más despacio. Feather no tardó en dejarle en claro su descontento con un resoplido.

Rio casi todo el viaje, viendo cómo poco a poco las manos se iban aflojando, pero su rostro seguía teniendo esa expresión de pánico. Incluso cuando desmontaron en la primera parada, al mediodía, cerca de un río, cerca de donde él había pasado con Trips, primaveras atrás. Sacaron las primeras provisiones, disfrutando el murmullo del agua, de sus mandíbulas masticando, de la tranquilidad que los rodeaba.

◇

En todos sus años viviendo con los Hamilton, Nigel había visitado un par de ciudades y pueblos, todos con una apariencia mucho más limpia y ordenada que la de aquel sitio. Tamespring era puro movimiento, gente que pasaba de un lado a otro, carretas cargadas con más de lo que probablemente era recomendable, niños que correteaban entre las piernas de los adultos, persiguiendo potrillos, gallinas y otros animalillos. Intercambiaron miradas antes de continuar en medio de la multitud, sin bajarse de las monturas en ningún momento.

Pocos eran los que paraban a voltearse en su dirección, algunos incluso soltaron quejas por no moverse lo suficientemente rápido del paso. Avanzaron hasta llegar a una posada, llena hasta el techo de clientes, y donde solo se detuvieron para comer algo más que pan y beber algo más que agua. Continuaron caminando por el pueblo de Tamespring hasta llegar a otro sitio, de una fachada deplorable, pero con sitio para ellos dos.

—¿Podemos viajar por tierra mañana? —preguntó Opal, acomodándose a su lado, sobre una de las camas que tenía el cuarto. Nigel se encogió de hombros, sin muchas más fuerzas para seguir despierto.

Manos, hierros, látigos que chasquean. Todo a su alrededor no para de moverse y cambiar, intenta hablar, pero las palabras se quedan atascadas en su garganta. Lleva sus manos, sintiendo que un nudo le impide sacar

un sonido que no sean gemidos o sollozos. Cae al suelo, inundado de lágrimas, queriendo llamar a Opal, a Wendy, o los Señores Pinto, pero ¿cómo llamar a alguien cuando no puedes hablar? Alza la mirada hacia el cielo, borroso por las lágrimas. Espera, sabe que allí no está solo el viento. Espera hasta que una figura imponente, ominosa, se abalanza en su dirección, llevándose su voz y despertándolo.

Despertó, sentándose de golpe, con el corazón en la garganta y una sensación de sofoque que poco a poco se pasó. Miró hacia el costado, a la otra cama, donde Opal dormía con total tranquilidad, ajena a cualquier movimiento de su parte. Suelta un suspiro, apartando las sábanas de su cama, caminando los dos pasos que lo distanciaban de su amada, quien, sin despertarse, se apartó, dejándole un lugar. Acurrucado, rodeó con sus brazos a la mujer, tranquilizándose al sentirla junto a sí.

A la mañana siguiente, sentí que todo su cuerpo estaba adolorido, cansado. Casi se sentía incapaz de comer algo, pero de todas formas siguió a su mujer cuando ésta se levantó de la cama.

El desayuno ocurrió apenas con algo de emoción, nada más que un borrón en su memoria donde vagamente recordaba haberse llevado un trozo de comida a la boca. Creía recordar vagamente que Opal le decía algo, o le preguntaba su opinión respecto a un tema que ya se había ido de su cabeza.

Sentía la cabeza pesada, incapaz de hilar dos ideas seguidas. Apoyó los codos sobre la mesa, presionando su frente contra las palmas de sus manos. En algún momento, la mano de Opal acariciaba su brazo sobre la tela de la camisa, escuchó que lo llamaba, aunque las palabras se le escapaban. Murmuró algo sobre el dolor de cabeza y cansancio, seguramente preocupando a su mujer con aquellas palabras, pues le pareció escuchar que le decía a alguien si podía darle un vaso de agua.

—¡Vaya! Que hombre más guapo que te has encontrado, hermana —exclamó una voz demasiado chillona para su gusto. Apenas echó un vistazo entre sus dedos antes de tomar el vaso que le acercaba Opal. Oyó que movían una silla cercana y que algo se apoyaba con fuerza sobre la mesa, haciéndola vibrar ligeramente—. Aunque, he de decir que se ve bastante flaco, a pesar de sus hombros anchos y brazos marcados.

—No veo cómo el aspecto físico de mi..., pareja sea de tu interés —gruñó en respuesta, la mano ahora se aferraba a su hombro, como si con ello fuera a evitar que la otra mujer se acercara más.

—Importa, bastante, he de decirte. Principalmente si no quieres que los sementales se empiecen a pelear con él. Digo que te vayas buscando uno que pueda darte algo más de seguridad —continuó, aumentando un poco más su voz chillona. Nigel bufó, sintiendo que, si el dolor de cabeza

no era insoportable de por sí, la parlanchina estaba por acabar con él. O él con ella si seguía con las insinuaciones, lo que fuera a ocurrir primero.

Claramente sacada de quicio, Opal lo tomó del brazo, pidiéndole silenciosamente marcharse. No tuvo que repetirlo para que la siguiera.

—Esperen, ¿a dónde van? —preguntó la chillona, levantándose de su asiento. Nigel miró brevemente a la joven Pinto antes de salir de la posada en lo que ella se encargaba de la chillona. No tenía idea cómo solían ser las conversaciones entre mujeres, a pesar de que Wendy y Opal solían relacionarse con las hijas de las familias que pasaban por su granja de vez en cuando, nunca se había podido quedar más que unos instantes antes de marcharse a cumplir con alguna obligación.

Esperó un rato, ajustando un poco las correas antes de que Opal apareciera, con las mangas de su camisa dobladas hasta la altura del codo y una expresión fiera en sus ojos. Respiró hondo, sin saber si debía o no apiadarse de la mujer que probablemente se había ganado el desquite de Opal. Reanudaron el viaje con el sol abandonando por completo el horizonte, despegando del suelo. Atrás habían quedado los bosques, mucho antes del río que pasaba cerca de Tamespring; frente a ellos, como si todas las divinidades se hubieran puesto de acuerdo, sólo había tierra seca, viento caliente y plantas que desafiaban a la vida misma.

Feather y Jumper tiraban de las riendas, agitaban las alas y golpeaban el suelo, pidiendo alzar vuelo. Nigel perdió la cuenta de cuántas veces repitió Opal las negativas, incluso cuando las palabras dejaron de ser pronunciadas. Era bastante avanzada la mañana cuando escuchó una voz a lo lejos, pidiéndoles que esperaran, sacando un gemido exasperado a Opal, seguido de un chasquido de su lengua.

—¡Esperen! Les digo que me esperen, ¡cascos y kelpies!

—Ni se te ocurra dirigirle la palabra —gruñó ella, con los ojos fijos en el frente.

Demasiado cansado como para contestar, Nigel se limitó a soltar un suspiro sintiendo que la cabeza empezaba a palpitarle. Las dos yeguas empezaron a galopar cuando Opal lo ordenó, al mismo tiempo que volvía a escuchar la voz chillona a sus espaldas, seguido de un relincho que pedía por favor que bajen la velocidad.

Nigel miró a su compañera, dudando si decirle o no que, si el caballo de su seguidora era un sleipnir, pronto las tendrían encima y la única forma de evitarlas era si subían. Antes de pronunciar siquiera una palabra, y sintiendo que iba a descomponerse en cualquier momento, miró sobre su hombro, conteniendo las náuseas ante tal acción. En efecto, la mujer de voz chillona cabalgaba en dirección a ellos, sobre una sleipnir de color

negro puro, dejando una nube de polvo a sus espaldas que apenas podía creerse que se tratara de un solo caballo.

Corrieron hasta que las yeguas relincharon de cansancio, bajando a trote y luego a paso, permitiendo que la sleipnir no solo los alcanzara, sino que además los pasara y recién entonces giró en su dirección. Entre punzadas de dolor, Nigel comprendió las quejas y reclamos de la sleipnir, mezcladas con la de la mujer chillona. Sus manos temblaban, todo su cuerpo se sentía frío a pesar del calor abrasador que había por todos lados. Escuchaba a las dos mujeres intercambiando palabras, pero todo lo que podía comprender era la imperiosa necesidad de recostarse, de las náuseas que lo invadían.

Bajó de la montura y no pudo contenerse más, devolviendo lo poco que tenía dentro de sí. Notó la presencia de Opal a su lado, sosteniéndolo como podía, preguntándole qué le pasaba. Negó con la cabeza, sintiendo el espantoso regusto ácido en su paladar, dándole más arcadas y haciéndole querer escupir todo lo que podía. Le pasaron una botella con agua, limpiando su boca con más alegría de la que se habría creído capaz. Incluso así, su cabeza no dejaba de dar vueltas, sus oídos dolían y su garganta empezaba a cerrarse. Sabía que lo llevaban a algún lado a pie, trató de no recargar todo el peso sobre su mujer, e incluso así, se notaba incapaz de dar mucho más de un paso.

—Descansa, amor, tranquilo, no me iré a ningún lado —susurró el aliento de Opal contra su oreja. Intentó enfocarla, pero no pudo separar los párpados por más de unos segundos antes de que la luz lo dejara con más dolor.

Estaba en la pieza, en esa maldita pieza donde todos los que eran como él pasaban la noche. La marca en su brazo volvía a arder, a pesar de estar cicatrizada. Frente a sí no había más que cuerpos sin vida, completamente silenciosos. Él ve todo desde el hueco de una pared, lejos, seguro, oculto de las diomenedas que pasan, con sus pelajes castaños y crines teñidas con el color de la sangre de sus presas.

Intenta salir de allí, apenas da un paso cuando una mano tira de él, lo arrastra hacia atrás, lanzándolo contra una pared de madera donde un caballo desbocado da coces, salta y se remueve como si su vida dependiera de ello. Se cubre la cabeza, pidiéndole en un murmullo que pare, sabiendo que será en vano.

—¡Nigel! —Opal lo miraba con sus ojos azules reflejando la luz de una lámpara, incomodándolo durante un momento. La escuchó soltar un suspiro de alivio y luego apoyó su frente contra la de él en cuanto logró sentarse. Se quedaron quietos un momento, con la frente de ella pegada a la de él, las narices rozándose y sus alientos mezclados en los labios del otro. En susurros, ella le contó lo ocurrido, y que, para su malhumor, la

mujer de voz chillona se iba a quedar con ellos porque iba en la misma dirección que ellos.

Sonrió, algo divertido ante el malhumor de ella, aunque una parte de sí sentía que el viaje iba a ser más tedioso de lo que esperaba.

◇

La chillona resultó llamarse Samy Hans, hija fugitiva de una familia que no quiso revelar, incluso cuando Opal la amenazó con tirarla del caballo. A la luz de un nuevo día, y sin el dolor constante de la cabeza, Nigel empezó a notar cierta familiaridad en la postura de la mujer, en los gestos exagerados, incluso en la prolijidad de sus dos trenzas que caían a los costados de su cuello. Callarla era imposible, un desafío que probablemente ni Nae-Op podría lograr. Su yegua, Diamond, era todo lo contario, apenas emitiendo uno que otro comentario al respecto.

—Como te digo, los sementales están como locos, desde que empezaron a haber más y más de los centauros convertidos, que no paran de juntar mujeres en sus casas —mencionó, abriendo los ojos de par en par y haciendo una mueca de horror—. ¿No les alcanza con una? Digo, comprendo que por ahí son menos los hombres que las mujeres, dudoso de todas formas, pero ¿qué necesidad?

Nigel contuvo una carcajada al ver la expresión molesta de Opal, demasiado enojada como para seguir escuchando una palabra más de todo aquello. Samie continuó con su discurso un tiempo más antes de callarse y mirar los alrededores con aburrimiento. Nigel soltó un suspiro, disfrutando del silencio momentáneo.

—Escucha, hay personas que quieren tener varias esposas, ¿y qué? Si quieren y pueden, que lo hagan.

La mandíbula de Nigel cayó hasta el suelo, mirando fijamente a su amada como si la viera por primera vez. Sus mejillas estaban rojas y sus ojos lanzaban chispas. Pronto empezaron a ir y venir las palabras de ambas mujeres, casi gritándose mutuamente. «Debí traerme al menos un capón, como para no tener que escuchar también a las yeguas», suspiró, sintiendo que empezaba a tener un nuevo dolor de cabeza. Como si escuchar los comentarios de las dos, uno más disparatado que el anterior, se sumaban las yeguas, quienes no paraban de quejarse y suspirar por sus propias fantasías.

Durante toda la tarde, las comidas, por suerte no a la noche, pero luego por la mañana y los días siguientes, siguieron los comentarios. Ya no iban tanto de la cantidad de mujeres, ni de los hombres que desposaban a más de una, o de las fantasías (que Opal no planeaba llevar adelante, mucho menos Nigel). No, ahora ya no tenía idea de qué se suponía hablaban, y

se había asegurado de mantener una distancia prudente, cabalgando a unos cuantos pasos por delante.

El siguiente pueblo donde debían parar, Drytrail, era mucho más quieto y silencioso en comparación con Tamespring. Apenas se veían a un par de personas caminando de un sitio a otro, pocos caballos descansaban atados a los postes, bajo la luz inclemente del sol, y de vez en cuando se escuchaba a alguien soltando una carcajada desde la taberna más cercana, aunque la risa moría casi de inmediato. A medida que pasaban, Nigel creía sentir las miradas sobre ellos, siguiendo cada uno de sus movimientos, sin perderse ningún detalle.

Casi sin atreverse a pronunciar un sonido, indicó que pararan, desmontando con una sensación de incomodidad absoluta. La posada los observó como si fueran fenómenos, con todos los ojos, abiertos y sin parpadear, fijos en ellos, atentos. Las palabras empezaron a atacarse en su garganta, más cuando el dueño lo miró de pies a cabeza, con una expresión que le recordó al señor Hamilton al ver a Trips haciendo de las suyas. No tenía idea cómo fue que logró pedir una habitación para dos, dejando a una muy sorprendida y escandalizada Samy pidiendo otra habitación para ella.

La habitación era pequeña, con una cama lo suficientemente grande para que Opal y él durmieran cómodos, sin necesidad de estar uno encima del otro. Dejaron las cosas dentro de un armario sencillo, asombrosamente libre de alimañas, y se quedaron en silencio, sentados en un costado de la cama. Soltó un suspiro, sintiendo que parte del nudo de su garganta se liberaba, así como bajaba el dolor de cabeza. Apoyó una mano sobre la pierna de Opal, dándole un ligero apretón, antes de echarse de espaldas sobre el colchón.

—No lo harías, ¿verdad?

—¿Qué cosa? —preguntó, sintiendo que se había perdido una parte muy importante de la conversación. «Por el amor de Nae-Op, que no haya sido algo muy importante», rogó por dentro, conteniendo el aire hasta que su mujer se volvió hacia él.

—Tomar otra mujer, como el resto de los que son..., los que son como nosotros —pronunció lo último en un susurro y con las mejillas algo coloradas. Nigel contuvo la carcajada, sentándose de nuevo, obligando a todos sus músculos de la cara que se mantuvieran quietos. Por la expresión de Opal, supo que no lo estaba logrando del todo.

—Llego a tener una mujer más en este viaje, así sea una yegua, y voy a enloquecer —dijo en un tono más jocoso de lo que a ella le habría gustado—. Contigo estoy más que satisfecho y contento, Opal. No puedo,

ni quiero, pensar en tener a otra mujer.

—Pero la granja, tu familia... ¿Y si debes hacerlo?

Nigel soltó un bufido.

—Opal, ni siquiera mi tío tomó a más de una mujer..., que yo sepa —añadió lo último en un susurro, casi mascullando las palabras. Los rasgos de Opal no tardaron en relajarse, y una tenue sonrisa, de esas que lo enloquecían lentamente, empezó a asomarse en sus labios. Tragó saliva, aclarándose la garganta, antes de ponerse de pie, intentando aquietar un poco su mente. Sin saber qué hacer, y notando que el sol ya se había ocultado en el horizonte, empezó a desvestirse.

Escuchó a Opal ponerse de pie, caminando en su dirección, y luego sus manos, suaves a pesar de la cantidad de callos, se apoyaron sobre su pecho. Su cabeza empezó a dar vueltas, escuchando lo que su cuerpo pedía a gritos, seguido de unas cuantas excusas –bastante absurdas incluso para sí mismo. Aguardó, completamente silencioso, a que Opal terminara, a que sus ojos se volvieran a encontrar.

Murmuró una pregunta, arrancando una sonrisa avergonzada, seguido de un asentimiento de cabeza por parte de ella. Apretó los labios, sintiendo que su interior empezaba a enloquecerse incluso más.

—No perdemos nada con intentarlo —murmuró, acercando sus labios, casi rozándolos. Sabía que no había forma de que el viaje durara tres estaciones más, pero incluso así, parte de sí se encontró con cierto recelo. Tomó las manos de ella, las cuales acunaban sus mejillas, y cerró los ojos, juntando sus frentes—. Podemos hacerlo, Nigel.

Tembló al sentir su aliento sobre su piel, sus labios bailando demasiado cerca de los suyos. Cerró los ojos, yendo de una opción a la otra, considerando, dejando que, poco a poco, su cuerpo fuera el que llevara adelante todo. Lentamente, con una delicadeza que no se creía capaz, fue llevando a Opal hasta que su espalda estuvo sobre la cama. Recorrió el cuerpo con cuidado, seguro de conocer todas las curvas y zonas de ella. Era una danza que ambos conocían bastante bien, por más que se sintiera como aquella vez en los establos, ocultos por las torres de alfalfa. Una a una, las prendas fueron cayendo, dejando que el aire helado acariciara su piel cada vez más caliente.

◇

—¿Cómo es que los dos están tan...? No me respondan, ya lo hice yo sola —fue lo primero que dijo Samy a la mañana siguiente. Algo de vergüenza tiñó sus mejillas, aunque se limitó a esbozar una sonrisa divertida, a la vez que tomaba la mano de Opal. No le cabían dudas de que la mirada

helada, incluso desafiante, era con el único propósito de empezar otra de las rondas sin sentido de discusiones. Bajaron las escaleras, entregando las llaves, listos para marcharse.

—Amigo, ¿cuántas primaveras tienes a cuestas?

Un hombre, un poco más alto que Nigel, lo llamó desde la barra. Una mirada rápida le hizo notar los brazos musculosos, los pectorales asomándose por la apertura de la camisa, al igual que las mujeres que lo rodeaban. Sus dedos se cerraron sobre los de Opal, a la vez que las palabras empezaban a burbujear en la garganta. Observó de reojo a la salida, colocándose frente a Opal.

—No interesa —logró decir, sintiendo que la garganta se le secaba. Como si con eso hubiera abierto una tranquera que no debía, el hombre se puso de pie, haciendo que sus botas tintinearan con cada paso que daba. Tragó saliva, enderezó la espalda y se obligó a mantener la mirada, incluso cuando todo su cuerpo gritaba por salir corriendo de inmediato de allí. Alzó la mandíbula, tratando de al menos parecer un poco más seguro.

Se paró frente a él, observándolo con diversión antes de pasar su mirada hacia Opal, haciendo que su cuerpo se tensara. Lo vio dar una calada a su cigarro, lento, con la tranquilidad de quien conoce perfectamente a su adversario. Se tomó su tiempo, soltando todo el humo sobre su cara. Frunció la nariz, conteniendo la tos, pero no el desagrado.

—Tienes una mujer bella —señaló, dando otra calada. De reojo, Nigel notó que todas las miradas estaban sobre ellos, atentos a cualquier movimiento—. Pero me parece que no tienes lo que se necesita para cuidarla.

—Como si te importara —masculló, sintiendo que empezaba a subir el calor en sus mejillas. El hombre se encogió de hombros, sonriendo para sí.

—Me importa, porque una mujer merece tener la seguridad de que va a encontrar un lecho donde reposar su cabeza, la tranquilidad de que no tendrá que correr de un sitio a otro porque el hombre no puede cuidarla de otros. Así que, muchacho, hagamos las cosas fáciles —dio otra calada—, deja que la cuide y tú puedes esperar unos años más.

De no ser porque Opal lo sujetó del brazo, Nigel ni habría dudado en dar un paso al frente, dándole, aunque sea, un puñetazo en la mandíbula.

—Eso es algo que yo decido —intervino ella, todavía sujetándolo del brazo. Los ojos del hombre apenas se inmutaron, soltando otra gran

cantidad de humo.

—Sí, en parte es así, pero es deber del hombre saber cuidar de su mujer —dijo, lanzando el cigarro al suelo para luego aplastarlo—. Es deber del hombre asegurarse que los suyos están bien, incluso si eso es a costa de su propia vida.

La cachetada que le dio Opal resonó por todo el lugar e inmediatamente sacó a Nigel de allí. Afuera, Samy los esperaba, con Diamond golpeando al suelo impacientemente, Feather y Jumper tironeaban de las riendas que las mantenían en el lugar. Nigel deshizo los nudos casi sin esfuerzo, y sin acomodar las alforjas, chasqueó la lengua. Los tres se marcharon justo antes de que todos salieran, con las armas cargadas, y empezaron a disparar, haciendo que el suelo a su alrededor saltara con cada bala. Samy y Diamond pronto los dejaron atrás, con una inmensa nube de polvo como estela. Con toda la fuerza de sus pulmones, le gritó que ascendiera; Opal quiso responder, lo vio en la palidez de sus gestos, pero la escuchó soltar un grito de dolor y llevarse una mano al brazo, allí donde la bala la había rozado. Feather y Jumper no esperaron que terminara la oración, desplegando sus alas con una rapidez que pronto alcanzó a las otras dos viajeras.

Los gritos y los disparos quedaron atrás, el viento salvaje empezó a bramar en sus oídos, a sacudir sus cabellos furiosamente, haciendo que sus ojos lagrimearan. Cabalgaron en el viento hasta el mediodía, en donde pararon cerca de un pequeño arrollo, casi seco, con un pequeño árbol que apenas servía para calmar parte del hambre de las yeguas. Los tres se acomodaron bajo las ramas, con la poca sombra que podían conseguir entre esas ramas casi peladas por completo. El silencio apenas era interrumpido por el sonido de los caballos y la eventual ave que pasaban por allí.

Sus manos trabajaban con diligencia, limpiando con la menor cantidad de agua posible la herida y vendándola con cuidado. Aunque sabía que ella no diría nada, así como no se lo reclamaría, no pudo evitar sentir que su corazón se hundía. Miraba la venda con los ojos desenfocados, escuchando la voz del hombre, oliendo el asqueroso olor a tabaco golpeando su nariz, lo podía ver, parado como un gigante frente a él, señalando lo obvio. Se sentó con la espalda pegada al raquítico tronco del árbol, tomando el bocado que le ofrecieron, comiendo en completo silencio, sintiendo que su garganta se cerraba.

Sus hombros se sentían pesados, y una sensación ardiente, pesada, se instaló en su pecho, trepando por su garganta, queriendo inundar sus ojos. Llevó las rodillas al pecho, como si con eso pudiera ocultarse del mundo, proteger algo de todo lo que poseía. ¿A quién pensaba engañar? Si estaban bien no podía ser más que por la benevolencia de Nae-Op, de la misericordia de la Dama Blanca o la protección de Sarciavas-Uh. Apretó

las manos sobre sus brazos, encogiéndose más en el lugar.

Cerró los ojos, concentrándose en mantener todo bajo control. Él había arrastrado a Opal hacia aquella locura, él era quien había tenido la desquiciada idea de volver a una casa que quedaba en la otra punta del continente, donde ni siquiera sabía si quedaba algo a lo que aferrarse. ¡Por el amor de todos los dioses! Ni siquiera tenía idea de si era remotamente posible llegar a encontrarse algún pariente, o algo de sus memorias. ¿En qué clase de locura se había metido? ¿En qué empresa improbable había arrastrado a la mujer que lo único que hacía era seguirlo? Apretó más los dedos al recordar las palabras de Opal la noche anterior a partir, en el pedido que no se lo había dicho en pocas ocasiones.

«Debí quedarme en la granja de los Pinto, olvidarme de mi propia casa», se lamentó en silencio. Su corazón pareció dividirse en dos, dos bestias que lanzaban coces y mordiscos mutuamente, destrozando su interior con cada uno de los golpes. No dijo nada cuando la voz de Opal y Samy se hicieron oír, ni siquiera cuando su mujer lo tomó del brazo, recordándole que el otro estaba herido.

Negó con la cabeza, intentando quitarle hierro al asunto, y ayudándola a montar, siempre bajo la mirada perforante de ella. Evadió el tema todo el tiempo que pudo, recostándose temprano, pidiendo la primera guardia, e incluso estuvo considerando la idea de dormir en habitaciones separadas.

—Nigel Mustang, tenemos que hablar. Ahora.

◇

Pararon en una modesta posada de la pequeña ciudad de Scorpionstone, una que Samy había descrito como "el mejor lugar para ocultarte a plena luz del día, especialmente si tienes algo que vender". Opal había tomado la delantera, pidiendo una habitación para dos, y ni bien tuvo la llave lo llevó a cuestas hasta cerrar la puerta con más fuerza de la que Nigel habría esperado.

—Suficiente de las estupideces del silencio —gruñó ella, con los brazos cruzados firmemente y los ojos impenetrables. Nigel frunció el ceño, con las palabras en la punta de la lengua, listas para salir, a pesar de que sus labios permanecían sellados—. No sé qué se te metió en la cabeza, pero empiezas a preocuparme.

«Y encima le añado esto», gruñó una parte de sí. Soltó un suspiro, empezando a negar con la cabeza, pero ella lo detuvo, obligándolo a mirarla fijamente. Contuvo las ganas de apartar el rostro, de mirar en cualquier dirección. Tenía esa expresión, la que usaba cuando iba a salirse con la suya, e iba a poner orden, le gustara o no. Dejó salir un suspiro

resignado, esperando a que continuara. Pasó un rato y Opal siguió en silencio, observándolo a los ojos, sin apartar la mirada en ningún momento. Empezó a sentir cierta incomodidad, la urgencia de girar la cabeza, quizás con eso podría lograr algo.

Escuchó que lo llamaba por su nombre, con una falsa suavidad, ocultando el tono imperativo que había por debajo. Apretó los labios, conteniendo las palabras que bailaban en la punta de la lengua, conteniendo las ideas que bailoteaban por su mente. Al final, ella soltó un suspiro cansado, apoyando su cabeza contra su pecho, rodeando su cintura con aquellos pequeños brazos que lo hacían estremecerse por dentro.

—Háblame, por favor —susurró y Nigel sintió cómo las lágrimas empezaban a humedecer su camisa, a pegar la tela contra su piel. La envolvió con sus brazos, bajando la cabeza hasta dejarle un beso en sus cabellos. La acunó y trató de dejar que su lenga se desenredara de nuevo, que las palabras fluyeran una vez más en sus labios, pero todo lo que consiguió fue silencio, olvidarse de lo que iba a decir.

Esa noche, con Opal dándole la espalda al dormir, se encontró mirando al techo, con demasiadas cosas en la cabeza, a la vez que ninguna en particular. Cerró los ojos, intentando conciliar el sueño.

La granja está en medio de un lugar extraño, como si el mundo se hubiera vuelto del color del fuego, pero sin arder. No sentía calor, sino frío, un frío que lo paralizaba. Todo está quieto, incluso el aire, la luz; nadie y nada más que él se mueve. Camina entre los corrales, con los pies sin tocar el suelo, con una manta sobre sus hombros, y ve a las figuras negruzcas, difusas, hechas de un polvo que se mueven siempre que él las ve. Tiene que avanzar, tiene que entrar. Sube los escalones sin producir ningún sonido, la puerta se abre sin chirriar, y dentro la casa está cubierta de sombras.

Sentado en el extremo opuesto de la mesa, está Papá. Lo mira sin inmutarse, aunque conoce la mirada, la que usaba cuando lo iba a regañar, la que anunciaba un gran castigo antes de que pronunciara la primera palabra. Ahora sí, sus pies se mueven y lo llevan hasta el otro extremo, donde la silla vacía espera por él. Papá dice algo, pero las palabras se le escapan; no sube la voz, pero puede sentir la indignación que aumenta con cada gesto, con cada movimiento de sus labios. Nigel se limita a bajar la cabeza, sabiendo que el regaño probablemente lo tenga bien merecido.

Despertó con la sensación helada en sus mejillas y la expresión preocupada de su mujer. Acarició su rostro con cuidado, como si con eso pudiera espantar aquel peso aplastante en su pecho. Murmuró una

disculpa, queriendo apartarse lentamente de ella, en vano.

—Yo fui la que decidió acompañarte —susurró ella, limpiando las lágrimas con los pulgares, juntando sus frentes. Los sollozos los envolvieron por un buen rato, dejando una sensación de ligereza y mareo en la cabeza de Nigel. Limpió su nariz, intentando no ensuciar a Opal, a pesar de que ella dijera que no pasaba nada, que todo estaría bien. Bajaron a desayunar sin percances, disfrutando de la comida en silencio, ella lo más cerca posible de él y Nigel tratando de dejar en claro cuál era su relación, con un brazo alrededor de los hombros de ella. Samy fue la única que pareció extrañarse ante aquello.

—¿Desde cuándo actúas como si fueran a quitarte a esta mujer? —preguntó, con el ceño fruncido y los brazos cruzados bajo el pecho. Un viejo recuerdo empezó a querer salir de la memoria de Nigel al ver aquella actitud—. Vamos, es absurdo.

—Tú misma lo dijiste, Samy: hay hombres que quieren tener a tantas mujeres como sean capaces —contestó Opal, dando un mordisco a su panceta y tragando sin mucha prisa—.

—Bueno, sí, si hay alguien más fuerte o mayor que tú, debes de hacerle caso, sabe de lo que hablan, ¿no es verdad?

Nigel resopló, sintiendo que la actitud de la mujer empezaba a serle demasiado familiar. Ya no tenía ese ritmo despreocupado, casi como arrastrando las palabras, que solía usar, sino que pronunciaba con bastante propiedad cada una de las sílabas. Su voz empezaba a volverse más y más chillona, su nariz casi parecía estar respingada y la expresión escandalizada cuando Opal masculló algo sobre que se fuera a pedirle a quien kelpies fuera su padre que eligiera como pareja, fue lo que terminó de armar el recuerdo.

—¿Qué hay de Joseph?

Haber preguntado algo más hostil habría causado menos silencio en la mesa. Sentía los ojos de su amada sobre él, escrutándolo, al igual que los ojos de Samy que tenían una expresión confundida, a pesar de que había una alarma en sus ojos. Ella soltó una risa que sonaba bastante genuina, salvo por la cada vez más evidente palidez de su rostro. Vio cómo negaba con la cabeza, desestimando lo dicho, rechazando cualquier idea que estuviera queriendo decir. Incluso así, Nigel insistió.

—Lo eligió tu padre —comió su último bocado de huevo a la plancha, bastante seco para su gusto—. Una persona más vieja, alguien con experiencia y que sabe lo que es bueno para ti.

—No sé de qué se supone que estás hablando, Nigel —dijo, con una sonrisa tensa en su rostro. Sí, ya la había visto antes, había aprendido a diferenciar cuándo los músculos de la cara se tensaban demasiado y cuándo era genuino. Al menos en ella y Opal.

Se encogió de hombros, tomándose el tiempo para terminar de disfrutar de la escasa paz que tenía a su alrededor. Dio un suave apretón a la mano insistente de su mujer, intentando transmitirle aquello que sabía, que conocía muy bien lo que estaba haciendo. Simplemente esperaba poder salir de ese pueblo sin balas persiguiéndolos.

—Si no quieres que diga más, no insistas en causar más problemas de los que ya hay —fueron sus palabras antes de ponerse de pie. Los ojos negros de Samy lo miraban con tal enojo que no se habría sorprendido de encontrarse con armas saliendo de aquellas pupilas.

Pagaron la cuenta con Opal y salieron de la posada con las manos entrelazadas, atento a los alrededores. Feather y Jumper sacudieron la cabeza, quitándose un poco de la tierra que tenían encima, listas para continuar un poco más. Las escuchó resoplar sobre cuánto esperaban quitarse las monturas de encima y dormir en un cómodo establo. Sonrió para sus adentros mientras reajustaba las cintas, acomodó las alforjas y recién cuando estaba seguro de que no le hacía falta nada más, montó.

Samy se unió al cabo de un rato, con una expresión de visible malhumor y una hostil curiosidad hacia Nigel. A pesar de la incomodidad, mantuvo la calma lo más que pudo, incluso cuando atravesaron la ciudad y varios hombres se voltearon en dirección de su mujer, hasta en ese mismo instante trató de mantener la calma, apartando cualquier sensación de miedo.

Scorpionstone era ordenada y limpia, con hombres y mujeres vestidos con ropas delicadas, o con personas que se movían de un lado a otro con los huesos pegados a la piel y jirones de tela colgando de sus hombros. Había mercaderes que exponían todo sobre limpios escaparates, así como sujetos que los miraban al pasar y algunos mostraban lo que había debajo de las grandes capas que llevaban. Todo era tan limpio como sucio, dependiendo de en dónde mirara. Avanzaron en silencio, entre los gritos de los hombres y mujeres ofreciendo sus artículos, pidiendo comida, rogando que les echaran al menos una moneda. Incluso llegó a escuchar que hablaban sobre un reino de altamar, donde el monarca parecía estar interesado en llegar al continente.

Salir de aquella plaza fue un alivio para sus oídos, un poco más tranquilo al no tener tanta gente pasando a su alrededor, sin ojos que siguieran a Opal como cazadores, listos para lanzarse sobre ellos. Por otro lado, Samy seguía observándolo fijamente, de la misma manera en la que él probablemente la había estado viendo antes de esa mañana. Llegaron al

otro lado de la ciudad, y recién entonces Samy abrió la boca de nuevo.

—¿Qué tienes en el brazo? —preguntó, señalando con la mirada el del lado derecho. Todo el cuerpo de Nigel se tensó, un frío cortante le recorrió la espalda, paralizándolo en el lugar. Respiró hondo, obligándose a mantener la calma, antes de preguntarle el porqué de su curiosidad, a lo que ella simplemente repitió lo mismo—. Si no tienes nada, ¿por qué no me muestras tu brazo?

Opal gruñó algo, pero Samy la acalló, con ese tono que bien conocía Nigel. Temblando de frío, a pesar del calor del ambiente, empezó a subirse la manga, deteniéndose antes de llegar a donde estaba la cicatriz. Esbozó una sonrisa, diciendo que no tenía nada, solo piel y vello, como cualquier hombre y cualquier humano. Los ojos de ella se entrecerraron, aceleró el paso de Diamond y, con un movimiento demasiado rápido para que Nigel pudiera evitarlo, levantó la manga hasta que los números quemados sobre la piel.

La apartó de un manotazo, sintiendo que la garganta se le cerraba y su corazón empezaba a galopar y dar patadas como si no hubiera un mañana. La miró, sintiendo que no había ningún rastro de su alma en él, seguro de que lo que había quedado atrás no era más que un cuerpo sujeto a una silla de montar, parte de la yegua Feather. Escuchó a Opal exclamar indignada algo sobre haber traspasado un límite, a Samy gritándole de regreso, las yeguas empezando a encabritarse. Sabía que sus manos tiraban de las riendas, que intentaba calmar a la pegaso, en vano. No supo cómo no se cayó, pero pronto se encontró dando vueltas erráticas entre las nubes, trenzando ráfagas de viento.

De alguna forma logró hacer que Feather bajara, todavía encabritada, dando coces sin parar y relinchando. Una voz conocida se abrió paso, haciendo que la yegua se limitara a resoplar quejas, sobre el susto que se había llevado y lo cansada que estaba, dando golpes molestos al suelo con su pezuña. Nigel, por otro lado, sentía que sus ojos eran incapaces de creer lo que veían, abiertos de par en par, sin moverse ni un ápice.

Reconocía el pelaje bicolor, amarillo y negro, incluso con toda la tierra encima. Bajó de la silla con cuidado, a pesar de que sus pies estaban listos para enredarse entre ellos en cuanto estuvo sobre el suelo. El semental se quedó quieto un momento antes de llamarlo por su nombre con un relincho alegre. Sonrió, sintiendo que sus lágrimas caían por las mejillas al correr a rodear el cuello del pegaso, envuelto en las alas emplumadas, escuchando cómo le pedía perdón.

—Estoy bien —murmuró, sollozando contra las plumas, sintiendo que parte de su corazón se calmaba, cual potrillo junto a su madre. El aliento cálido de Trips despeinando sus cabellos, diciendo que se alegraba de verlo de nuevo. Se apartó un poco para verlo mejor, sonriendo entre

lágrimas y con la nariz moqueando. Había partes donde las plumas y el pelaje parecían crecer de manera irregular, pero más allá de eso, Trips solo parecía mantenerse en forma—. Estoy..., estoy intentando regresar. A mi hogar.

Trips resopló un suave "me alegro", tocando con su hocico el pecho de Nigel. Detrás de sí, Feather relinchó, preguntando quién era el semental. Juzgando cómo golpeaba al suelo y la manera en la que se acercaba, casi dispuesta a lanzar una mordida, las cosas eran poco favorables para el pegaso, quien pareció tener un ligero interés en la yegua. En cuanto Nigel volvió a hablar, pareció olvidarse por completo de ella.

Quedaron en silencio un momento antes de que Trips suspirara, murmurando que probablemente sabía cómo ayudarlo a llegar más rápido.

◇

Opal lo encontró cuando la tarde empezaba a caer. Apareció sola, con una expresión de preocupación evidente, y corrió a rodearlo con sus brazos, enterrando su rostro contra su pecho. La escuchó llamarlo en susurros, con lágrimas en los ojos, y su corazón tembló por un momento.

—Temí que... cuando Samy, Samantha —pronunció el nombre con furia, casi escupiéndolo—, y luego saliste volando... Ay, Nigel, mi amor.

Le acarició el cabello, sin saber si debía o no disculparse. La escuchó decir que había temido encontrarlo en medio de diomenedas, destrozado por sus cascos y dientes. Que aquella vez cuando lo habían salvado, años atrás, terminara por volverse realidad. Un escalofrío le recorrió la espalda al pensar en ello, y pronto apartó la idea de su cabeza. No, gracias a Nae-Op que no había sido así. Le contó sobre Trips, sobre que lo había encontrado y que en cualquier momento volvería para ayudarlos a llegar a la casa.

—Tendremos que ir por aire, mi yegua —dijo, mirándola a los ojos. Opal apretó los labios por un momento, guardó silencio, viendo en cualquier dirección antes de volver a él y asentir, no sin cierta palidez en sus facciones.

El relincho de Trips se abrió paso, llamando la atención de ella. Una sonrisa genuina se volvió a dibujar en sus labios al presentarla, dándole la mano, entrelazando sus dedos. Nigel sintió que su corazón crecía dentro de su pecho al escuchar un relincho de aprobación, miró a Opal, quién tenía sus mejillas sonrojadas y una tierna timidez en sus actos, aunque mantenía la frente en alto.

Hechas las presentaciones, Trips comenzó a indicar que era momento de partir, alegando que el viaje sería largo y con pocas paradas. Ella lo miró, no sin dudas empañando un poco sus ojos, dándole un último apretón antes de subir una vez más a las monturas y seguir al semental. Pronto los empezó a acompañar, con cierta distancia, una manada de pegasos, casi todos de colores variados y de músculos marcados. Sus ojos no pudieron apartarse de ellos por un buen rato, fascinado con la gracia de sus movimientos, de la coordinación natural en sus movimientos, dándoles un aspecto de ser como el agua del río, en completa armonía.

Pararon cerca de la noche, todos unidos y con una oreja atenta al cielo y al suelo. Sacaron las mantas y las echaron, pidiéndoles a sus dos yeguas que se echaran al lado, cosa que hicieron sin ninguna queja. Las noches transcurrieron, la luna se alzó sobre ellos y volvió a bajar, dejando que el sol saliera al alba, despertando a todos y marcando una nueva jornada, más larga e igual de cansadora.

Un cuarto de luna, siete días. Ese fue el tiempo que necesitaron para llegar a las tierras que Nigel recordaba. Los árboles que crecían como lanzas hacia el cielo, un río que pasaba cerca de los bordes de la granja y las montañas que recordaba a la perfección. Trips lo acompañó unos pasos más, despidiéndose de ellos en el linde del bosque.

—Hasta pronto... —su lengua se trabó con la última palabra, así como sus ojos se llenaron de lágrimas. Trips pareció entender, acercando su hocico al pecho, soplando una despedida por lo bajo y prometiendo pasar a verlo de vez en cuando, aunque él no lo notase. Opal y él lo vieron marcharse en silencio, con los relinchos de las dos yeguas despidiéndose tanto de la manada como del semental, quienes comenzaron a trotar, saludándolos vagamente.

◇

El bosque se veía un poco menos amenazante a la luz del día, aunque Nigel todavía era capaz de distinguir las vagas siluetas de las pesadillas que merodeaban ente los árboles. Respiró hondo, dejando que el conocido olor ácido de las hojas que caían al suelo se colara en su nariz, y tomó la mano de Opal antes de empezar a tirar de las riendas. Aunque era mucho más sencillo llegar por aire, cabalgar un tiempo más con las ráfagas de viento, sus pies empezaban a pedirle que parara, su interior se revolvía y la cabeza empezaba a darle vueltas ante la idea de verlo.

Caminaban en silencio, observando a las pesadillas, meras observadoras, que levantaban el labio superior al verlos pasar. Nigel no tenía duda de que habían encontrado, al menos en él, un gran festín. Los árboles dejaban pasar la luz, pero eran tantas las ramas que los rayos llegaban fragmentados. Incluso los sonidos parecían más cercanos de lo que

realmente parecía.

Pocas veces había traspasado los primeros árboles con Papá, pero recordaba que había una huella, o marcas que le permitirían encontrar con mayor facilidad el camino de regreso. Y lo encontró. Mucho más rápido de lo que hubiera esperado. De la huella que él recordaba, apenas dos surcos en el suelo por el que pasaban las ruedas de las carretas, había un camino en el que podían entrar al menos dos o tres caballos sleipnir, de los que se utilizaban para tiro, y habría lugar. Feather resopló, contenta de poder caminar en un sitio donde sus alas no debían estar pegadas a sus costados.

—¿Cuán lejos está la granja?

—No lo sé —respondió al cabo de un rato, tirando suavemente de las riendas de su yegua. Solo escuchaban el sonido de sus pasos, con el cloc, cloc de los cascos contra las zonas de piedra que aparecían de vez en cuando. Avanzaba todavía atento a los movimientos entre los árboles, sintiendo que varios pares de ojos se detenían sobre ellos, analizándolos, hambrientos, curiosos, indiferentes.

Si alguien le hubiera dicho a Nigel que las cosas cambiaban tanto que uno apenas notaba el cambio, a pesar de ser evidentes, él le habría dicho que estaba borracho a más no poder. Incluso que se había pescado alguna de las enfermedades de la costa, de esas que afirmaban ver criaturas más grandes que las mismas montañas. Sin embargo, en ese momento, era lo único que podía utilizar para explicar lo que tenía frente a sus ojos. Era la granja, sí, allí estaban los corrales donde estaban los caballos cuando limpiaba las caballerizas, y en ese otro lado distinguía el redil para dejar a los sementales en época de cría. Distinguió el huerto donde las Tías y Mamá cosechaban parte de la comida. Todo seguía allí... lleno de gente, de carruajes tirados por los más bellos unicornios, vestidos y trajes de colores que estaba seguro de no haber visto nunca en su vida.

Escuchó a Opal llamarlo, pero sus ojos no paraban de ver los cambios. Sí, el establo se veía mucho más grande con sus puertas abiertas de par en par. La casa quedaba como un gracioso y patético sombrero sobre la estructura. Caballos salían y entraban, de todas las edades, en todas las condiciones, algunos relinchando y encabritados, otros simplemente siguiendo a quien tiraba de las riendas.

Tragó saliva. No. Esa no podía ser la granja. Seguramente se había equivocado, quizás Trips en realidad los había guiado a otro sitio. O se habían quedado dormidos y las pesadillas estaban rodeándolos, sacando sus sueños más oscuros, alimentándose. Apretó las riendas que sujetaba y se montó sobre Feather, anunciándole a Opal que iba a avanzar. Ella lo miró con los ojos abiertos como platos antes de asentir e imitarlo, a pesar

de decirle que no era necesario.

Avanzaron la poca distancia que quedaba desde el linde del bosque hasta la granja en silencio, dejando que el barullo del lugar los fuera absorbiendo. ¿Cómo explicarlo? Era como si lo ahogaran, mientras su nariz seguía dejando pasar el aire. Todo empezaba a ser demasiado, demasiado para su corazón, para su memoria, pero sentía que los músculos de su cara se mantenían firmes. Su pecho temblaba, aunque continuaba con las manos firmes y la espalda recta. Poco a poco, el silencio pareció extenderse sobre el lugar, todos los ojos volviéndose en su dirección, las preguntas entre dientes no tardaron en aparecer.

Nigel notó a una figura que se abría paso entre la multitud. Una joven de rasgos marcados, mandíbula redondeada, cabello castaño prolijamente trenzado, ojos marrones y se veía elegante a pesar de tener las ropas más sencillas entre todos los presentes. En cuanto quedaron cara a cara, el silencio entre ambos fue absoluto hasta que ella empezó a llorar, cayendo de rodillas al suelo, sin bajar la cabeza en ningún momento, sus manos cubriendo su boca. Con el corazón a punto de estallar, desmontó y corrió hacia la joven.

—¿Estás vivo? —La pregunta tembló en su voz. Sonrió levemente.

—Supongo que el señor Stevens dijo lo contrario —murmuró. Laura rio entre lágrimas, abrazándolo con fuerza, murmurando su nombre contra la tela de su camisa llena de la tierra del viaje.

—¡Nigel! —gritó otra voz, abriéndose paso entre la multitud—. ¡Hijo de tu...! Si serás rastrero, ¿cómo es eso de escaparte de casa un día antes de enseñarme a montar? —preguntó, con las mejillas surcadas de lágrimas, sonriendo, Edward. Nigel se encontró tambaleándose un poco al abrazarlo, riéndose por lo bajo, murmurando que todavía podía enseñarle—. No, ya es tarde, ahora me enseñas a montar un pegaso.

Laura empezó a pedirles a todos los presentes que se movieran, que necesitaban un poco de espacio. Incluso cuando varios siguieron con lo que sea que estaban haciendo, Nigel notaba las miradas de todos sobre su persona. Sentía que las comisuras de sus labios empezaban a doler, que su interior daba brincos de alegría, y cuando Opal lo tomó de la mano, casi se sintió pleno.

—¿Y ella quién es?

Sus mejillas se tornaron rojas, ardieron mientras intentaba encontrar la forma de explicarse frente a la mirada divertida de Edward y la cautelosa de Laura.

—Opal, la pareja de él —dijo finalmente, apretando un poco más el agarre y echando los hombros hacia atrás. Incluso le pareció que levantaba ligeramente la mandíbula. Las expresiones de sus primos fueron demasiado para él, haciendo que una risa burbujeara en el interior de su pecho.

—Eso explica la mirada de semental en celo frente a una yegua —comentó su prima, apoyando las manos sobre las caderas. Nigel quiso replicar, pero un nuevo chillido se abrió paso entre la multitud y la Tía Margaret apareció. Lo único que se mantenía igual era su rostro, aunque incluso este se veía un poco más regordete, y el cuerpo directamente había aumentado su tamaño en casi todas las direcciones.

El aire abandonó sus pulmones en cuanto lo rodearon los brazos grandotes y con bastante más fuerza de la esperada. Tía Margaret lo miró con una maravilla, una incredulidad que casi le dolió notar el paso del tiempo en todos. Dejó que le tocara el rostro con sus dedos rollizos, y contuvo las lágrimas cuando dijo lo último que hubiera esperado escuchar.

—Casi pareciera que es Mark el que ha regresado.

El nudo que se formó en su garganta subió hasta sus ojos, empañando a todo el mundo. Esbozó una sonrisa fugaz antes de mirar en todas las direcciones, esperando encontrar a más miembros de la familia.

—Claudine está con Stevens en la ciudad de Redpass, Samuel y Rose también han ido con ellos.

—¿Y la Tía Amanda?

Tía Margaret señaló con la cabeza hacia la casa, diciendo que estaba ocupándose de la cena de ese día. Nigel asintió en silencio y tomó aire, pasando su vista de la ventana donde veía sombras moverse de un lado a otro, centrándose de nuevo en la Tía que tenía en frente. Quiso preguntarlo, dejar que las palabras salieran de su garganta, que el miedo que empezaba a escalar por su estómago no fuera más que una imaginación. Sin embargo, las cosas parecían haber estado demasiado bien como para que todo fuera tan parecido como diferente a la vez. Los ojos de su Tía se opacaron, la alegría, que había estado coloreando sus mejillas y expresión, se marchó.

—Luego hablamos de ella —dijo, mirando con intención hacia donde estaban los ojos curiosos. Sin decir más, se giró hacia Opal, sonriendo ampliamente, preguntándole por ella—. Admito que, si este potro que tienes aquí es la mitad de encantado de lo que fue su padre con Kathy,

hiciste una excelente elección. ¿No es así, Nigel?

La vergüenza que le invadió el rostro no tenía punto de comparación con lo que sea que hubiera sentido antes. Apartó el rostro, mascullando que no tenía idea de lo que estaba hablando, arrancando una sonora carcajada de su Tía, quien les dijo que entrasen, que Amanda estaría más feliz que nunca. Tomó la mano de su mujer una vez más, como si con eso pudiera salvarse de la sensación de estar con ganas de taparse la cara y sonreír de oreja a oreja a la vez.

Tía Amanda... casi no parecía ser ella. Sí, todavía tenía el característico pelo negro con ondas, la nariz algo larga y su boca tristona, pero, por alguna razón, se veía mucho más salvaje, incluso parecía estar en cualquier sitio menos aquel. En cuanto sus ojos se posaron en él, la vida pareció regresar a ellos. Su mano, que había estado sosteniendo un cucharón, lo dejó caer y, con pasos rápidos, fue hacia él, examinándolo de pies a cabeza antes de pellizcarle las mejillas, arrancándole una queja.

—Bueno, alguien tiene que asegurarse de que eres real. Oh, Nigel —suspiró, abrazándolo con mucha menos fuerza que la Tía Margaret, pero seguía sintiéndose igual de cálido—. A Kathy le habría encantado verte una vez más antes de...

—¿Qué es todo este escándalo? —Un niño, de cabello castaño oscuro, ojos de un tono más claro y expresión malhumorada, de rasgos afilados, aunque tenía un rostro alargado y extremidades delgadas, o eso podía intuir Nigel a simple vista. Miró a las Tías, esperando que aclararan el asunto, pero el niño fue más rápido—. ¿Quién sos? ¿Otro de los supuestos hijos perdidos de esta familia?

Si aquello era un insulto o no, Nigel prefirió tomarlo como un comentario, a pesar de que parte de sí quería pifiar y enseñar los dientes. Caminó hacia él, observándolo de pies a cabeza.

—Nigel Mustang, hijo de Mark y Kathy Mustang.

—Eso dicen varios —resopló él. La Tía Margaret se paró al lado del niño, mirando a Nigel con una disculpa en los ojos y una expresión de cansancio—. Dale, tía, varios dicen ser el mismo y terminan siendo mentira. ¿Por qué él sí es?

—Porque tiene la cara de que acaba de recordar que existe algo más que los caballos —respondió Laura, haciendo que Opal soltara una risa por lo bajo y las mejillas de Nigel se enrojecieran de indignación. Lanzó una mirada molesta hacia su prima, queriendo renegar de lo dicho, aunque su mujer no tardó en darle la razón.

Margaret lo llamó, pidiéndole que la acompañara. Miró por última vez a los presentes antes de seguirla por el pasillo, sintiendo que la nostalgia se apoderaba de él al ver los mismos muebles y adornos de siempre. Al pasar frente a la puerta del cuarto de Papá, sintió que todo su cuerpo empezaba a fallar, por lo que apartó la mirada y se apresuró a seguir a la Tía sin volver la cabeza.

El cuarto de las Tías era espacioso, con cuatro camas, de las cuales tres estaban tendidas, y dos escritorios de medio tamaño pegados a las paredes. Margaret se sentó en la silla de uno de ellos, soltando un suspiro de cansancio, pasó una mano por su rostro y miró todo el cuarto antes de dirigirse a él. Señaló con una mano a la otra silla, alegando que iba a necesitar estar sentado.

Se quedaron en silencio por un rato, ella buscando las palabras y él sintiendo que los nervios empezaban a matarlo. Al final, parecía como si ella se hubiera cansado de luchar contra lo que sea que tenía dentro. Lo miró a los ojos y enderezó la espalda, tomando una gran bocanada de aire.

—No te diré lo obvio, porque sé que has notado los cambios —empezó ella, entrelazando sus manos sobre el regazo—. Kathy no está bien, no tengo idea qué le ha pasado, pero tu partida terminó con ella. Sigue viva, descuida, pero no es ella misma. No sabría decirte cómo, lo entenderás cuando la veas, espero. ¿Qué quién es el chiquilín? Es Alan, el hijo de Stevens —parecía estar a punto de bufar al pronunciar su nombre— y Claudine. Sí, la boda fue un par de lunas luego de que te marcharas, y el pequeño llegó casi a finales de la primavera siguiente.

Nigel frunció los labios y apartó la mirada, sin saber si lo que ardía dentro de sí eran ganas de ir a lanzar lo primero que encontrara por la ventana o encerrarse en algún sitio hasta que se calmara. Pasó una mano por su pelo, y trató de apartar los recuerdos que empezaron a invadirlo, en vano.

Margaret pareció entender lo que ocurría, pues su sonrisa afable regresó a su expresión y le indicó que fuera a descansar antes de la cena.

◇

Alan, su nuevo primo, era un potranco con un genio..., intenso. Los dos se habían ofrecido para trabajar en los establos ese día, y el niño no había parado de darle razones para que su humor se enturbiara. Si no era porque hacía las cosas de una forma, era porque no hacía lo que su padre le había explicado; había que sacar la paja sucia, bueno, Alan se limitaba a sacarla al pasillo antes de poner la nueva y luego recoger la que correspondía. Las quejas que persiguieron a Nigel hasta la mesa de la cena, porque no le había permitido subirse a una de las yeguas –una

bastante brava y enérgica– antes de entrar a los animales.

Durante la cena, ninguno de los dos dijo ni una palabra, limitándose a comer sus platos lo más rápido posible antes de que se fueran a dormir. Nigel se quedó un tiempo más, terminando de acomodar la cocina y mirando el paisaje nocturno desde la ventana más cercana. Opal se le unió, mirándolo en silencio hacer las tareas. Esperó a que ella dijera algo, lo que fuera, pero todo lo que hizo ella fue acercarse, rodear su cintura con los brazos y apoyar la mejilla sobre su hombro.

—¿Estás bien?

—Debería ser yo quien haga esa pregunta —sonrió ella, sin soltarlo en ningún momento. Nigel soltó un suspiro y apoyó sus manos sobre las de ella, acariciando con el pulgar su piel. Volvieron a quedar en silencio por un rato hasta que ella soltó un largo suspiro—. Tus tías y primos son amables conmigo, de momento, te tengo a ti y puedo trabajar en el establo. No veo por qué no debería estar bien.

Nigel iba a responder cuando un movimiento en el exterior llamó su atención. Entre los árboles, apenas visible entre las ramas y sombras proyectadas por la luna, una figura parecía estar acechando la casa, no como lo hacían las pesadillas o las diomenedas, sino con una mirada mucho más humana de la que esperaría. Sintió que el calor de su cuerpo se marchaba y dejaba un cascarón vacío, pero antes de que pudiera decir algo, la figura dio media vuelta, volviendo a internarse en el bosque. Y estaba seguro de que lo que había visto era una figura humana con un cuerpo de caballo abajo.

Opal se asomó por un costado, preguntándole qué ocurría. Separó los labios para decir que no era nada, cuando unas nuevas luces empezaron a hacerse presentes entre los árboles. Plateadas, mucho más movedizas que los rayos de luna, y que se acercaban a bastante velocidad.

Como si el bosque lo escupiera, un carruaje cuadrado, con el techo alumbrado por pequeñas lámparas. Cuatro unicornios tiraban de la caja con ruedas, y Nigel creyó escucharlos resoplar incluso desde donde estaba. Observó en silencio cómo se detenían cerca de la granja, pero nadie bajó. Sabiendo que no iban a salir hasta el día siguiente, dejó salir un suspiro, sintiendo cierto alivio por dentro. Tomó de la mano a Opal y caminó hacia el pequeño cuarto que les habían dejado para ellos dos, una vieja despensa donde entraba una cama simple.

Se acostaron sin decir ni una palabra. Él era capaz de sentir la respiración de ella, acompasándose a la suya, dejando que todo saliera en un suspiro, antes de caer rendida ante el sueño. Él se quedó un momento más, con los ojos perdidos entre las sombras que se movían en la pared contraria a

la ventana, justo frente a él.

Cuando volvió a abrir los ojos, Opal se encontraba estirando los brazos sobre su cabeza, a medio vestir y con el cabello suelto. Intentó estirar una mano en su dirección, pero ella se apartó en cuanto sintió el roce de sus dedos, mirándolo con una sonrisa de medio lado al volverse hacia él. Gimió un pedido para que se acercara, a lo que ella negó con la cabeza, alegando que ya era hora de comenzar con las tareas. Nigel soltó un bufido y comenzó a vestirse.

—¡¿Volvió?! —chilló una voz por toda la casa. Su mujer lo miró con una ceja arqueada, a lo que él se encogió de hombros, terminando de ponerse la ropa que había dejado tirada en alguna parte de la habitación. Escuchó pasos apresurados y la puerta casi se llevó a Opal por delante, dejando al descubierto a la Tía Claudine. Llevaba un vestido elegante, el cabello recogido en un elegante peinado y unos aros a juego—. Ay, por la Señora... —murmuró, con lágrimas en los ojos antes de correr hacia él, abrazándolo con fuerza, pidiendo perdón en un susurro. En cuanto estuvo más tranquila, lo miró a los ojos—. Tu madre estaría tan contenta... Ay, por la Señora Nae-Op, mírate nomás, todo un joven —dijo, derramando un par de lágrimas por sus mejillas. Opal se aclaró la garganta, haciendo que la Tía notase su presencia por primera vez—. ¿Ya atrajiste a una chica? Cascos benditos, vaya que es bonita, ¿no?

Nigel sintió que las mejillas le ardían, aunque no pudo evitar esbozar una pequeña sonrisa.

Rose y Samuel no tardaron en aparecer. Su prima llevaba pantalones de montar y el cabello atado en una firme trenza que le caía sobre un hombro, tenía unas cuantas cicatrices en su rostro, aunque eso solo parecía favorecerle. Samuel tenía ropas de mercader, el rostro se le había adelgazado, nada quedaba de sus mofletes redondos ni de sus brazos rechonchos. Ambos estuvieron a punto de tirarlo al suelo cuando fueron hacia él, empujando a Opal y Claudine en medio de todo.

—¡Tía Kathy se va a alegrar tanto! —exclamó Rose, aplaudiendo a la vez que daba saltos en el lugar.

—Dale, ¿cómo están tan seguros de que es él? —preguntó Alan, apareciendo con un rostro cansado y el pelo todavía despeinado. Nigel no tenía idea cómo explicarle que si hacía falta le narraba cómo había viajado hacia allí, de su reencuentro poco feliz con Samantha, cómo se había escapado de la casa de los Hamilton en lomos de un pegaso, de los tratos durante cinco primaveras, cómo lo habían marcado en el brazo, su traslado en una carreta espantosa, cómo su amado padre lo dejó en manos de un hombre capaz de tratar a niños como simples animalillos, de

la muerte de su Papá...

Su mente quedó en blanco por un momento.

Sintió que los colores abandonaban su rostro y que el suelo temblaba bajo sus pies. Oyó que lo llamaban, notó a Opal, su amada Opal, a su lado, intentando traerlo de regreso. Y lo escuchó. Su voz, igual de rasposa, igual de inquietante. No había cambiado, ni siquiera un tono. No podía verlo. No podía enfrentarlo. No quería ver su rostro. No, no, no.

—Nigel, mi Nigel, por favor... —sollozó, intentando hacer que lo mirara a los ojos. No podía. Lo escuchaba y todo su cuerpo era incapaz de responderle. Empezó a sentir un calor que se retorcía en su interior, en su estómago, creciendo, haciendo que la cabeza se sintiera pesada. Cerró los ojos, intentando acomodarse, de mantener su cuerpo entero. Sentía frío y calor a la vez, apenas era capaz de sentir las sábanas bajo sus palmas, de notar su espalda recostándose.

Todo daba vueltas, demasiadas vueltas.

Abrió los ojos, encontrándose con el techo de la habitación y la luz del sol casi tocándolo. No había nadie más que él allí, y sentía que podía pararse. Tomó una larga inhalación, sentándose con cuidado, sin notar nada. Pensó en ponerse de pie justo cuando todo su interior subió por su garganta, abriéndose paso hasta su boca.

Cerró los ojos, intentando ignorar el olor que empezaba a inundar el sitio, obligándose a olvidar el regusto ácido en su lengua.

—Ay, no... —dijo alguien, probablemente Tía Amanda, y escuchó que se alejaban los pasos por el pasillo para luego regresar—. Acuéstate, Nigel. No te exijas. Estás enfermo, quédate hoy en la cama, mañana veremos si tienen que cubrirte los otros o si puedes caminar. Lo decidimos las tres, es decisión final.

Él soltó un resoplido y volvió a acostarse, agradecido por el vaso de agua que limpió su lengua. Se quedó hasta pasado el mediodía tumbado en la cama, observando el cielo y durmiendo de a ratos. A la tarde, con cuidado, volvió a sentarse, sintiendo que el mundo había dejado de darle vueltas, su cabeza ya no parecía estar recibiendo patadas por dentro. Tomó aire y volvió a ponerse de pie, algo tambaleante. Sus ojos se dirigieron hacia la ventana, hacia el bosque que se veía a una buena distancia de la granja.

Una idea comenzó a formarse en su cabeza y, al creer ver una figura desaparecer entre los árboles, cuadró los hombros. Salió del cuarto, atento a los ruidos de la casa, escabulléndose de la Tía Amanda al pasar por la cocina, bajó las escaleras y caminó hacia el bosque. No tenía idea

qué debía decir, si le entendería cuando hablara, pero esperaba que la sensación, el pálpito que sentía en sus entrañas, fuera errado.

Estaba a medio camino cuando la vio.

Alta, mucho más alta que cualquier humano que hubiera visto antes, piel curtida por el sol, orejas terminadas en punta, cabello negro que caía salvajemente sobre su cuerpo y a los costados del cuerpo. El nudo de su garganta era más grande lo que nunca había sentido. Su corazón se sintió helado, especialmente al ver aquellos ojos que parecían estar en otro mundo, más allá de cualquier alcance. Sin embargo, los labios y la lengua de ella parecían recordar cómo se comunicaban.

—Potro mío.

Dio unos pasos temblorosos en su dirección y ella estiró sus manos, inclinándose hacia adelante, caminando un poco con sus grandes pezuñas, tan negras como su cabello y el nuevo cuerpo que crecía de su cintura para abajo. La llamó con la voz quebrada, apenas un murmullo ahogado por las lágrimas y la duda. Una pequeña luz pareció brillar en el fondo de aquellos ojos bestiales.

—Mamá está aquí. Mamá puede cuidarte —dijo, depositando un beso en su frente. Nigel avanzó hasta poder abrazarla, sintiendo el cuerpo de ella mucho más caliente de lo que se hubiera imaginado. Dejó que las manos de ella acariciaran su cabello, que el latir fuerte y seguro de su corazón lo envolviera.

◇

Regresó a la granja con la cabeza dando vueltas, con el corazón pesado y sintiendo que ya no quedaba absolutamente nada. Apenas reaccionó cuando Opal corrió hacia él, con su rostro lleno de preocupación. Esbozó una sonrisa, tenue, antes de volver a ver sobre su hombro, donde la figura de su madre apenas se distinguía entre el follaje.

Tomó aire para comentarle a su amada sobre el encuentro, pero la figura del señor Stevens lo detuvo. Caminaba con las manos metidas en los bolsillos de su abrigo, con los ojos puestos en los caballos que pastaban en uno de los corrales, el bigote se había convertido en una barba que enmarcaba su mandíbula cuadrada. Tragó saliva, sintiendo que todo su ser quería huir y avanzar a la vez. Opal lo miró con el ceño fruncido, preguntándole qué pasaba, sacándolo del trance en el que estaba, justo a tiempo para que el señor Stevens se percatara de su presencia.

¿Qué esperaba él de aquello? Parte de sí quería que el hombre empalideciera, que se enojara, que enloqueciera, pero parecía tener poco y nada de interés. Caminó en su dirección, sin que su postura cambiara en

lo más mínimo. En cuanto estuvo frente a él, alzó una ceja, mirándolo con indiferencia.

—Admito que te pareces bastante al padre del niño perdido, pero me temo que no eres a quién buscan las dos locas de mis cuñadas —dijo, sacando las manos de los bolsillos para abrir el saco, del que sacó un pequeño fajo de billetes que Nigel había visto de vez en cuando—. Pero debes saber que el pobre ha muerto hace años, no lo superan. Pobres en verdad.

Nigel quería soltar las palabras que ardían en su pecho, pero su lengua se había enredado, su garganta se había cerrado y fue incapaz de empujarlas hacia afuera.

—Discúlpenos usted, pero ¿puede decirme cómo está tan seguro de que ese niño ha muerto? ¿Acaso lo enterró usted mismo? —Opal cruzó sus brazos sobre el pecho, su voz sonaba tal como Nigel la recordaba antes de conocerla, con ese tono frío y se imaginaba la mirada desinteresada que había en sus ojos—. ¿O es que le dijeron que se escapó y asumió que fue devorado por las diomenedas o lo que sea que camine por esta tierra?

El señor Stevens apenas pareció inmutarse ante las palabras, pero Nigel creyó reconocer un ligero temblor en sus rasgos. Incluso apostaba su vida a que el hombre estaba obligándose a mantener los ojos en Opal. Lo vio sonreír, casi una mueca en lugar de ser genuina.

—Bueno, esa podría ser una razón, pero también porque lo he tenido que enterrar yo mismo —señaló, recontando los billetes en sus manos—. Verás, jovencita, es muy fácil engañar a las que son bonitas, no dejes que un patán cualquiera te mienta.

—No miente, Liam —logró mascullar Nigel. Recién entonces el señor Stevens dirigió su mirada hacia él. Tragó saliva y llevó una mano hacia su muñeca derecha, tomando el dobladillo de la manga—. ¿Qué número te dijeron? Seguro el señor Hamilton te mencionó el número que me dieron. —Los ojos del señor se movieron rápidamente hacia el brazo, y recién entonces sus mejillas se volvieron blancas al ver las marcas mal cicatrizadas que rodeaban el bíceps de Nigel en cuanto las expuso—. Seguro te han dado uno que no es trescientos trece, quizás un seiscientos cuarenta y ocho o cualquier otro.

El hombre se aclaró la garganta y esbozó una sonrisa cordial.

—Puede ser casualidad. Él murió, lo sé muy bien.

—Lo dudo —se limitó a responder antes de que su garganta se cerrara. El señor Stevens empezó a mirar en todas las direcciones antes reír nerviosamente y caminar hacia las escaleras que daban a la casa. Nigel lo miró en silencio, sin moverse ni un poco. Opal se puso a su lado, sentía la

tensión en sus manos, en lo fuerte que soltaba las exhalaciones y sospechaba que miraba la espalda de Stevens con ganas de lanzarle algo.

El resto de la tarde transcurrió sin muchos más inconvenientes hasta la hora de la cena. Todos estaban en silencio, incluso el raspar de los cubiertos parecía ser un escándalo. Nigel podía sentir los ojos del hombre sobre su frente. Uno en cada punta de la mesa, Opal sentada a su derecha, Claudine sentada a la derecha de Stevens.

—Y, dime, Nigel, ¿cómo es que encontraste el camino de regreso?

Alzó la mirada del plato, clavándola en el señor, quien se limpiaba los labios con un pañuelo. Nigel tomó aire, dejando el tenedor a un costado, enderezó la espalda contra el respaldo de la silla. Apoyó ambos antebrazos sobre la superficie de madera, tomando una bocanada de aire. Hizo fuerza, empujando las palabras desde su interior hacia la lengua, hacia afuera.

—Con ayuda del viento y un mapa —respondió, con el estómago tembloroso. El señor Stevens abrió los ojos de par en par por un momento antes de recomponerse, aclarando la garganta—. Después de que el señor Hamilton me quemara el brazo... Sí, hui, casi me devoran diomenedas y thestrals. Tienes suerte de no haberlos visto de cerca —dijo, conteniendo un escalofrío—. Me tomaron los Pinto, como peón, y ahí me quedé. Fueron unas primaveras tranquilas.

Opal tomó su mano por encima de la mesa cuando las palabras empezaron a atascarse en su pecho. Le dio una mirada de agradecimiento de reojo, intentando no apartar la mirada. Volvió a tomar aire, listo para continuar. Contó cómo había encontrado la granja en el mapa del Señor Pinto, su partida, el encuentro con Samantha Hamilton y su llegada a los límites del bosque que rodeaba a la granja. Guardó para sí a Trips, a la Señora Pinto y a Wendy.

Liam Stevens abría y cerraba los puños, sus ojos parecían temblar y a Nigel le pareció que sudaba. Un movimiento discreto de Laura, a su izquierda, llamó su atención por un momento antes de volver a enfocarse en el señor.

—Bueno, todo un viaje, en verdad —concedió, removiéndose sobre su asiento. Alan era el único que parecía ajeno a la conversación—. Igual de resistente que tu padre, he de decir —casi escupió las palabras. Nigel contuvo el aliento, esperando a que continuara—. Una pena que tu madre no haya podido verte.

Toda la mesa pareció congelarse. Nigel incluso tuvo la sensación de que el mundo se había detenido, observándolo. Antes había sentido que el calor lo quemaba por dentro, como cuando acercaba demasiado las manos al

fuego, pero en ese momento, creía que era capaz de escupir el fuego por la boca. Sintió que su mandíbula crujía y su cuerpo temblaba.

—Sabes lo que somos en esta familia, y Alan no es la excepción. —El rostro del señor Stevens palideció notoriamente, sus ojos se dirigieron hacia el niño, quien lo miraba a Nigel con los ojos como platos, espantado—. Seremos de sangre fría, pero incluso los caballos que son así son capaces de encabritarse o perder el rumbo. Imagino que sabes porqué mi Mamá está merodeando por el bosque, con los ojos perdidos —dijo, sintiendo que empezaba a costarle respirar.

—¡Katherine era una bruja y la descubrimos! Y tú, engendro, no eres más que un producto de–

—Suficiente —la voz de Tía Margaret se abrió paso entre ellos, pero sus ojos estaban fijos en Stevens—. Kathy es la que más perdió en esta familia, y si lo que entiendo que pasó es cierto... Será mejor que te retractes ahora mismo, Liam Stevens.

Nigel casi disfrutó del pánico que empezaba a aparecer en el rostro del hombre. Claudine apretó los labios y miró en otra dirección cuando Stevens la buscó con la mirada. Alan tenía una expresión perdida, pasando sus ojos de un miembro a otro.

—Oh, mamá, créeme, hizo más de lo que piensas. Nigel fue un accidente, a diferencia de lo anterior —mencionó Laura, mirando su vaso con un poco de vino antes de darle un trago. Solo Nigel parecía haber entendido las palabras. Edward frunció el ceño antes de mirarlo a él y el recuerdo cruzó por sus ojos, haciendo que voltease de inmediato hacia el hombre. Un insulto se escapó de sus labios, miró a Nigel una vez más y pasó los dedos por su cabello, murmurando lo cerca que habían estado de no contarla.

—¿Y bien? ¿Qué hizo? —pidió Tía Amanda, comiendo una cucharada de la sopa con lentitud. Laura sonrió de medio lado, tomó aire, inflando su pecho y, en cuanto regresó su atención a Stevens, la sonrisa se tornó tétrica.

—Le dio una bebida especial al tío Mark, justo la noche en la que rechazó un contrato.

El señor Stevens terminó de empalidecer y Nigel notó cómo las manos le temblaban. Lo vio querer formular unas palabras, pero todo lo que salió de su boca fue una tos, tos que pronto empezó a lanzar gotas rojas sobre el pañuelo con el que se tapaba. Lo vio con los ojos desorbitados y sus pies parecieron hacerlo retroceder en contra de su voluntad. No paraba de mirarlos a todos con los ojos desorbitados.

—Están locos, ¡dementes! —dijo cuando el ataque le dio un momento para poder hablar. Nigel se puso de pie en cuanto vio que apoyaba la mano sobre el picaporte. Lanzó una mirada hacia su prima, antes de ir hacia el hombre—. ¡Quieto ahí, Mark! No des un puto paso más.

—Es de noche —intentó decir Nigel, escuchando los relinchos en el exterior de la casa. El señor Stevens rio por lo bajo.

—Esas criaturas solo los atacan a ustedes, ¡sólo a los malditos por la Diosa Blanca! —volvió a toser—. A mí no pueden hacerme nada —dijo, abriendo la puerta y saliendo al exterior. Todos soltaron un chillido y Nigel tiró a Alan al interior en cuanto lo vio querer atravesar la puerta, gritándole que ni se le ocurriera salir a la vez que llamaba a Stevens, quien bajaba casi patinándose en los estrechos escalones. Directo hacia dos yeguas que giraron sus cabezas en su dirección.

El terror se apoderó de Nigel, ignoró los gritos del otro lado de la puerta y trató de manotear la camisa del hombre, de frenarlo antes de que diera un paso más. Las yeguas soltaban quejas sobre cómo el pasamanos les molestaba en las patas, el poco espacio que había para ellas. Stevens seguía bajando.

—¡Que te detengas, cascos! —chilló Nigel, tirando con más fuerza esperada del brazo del señor Stevens, quien soltó un quejido de dolor y de un tirón se liberó del agarre.

Fue lento. Como si su mente comprendiera lo que pasaba, pero su cuerpo era demasiado lento para seguirle el paso. Lo vio caer hacia atrás. Vio los dientes afilados de las yeguas que se paraban sobre sus patas traseras, relinchando alegres. El rostro espantado de Liam, con manchas de sangre en su camisa y barba. Lo vio caer a los pies de las yeguas.

Y vio cómo el hombre desaparecía en medio de alaridos. Lo vio hasta que no quedaron más que trozos de carne y hueso alumbrados por la luna.

Retrocedió. Dio todos los pasos hacia atrás que pudo, sujetándose de la barandilla. Sintió que alguien lo chocaba, casi tirándolo y frenó al culpable.

—¡¿Es que quieres morir?! ¡Vuelve adentro, Alan! —logró gritar, tomando al niño por la fuerza y subiendo los escalones hasta el interior de la casa. Cerraron la puerta a su espalda, echando llave y trabas. Alan lloraba, pataleaba y estuvo a punto de darle una cachetada, de no ser por Claudine, quien lo abrazó con fuerza. Sus ojos estaban rojos y su nariz chorreaba mocos, murmuraba el nombre de su hijo mientras lo apretaba contra ella.

◇

Sabía que aquella caja de madera no tenía más que huesos, o lo que creían que eran los huesos. Pero no podía quitarse la sensación de estar como en otro momento. Mamá estaba junto a él, con sus ojos perdidos en el pozo, Claudine y Alan eran los únicos que los acompañaban.

—Pudo haber sido mucho mejor hombre..., pero fue lo que fue —susurró Claudine, con la expresión ida. Nigel la miró, sin saber qué decir. ¿Quizás que lo sentía? Sonaba demasiado doloroso y falso como para poder considerarlo algo educado—. Yo... Nigel...

—Está bien —se limitó a decir, mirando a la pequeña caja, apenas más grande que sus dos pies juntos. Miró al montón de tierra y luego a Alan—. Ya acabó.

El niño lo miró furioso, haciendo que el corazón de Nigel temblara por dentro. Cerró los ojos, soltó un suspiro y caminó hacia la pala, la tomó en sus manos por un momento, observándola en silencio antes de mirar al niño y tirarla a un costado.

—Me gustaría hablar con Alan. A solas. —Claudine parecía querer decir algo, pero Alan se adelantó y le dijo que se fuera. En cuanto la Tía estuvo lejos, Mamá la siguió, sacudiendo la larga cola negra que arrastraba a su paso—. Adelante, suelta todo lo que tengas que decirme.

Alan pareció querer hacerlo, abrió la boca y tomó aire. Nigel aguardó, arrodillándose junto al montículo de tierra.

—¿Por qué me frenaste?

Nigel soltó un suspiro. La pregunta le había dado vueltas gran parte de la noche, prueba de ello eran las manchas oscuras que tenía bajo los ojos y las quejas constantes de Opal que se escuchaban a lo lejos.

—Una muerte era demasiado —logró decir al fin. Si la respuesta le había agradado o no a Alan, ya no era algo que le preocupase. Se acomodó mejor y comenzó a tirar la tierra sobre la caja, con las manos—. ¿Me das una mano, primo?